

EDITORIAL



P. Alfonso López Muñoz, L.C. Director Editorial Revista **SACERDOS**

Muy estimados en El Señor, hermanos sacerdotes:

Esperando que se encuentren muy bien en lo personal y que su ministerio esté siendo muy fructífero, con la Gracia de Dios, con gusto les presento el contenido de este presente número de Sacerdos.

En esta ocasión, y dada la importancia del tema en la actualidad, presentamos el discurso que Mons. Rogelio Cabrera López, Arzobispo de Monterrey y presidente en turno de la Conferencia del Episcopado Mexicano, sobre el tema de la protección a menores y adultos vulnerables, a raíz de su participación en el Encuentro que sobre el tema convocó el Santo Padre Francisco en Roma del 21 al 24 de febrero pasado. Asimismo publicamos un artículo de Mons. José Rafael Palma Capetillo, Obispo auxiliar de Xalapa, Ver., sobre la formación permanente del Clero. Aprovechamos para agradecer a Sus Excelencias sus excelentes participaciones para nuestra revista, para la cual tenemos el honor de contar con su apoyo, juntamente con el de Mons. Jaime Calderón Calderón, Obispo de Tapachula, como miembros del Consejo Editorial de la misma.

En el campo espiritual ofrecemos un artículo de Su Excelencia Mons. Carlos Enrique Samaniego López, quien recientemente recibiera la ordenación episcopal y la designación como Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México; en él nos invita a reflexionar sobre el hecho de cómo actúa el Espíritu Santo en la comunidad parroquial. En este mismo apartado se nos habla sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía como fuente de vida trinitaria. También se incluye un comentario sobre la conocida y tan saludable "Meditación ante la muerte" de san Pablo VI.

En esta ocasión, como dimensión aparte, incluimos la experiencia de un diácono sobre cómo él ve y valora el aspecto comunitario de la vida del sacerdote diocesano. Ciertamente esta "dimensión comunitaria" en la que se ha venido insistiendo en las últimas décadas en la Iglesia, es un aspecto en el que la vida presbiteral diocesana puede crecer, como también se ha venido reconociendo en los últimos años en las Iglesias locales.

En lo tocante a la formación más netamente intelectual, ofrecemos el tercer artículo sobre la visión y análisis que hiciera el Papa Benedicto XVI sobre la ideología del género -o el así llamado más sencilla y directamente "gender"-; con esta entrega cerramos pues nuestro comentario a las tres intervenciones más claras, profundas y contundentes del Papa Emérito a este mal antropológico tan pernicioso en la actualidad. Por otra parte, y de alguna manera ligado a susodicha ideología, se presenta un artículo denso

EDITORIAL

sobre lo que podemos avizorar para la humanidad en clave de futuro desde una "perspectiva post-humanista", como se suele decir hoy.

Dentro de esta misma dimensión, se presentan también dos artículos sobre el tema de las revelaciones privadas, tal como y se presentan en la Biblia, y también algunos consejos que al respecto ofrece san Juan de Ávila, gran maestro de la espiritualidad sacerdotal. Finalmente, se incluye un artículo sobre la correcta concepción y utilización de las reliquias por parte de los católicos, según el magisterio de la iglesia.

En el ámbito de la pastoral, se prosigue con una segunda parte sobre el lenguaje propio de la predicación sagrada.

Como testimonio, también Mons. Palma Capetillo nos ofrece una sencilla pero profunda y bella semblanza de esa gran cofundadora de congregaciones e institutos religiosos y también gran madre espiritual de los sacerdotes que fue la hoy ya beta Concepción Cabrera de Armida.

Incluimos también, en el apartado de Actualidad, un artículo sobre el uso del Internet; creemos que puede sernos más que útil en estos tiempos que vivimos tan marcados por este medio de comunicación, el cual no pocas veces se torna más bien en medio de 'incomunicación', cuando no de verdadera y objetiva adicción.

Bien, padres, pues esperamos que estos contenidos sean de provecho humano, espiritual, intelectual y pastoral para cada uno de nosotros. Con la seguridad de nuestras oraciones, quedamos suyos en El Señor,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.

CENTRO SACERDOTAL LOGOS

ÍNDICE



*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.

ÍNDICE

	"Biblia y revelaciones privadas" P. Fernando Pascual, L.C.	60
	"Revelaciones privadas: consejos de San Juan de Ávila" P. Fernando Pascual, L.C.	63
	"Los católicos y las reliquias" P. Fernando Pascual, L.C.	66
t	DIMENSIÓN PASTORAL	
	"Lenguaje en la predicación" Il Parte P. Antonio Rivero, L.C.	72
	TESTIMONIO	
	"Concepción Cabrera de Armida" † Mons. José Rafael Palma Capetillo	76
	ACTUALIDAD	
	"Algunos criterios éticos para el uso de internet" P. Fernando Pascual, L.C.	81

*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista. Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



AVISOS





P. Roberto González, L.C.

- · Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalajara
- · Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma
- Doctor en Teologia Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia

- · Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asis en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años
- · Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin

Contacto

Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales Centro Sacerdotal Logos

logos@caesc.com (55) 55.20.54.11 (55) 55.20.55.85 Cel: (55)17298670

www.centrologos.org

Siguenos

Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Rio Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



La protección de los menores en la iglesia*

Responsabilidad - Rendición de cuentas - Transparencia



† Mons. Rogelio Cabrera López Arzobispo de Monterrey Presidente de la CEM

Como es bien sabido por todos, del 21 al 29 de febrero del año en curso, Su Santidad Francisco convocó a los presidentes de todas las conferencias episcopales del mundo, y a otros pastores y laicos, a dialogar junto con él acerca del camino que la Iglesia ha seguido en la protección de menores y adultos vulnerables.

Fue un ejercicio de sinodalidad en el que el Santo Padre tomó parte activa y participó en todos los momentos con nosotros: era un padre escuchando a sus hijos para buscar lo mejor para la familia. Esta cumbre buscó volver realidad lo señalado en el motu proprio "Como una madre amorosa": la responsabilidad de tutelar el bien de los menores debe ser asumida por toda la Iglesia y no sólo por los pastores, aunque de nosotros los pastores es la tarea principal¹.

La intención de la cumbre no era señalar caminos nuevos en la materia, sino revisar lo que cada uno ha hecho en su propia realidad aplicando la señalado por el Papa². Esto decepcionó a algunas víctimas de clérigos y a activistas que esperaban otro tipo de acciones, pero el objetivo fue recordar y aplicar la actual legislación, además de



compartir las experiencias de los diversos convocados y así, aprendiendo unos de otros, poder mejorar nuestro actuar como Iglesia universal.

Se utilizaron tres recursos principales: la escucha de las víctimas, pues a los participantes se nos pidió escuchar cara a cara las víctimas del propio país antes de asistir a la cumbre³ y durante ésta se proyectaron diversos

^{*}Conferencia dictada en la Asamblea Plenaria de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

^{1 &}quot;Come una madre amorevole la Chiesa ama tutti i suoi figli, ma cura e protegge con un affetto particolarissimo quelli più piccoli e indifesi: si tratta di un compito che Cristo stesso affida a tutta la Comunità cristiana nel suo insieme. Consapevole di ciò, la Chiesa dedica una cura vigilante alla protezione dei bambini e degli adulti vulnerabili. Tale compito di protezione e di cura spetta alla Chiesa tutta, ma è specialmente attraverso i suoi Pastori che esso deve essere esercitato". FRANCISCO, Come una madre amorevole, 04 de junio de 2016.

²Cf. Oficina de prensa de la Sana Sede, *Dossier de prensa*, 2.

³ Personalmente, tanto cara a cara como por teléfono, me encontré con víctimas de mi propia Iglesia y de diversos puntos de la República. En estos encuentros estuve acompañado por Mons. Miranda, nuestro secretario general, y un miembro del Equipo Nacional para la Protección de Menores.





testimonios de personas que fueron abusadas por clérigos; el diálogo, motivado por las conferencias que luego fueron profundizadas en pequeños círculos que hablaban no solo de lo expuesto en las conferencias sino, principalmente, de lo vivido en sus propias realidades y que podría ser útil para todos; y la *oración*, que tuvo su punto central en la liturgia penitencial y en la Misa de clausura presidida por Su Santidad Francisco.

El diálogo en la cumbre se desarrolló sobre tres ejes: la responsabilidad, la rendición de cuentas y la transparencia.

1. Responsabilidad, pues sólo con el compromiso de todos los miembros de la Iglesia y la sociedad podemos erradicar la plaga de los abusos sexuales contra menores

La responsabilidad no sólo debe ser asumida por quien ha cometido el delito; todos los que conformamos la Iglesia debemos asumir un papel activo en la tutela de los menores y adultos vulnerables. Víctimas, familias, laicos, activistas, medios de comunicación, pastores... todos juntos haremos maravillas a favor de los niños.

Centrándonos en nuestra responsabilidad como pastores, es necesario que cada uno de nosotros y como Iglesia podamos reconocer nuestros pecados o errores en este tema, en especial la inadecuada gestión de los crímenes cometidos contra los menores, buscando nunca repetir estos hechos abominables y estar verdaderamente cercanos a las víctimas y su entorno, es decir, a todos aquellos que se encuentran heridos por estas acciones⁴.

Estos delitos han llevado a que la sociedad pierda la confianza en la misión de la Iglesia, pues la sociedad la responsabiliza de lo acaecido, en gran parte por la manera en que los obispos hemos gestionado esta crisis⁵. Los delitos en sí mismos, y el silencio de los pastores ante ellos, han reducido la credibilidad de la Iglesia. Como pastores debemos hacer todo lo posible por proteger a niños y personas vulnerables⁶, tanto para evitar los abusos como para castigarlos cuando estos se presenten.

Para hacer frente apropiadamente a estos delitos (y cualquier otro delito que pueda cometer un clérigo, v.gr. una conducta inapropiada y contumaz entre adultos que consienten⁷), es importante que los obispos conozcamos a profundidad -o al menos tengamos asesores apropiadamente preparados-la legislación canónica, en especial lo relativo a la investigación previa, al proceso penal, así como a la competencia⁸, y que no olvidemos que nos comprometimos a colaborar con las autoridades competentes en el Estado⁹. Siempre debemos respetar y hacer valer la jurisdicción del Estado en la materia, que incluye no sólo el castigo para el delito sino también la indemnización para la reparación de los daños y perjuicios causados¹⁰.

⁴ Un delito de estos no sólo afecta al sujeto pasivo de la acción delictiva; su familia sufre, la comunidad eclesial sufre, la sociedad sufre y pierde confianza en la Iglesia y su misión. Cf. L.A. Tagle, *The smell of the sheep*, 1.

⁵Cf. R. Salazar Gómez, La Iglesia en un momento de crisis, 9.

⁶Cf. V. Openibo, Apertura al mundo, 1.

⁷ Cf. Ch. J. Scicluna, Asumir la responsabilidad, 4.

⁸Los delitos cometidos antes del 30 de abril del 2001 son competencia del obispo diocesano o del superior mayor de los institutos religiosos de derecho pontificio, a menos que se tratará de delitos cometidos contra preadolescentes, en cuyo caso la competencia es de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Esta última tiene competencia exclusiva en los delitos del género cometidos a partir de la fecha antes señalada.

⁹Cf. CEM, Líneas guía, 11-12

¹⁰ Cf. Ch. J. Scicluna, Asumir la responsabilidad, 5

Debemos, pues, como padres y pastores, estar cercanos a las víctimas y su entorno para manifestarles la misericordia y el amor de la Iglesia; a nuestros clérigos, para prevenir abusos y encaminarlos a la santidad¹¹. Además, aunque pueda sonar difícil para las víctimas, no podemos olvidarnos de la conversión del delincuente, pues sólo teniendo presente este fin tiene sentido el derecho penal canónico¹², pero teniendo bien en claro que esta llamada a la conversión realizada a un hijo clérigo que ha delinquido nunca debe significar encubrimiento.

2. Rendición de cuentas, para lo cual es necesario erradicar el clericalismo

Nadie debe pensar que está por encima de la ley y que sus actos no van a tener consecuencias adversas cuando son delictivos. Así, uno de los grandes retos en la búsqueda del respeto a los menores es la rendición de cuentas debe significar, para nosotros clérigos, evitar el clericalismo que lleva a pensar que no tenemos que rendir cuentas a nadie de nuestras



acciones ni debemos asumir las consecuencias de nuestros actos. Esto en especial en un país como el nuestro, donde aun gozamos de gran estima del pueblo de Dios.

Relacionando los ejes de la responsabilidad y la rendición de cuentas, tenemos que reconocer que «un análisis somero de lo que ha sucedido nos permite constatar que no se trata solo de desviaciones o patologías sexuales en los abusadores, sino que hay una raíz más honda que es la tergiversación del ministerio convertido en medio para imponer la fuerza, para violar la conciencia y los cuerpos de los más débiles. Esto tiene un nombre: clericalismo»¹³, de manera que en la base de la mayoría de los abusos sexuales, sin negar otros factores, está el abuso de poder¹⁴.

Así, es importante, que revisemos la relación que tenemos con nuestros clérigos (sacerdotes y diáconos), pues debemos hacernos realmente cargo, material y espiritualmente, de ellos, en especial de su santidad¹⁵, vivida en la caridad pastoral. Para que puedan avanzar en este camino, debemos quitar de su vida y de la vida de nuestras Iglesias ese clericalismo que nos daña y es base de los abusos.

Por otro lado, para ejercitar apropiada y realmente la tutela de los menores en el ámbito penal y procesal, y para que rindan cuentas los delincuentes tanto materiales como encubridores, es importante que informemos con claridad a la comunidad el derecho y deber que tiene de reportar la mala conducta de los clérigos. Y, además, hagamos de dominio público los datos de contacto para que puedan realizar las denuncias correspondientes¹⁶, tanto en el ámbito civil como canónico. Nosotros, padres y

¹¹Como lo ha señalado la periodista mexicana Valentina Alazraki desde el análisis que hace de estos acontecimientos terribles basada en su experiencia de madre, para la Iglesia, y por lo mismo para nosotros como padres y pastores, no deben existir hijos de primera e hijos de segunda: nunca hay que privilegiar la fama del clérigo en detrimento del desarrollo e integridad de los menores y adultos vulnerables, cf. V. Alazraki, *Comunicación: para todas las personas*, 2.

¹² El c. 1341 es el que muestra la naturaleza salvífica del derecho penal canónico, pues de manera indirecta establece que la finalidad de las penas en la Iglesia es la reparación del escándalo, el restablecimiento de la justicia y la enmienda del reo.

¹³ R. Salazar Gómez, La Iglesia en un momento de crisis, 1

¹⁴ Cf. R. Marx, La transparencia como comunidad, 6.

¹⁵ Cf. L. Ghisoni, Communio: actuar juntos, 6

¹⁶ Cf. Ch. J. Scicluna, Asumir la responsabilidad, 2.



pastores de la comunidad, debemos aprender de los padres de familia y defender a los menores y vulnerables en la Iglesia como ellos defienden a los pequeños de sus familias: sin miedo a denunciar y enfrentar todo tipo de conflictos causados por la denuncia al estar seguros y ciertos de hacer un bien a los menores y a la sociedad¹⁷.

Además, cuando un delito ha sido comprobado después del justo proceso, debemos imponer una pena apropiada al delito cometido, buscando también la reparación del daño causado, aunque distinguiendo muy bien la responsabilidad de la institución y la del individuo¹⁸, pues ambos pueden tener diferente nivel de responsabilidad.

En la rendición de cuentas, pues, también juega un papel importante la reparación del daño. Es un acto jurídico que tenemos que enfrentar de manera directa si queremos verdaderamente rendir cuentas, sin excusarnos en el pensamiento falso de que toda denuncia de estos delitos se trata sólo de búsqueda de dinero en lugar de justicia¹⁹. Este pensamiento que vuelve a maltratar a las víctimas de abusos sexuales debe desaparecer de nuestro pensamiento.

3. Transparencia: la comunicación e información como derecho y deber

Otro derecho importante en relación con los abusos sexuales es el que tienen todos los miembros de la Iglesia y de la sociedad a estar bien informados, que para nosotros los pastores se convierte en el deber fundamental de informar lícitamente sobre situaciones de este género, respetando siempre los derechos constitucionales y canónicos de todos los implicados en una denuncia o proceso sobre abuso sexual de menores o adultos vulnerables.

Una norma que debe entenderse y revisarse para ser actualizada -y que no se preste a encubrimientos o malas interpretaciones- es la relativa al secreto



pontificio. Este secreto debe tutelar la dignidad de las personas, la buena fama de todos los involucrados y el bien de la Iglesia. Nunca debe convertirse en un motivo de encubrimiento o falta de denuncia ante la autoridad civil competente²⁰. En este análisis será de suma importancia la asesoría de nuestros mejores canonistas.

Al mismo tiempo, el hecho de que en otras instituciones también se presenten abusos contra menores y adultos vulnerables, incluso a mayor escala, y que no sean denunciados ni informados no puede ser una excusa para quedarnos callados y no informar a la autoridad competente para que haga justicia y a la sociedad para que tome las previsiones apropiadas. Seamos claros: «no hay ninguna justificación posible para no denunciar, para no desenmascarar, para no enfrentar con valor y contundencia cualquier abuso que se presente al interior de la Iglesia»²¹.

Por otro lado, en nuestra vivencia de la transparencia y de alejar de la Iglesia la sombra de la duda que ha generado la inapropiada gestión de los casos en el pasado, los medios de comunicación pueden ser grandes aliados, siempre y cuando nos pongamos al lado de las víctimas y la sociedad, y no de los abusadores convirtiéndonos en encubridores²². Es

¹⁷ Cf. B. Cupich, Sinodalidad: conjuntamente responsables, 5

¹⁸ Cf. CEM, Líneas quía, 20.

¹⁹ Cf. R. Salazar Gómez, La iglesia en un momento de crisis, 9.

²⁰ Cf. L. Ghisoni, Communio: actuar juntos, 6

²¹ R. Salazar Gómez, La Iglesia en un momento de crisis, 4.

²² Cf. V. Alazraki, Comunicación: para todas las personas, 3.



importante, pues, reconocer el papel de los medios de comunicación y de los periodistas honestos en esta lucha y el gran servicio que prestan a toda la sociedad²³.

Este es el camino que el Santo Padre Francisco nos ha marcado para tratar los posibles abusos sexuales contra menores y adultos vulnerables cometidos al interior de la Iglesia. Aplican, en primer lugar, cuando un clérigo comete el delito, primer objetivo de la cumbre, pero también cuando lo comete otro miembro de la Iglesia que de una u otra manera tienen una situación de prevalencia ante el pueblo fiel (v.gr. miembros de la vida consagrada, catequistas, sacristanes, personal administrativo, etc.).

Es una tarea de todos, aun cuando podamos alegar que en nuestra Iglesia local no sucede, cada Obispo es pastor de una Iglesia local y también responsable de toda la Iglesia: la tutela de menores es trabajo de una Iglesia colegial y sinodal de manera que todos juntos debemos buscar justicia, sanación y peregrinar los caminos de conversión²⁴.

En nuestro actuar como Iglesia al abordar estos delitos no debemos abandonar lo que nos es propio: debemos tratar a todos los involucrados, primero y principalmente a las víctimas y su entorno, con compasión y misericordia²⁵, sin separar lo humano de lo divino, pues debemos tender a ser una buena sociedad y una organización que sirva a las personas y no que las dañe²⁶. Debemos, como objetivo primero, estar al lado de las víctimas y sus familias, así como de las comunidades, que al ver a sus pastores pecar se desaniman en el camino de la santidad. Y al mismo tiempo, estar al lado de los delincuentes para que se esfuercen en andar los caminos de conversión que podemos ofrecerles a través del derecho penal, tanto civil como canónico.

Aprendamos del pasado y de la perdida de credibilidad que hemos vivido: no cometamos los mismos errores y juntos comprometernos para seguir el camino de conversión que nos han marcado los últimos Papas y que Su Santidad Francisco junto con la Iglesia universal nos han propuesto en este acto sinodal de la cumbre. Quedarnos

callados solo llevaría a la indignación y a la rabia²⁷.

Por último, quiero recordarles las ocho líneas que ha señalado el Papa para centrar nuestro trabajo para la tutela de menores y adultos vulnerables: la protección de los menores; procedimientos impecables para hacer justicia; una verdadera purificación; formación de los candidatos al sacerdocio; reforzar y verificar las directrices de las Conferencias Episcopales; acompañar a las personas abusadas; proteger a los menores en el mundo digital; combatir el turismo sexual.

Como nota final, aprovechando esta ocasión, quiero invitarlos a actuar sin miedo y con contundencia en la defensa de los menores: si los sacerdotes y diáconos son nuestros hermanos e hijos, también lo son todos los menores y adultos vulnerables; no hagamos acepción de personas para defenderlos, y pongamos primero el interés y desarrollo integral de la infancia. Además, aprovechen los recursos que el Consejo Nacional para la Protección de los Menores de la CEM y el CEPROME, de la Universidad Pontificia de México, tienen para ofrecerles; constituyan sus propias comisiones diocesanas o al menos provinciales. No hay que tener miedo ni reservas cuando cuidamos de los menores, no debemos escatimar en recursos humanos y económicos cuando lo hacemos.

CONFERENCIAS Y DOCUMENTOS



²³ R. Salazar Gómez, La Iglesia en un momento de crisis, 4.

²⁴O. Gracias, La obligación de rendir cuentas, 3.

²⁵ Cf. R. Salazar Gómez, La Iglesia en un momento de crisis, 4.

²⁶ Cf. R. Marx, La transparencia como comunidad, 4.

²⁷ Cf. V. Alazraki, Comunicación: para todas las personas, 6.



ALAZRAKI, V., Comunicación: para todas las personas, recuperado de https://www.pbc2019.org/fileadmin/ user upload/presentations/23feb/23 Feb 3 Valentina Alazraki PBC SPA-.pdf el 01 de abril de 2019.

CUPICH, B., Sinodalidad: conjuntamente responsables, recuperado de https://www.pbc2019.org/fileadmin/ user upload/presentations/22feb/22 Feb 2 Card Cupi ch PBC SPA-.pdf el 01 de abril de 2019.

FRANCISCO, Come una madre amorevole, 04 de junio de 2016, recuperado de https://w2.vatican.va/content/ francesco/it/motu_proprio/documents/papa-francescomotu- proprio 20160604 come-una-madre-amorevole. html el 01 de abril de 2019.

FRANCISCO, Discurso al final de la concelebración eucarística, 24 de febrero de 2019, recuperado de http:// w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/ february/documents/papa-francesco_20190224_incontroprotezioneminori-chiusura.html el 01 de abril de 2019. GHISONI, L., Communio: actuar juntos, recuperado https://www.pbc2019.org/fileadmin/user_upload/ presentations/22feb/22 Feb 3 Linda Ghi soni PBC SPA-.pdf el 01 de abril de 2019.

GRACIAS, O., La obligación de rendir cuentas en una Iglesia colegial y sinodal, recuperado de https://www.pbc2019. org/fileadmin/user_upload/presentations/22feb/22_ Feb 1 Cardinal Gracias PBC SPA-.pdf el 01 de abril de 2019.

MARX, R., Transparencia como comunidad de creyentes, recuperado de https://www.pbc2019.org/fileadmin/user upload/presentations/23feb/23 Feb 2 Cardinal Marx PBC_SPA.pdf el 01 de abril de 2019.

OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE, Dossier de prensa para el encuentro sobre protección de menores, recuperado de https://www.pbc2019.org/fileadmin/user upload/Dossier de prensa - SPAGNOLO 04.pdf el 01 de abril de 2019.

OPENIBO, V., Apertura al mundo como consecuencia de la misión eclesial, recuperado de https://www.pbc2019. org/fileadmin/user_upload/presentations/23feb/23 Feb 1 Sr Veroni ca Openibo PBC SPA.pdf el 01 de abril de 2019.

SCICLUNA, Ch., Asumir la responsabilidad de procesar los

casos de crisis de abusos sexuales y de prevenir los abusos, https://www.pbc2019.org/fileadmin/ recuperado de user upload/presentations/21feb/21 Feb 2 Archbisho p Scicluna PBC SPA.pdf el 01 de abril de 2019.

SALAZAR GÓMEZ, R., La Iglesia en un momento de crisis, responsabilidad del Obispo: enfrentar los conflictos y las tensiones y actuar decididamente, recuperado https://www.pbc2019.org/fileadmin/user_upload/ presentations/21feb/21 FEb 3 Cardinal Salazar PBC SPA.pdf el 01 de abril de 2019.

TAGLE, L.A., The smell of the sheep: knowing their pain and healing their wounds is at the core of the shepherd's task, recuperado de https://www.pbc2019.org/fileadmin/ user upload/presentations/21feb/21 Feb 1 Cardinal Tagle PBC ING .pdf el 01 de abril de 2019.

> Se agradecerá todo comentario enriquecedor en: tuteladelmenor@iglesiademonterrey.org



La Formación Permanente en la vida y el ministerio sacerdotal



† Mons. José Rafael Palma Capetillo Obispo Auxiliar de Xalapa

1) Actualización ¿para qué?

"La formación permanente de los sacerdotes es la continuación natural y absolutamente necesaria de aquel proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario (o la casa religiosa), mediante el proceso formativo para la ordenación". Por lo tanto, la formación permanente "debe mantener vivo el proceso general e integral de una continua maduración, mediante la profundización, tanto de los diversos aspectos de la formación –humana, espiritual, intelectual y pastoral– como de su específica orientación vital e íntima, a partir de la caridad pastoral y en relación con ella"¹.

Nos ha sucedido que cuando teníamos ya todas las respuestas, nos han cambiado todas las preguntas, y no podemos dar respuestas antiguas ante los cuestionamientos nuevos y complejos. Por otra parte, los presbíteros estamos más acostumbrados a hablar, enseñar y organizar eventos para otros; sin embargo, es necesario estar dispuestos a escuchar, aprender y ser colaboradores.

Se requiere, pues, en la actualización, humildad y mutua confianza y, sobre todo, la apertura a la luz del Espíritu Santo. En toda actualización teológico-pastoral reconocemos que los valores fundamentales los tomamos del evangelio y de la enseñanza de la Iglesia, para dar nuevo impulso y orientación para el bien del pueblo de Dios.

Hay que reconocer que, en la pastoral, hemos padecido algunas serias deficiencias, entre ellas: la improvisación, el centralismo, el individualismo, la discontinuidad, la dispersión de recursos, el paralelismo y la competencia.

En cambio, para impulsar el amor a la Iglesia diocesana, entre nosotros los presbíteros y con nuestras comunidades, debemos fomentar: la organización, la corresponsabilidad, la participación de todos, el seguimiento de procesos, la integración, la comunión, la complementación y el diálogo². Necesitamos, pues, no sólo un conjunto de pastorales, dispersas y débiles, sino una 'pastoral de conjunto', planificada y eficaz, con la ayuda de Dios y la colaboración de todos. No podemos conformarnos con ser pastores 'mediocres' sino, con la ayuda de Dios ser expertos, 'profesionales' en los servicios que prestamos



¹JUAN PABLO II, Pastores dabo vobis, 71.

² Francisco MERLOS, La necesaria dimensión pastoral en la vida cotidiana del presbítero, 2.





a la comunidad.

2) La Iglesia camina con 'sabiduría evangélica'

Con frecuencia los presbíteros tomamos decisiones con la cabeza, pero que no llegan al corazón. Son opciones que no comprometen a nada ni a nadie, ni nos conducen a dar testimonio. Dejemos, pues, que Cristo transforme nuestro corazón con la fuerza de su palabra, y con la gracia y el amor que recibimos. Estamos en camino, confiemos más en Jesús. La Iglesia camina con la sabiduría 'evangélica' que Dios va inspirando en los corazones sinceros y sencillos. Cada presbítero está llamado a servir en su comunidad en actitud de apertura al mensaje vivo y actual del evangelio. Solamente así podemos caminar al ritmo de la historia actual, iluminada por la fe, la verdad y el amor de Cristo.

"La sabiduría no es la suma de conocimientos adquiridos, sino de cómo procedemos para adquirir más conocimientos. Un modo de *aprender a aprender*, no sólo algo que esté a la vista"³. Acumular conocimientos que no se practican es común en algunos, pero así no alcanzan a vivir la sabiduría, porque se atoran en la teoría; de este modo no facilitan la acción del Espíritu Santo, que siempre impulsa a poner en práctica todo lo que aprendemos para hacer el bien y servir. Ante la palabra de Dios, la sabiduría lleva el firme propósito de ponerla en práctica (cf Lc 6,47-49), como María (cf Lc 8,19,21).

Para señalar el influjo del Divino Espíritu el apóstol Pablo dice que: "El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios" (1Cor 2,10). El Espíritu Santo hace 'sabio' al discípulo de Cristo. "Esto, sin embargo, no en el sentido de que tiene una respuesta para cada cosa, que lo sabe todo, sino en el sentido de que 'sabe' de Dios, sabe cómo actúa Dios, conoce cuándo una cosa es de Dios y cuándo no es de Dios; tiene esta sabiduría que Dios da a nuestro corazón. En el sabio, todo en él habla de Dios y se convierte en un signo hermoso y vivo de su presencia y de su amor. Es un don que Dios da a quienes son dóciles al Espíritu Santo. Dentro de nosotros, en nuestro corazón, tenemos al Espíritu Santo; podemos escucharlo, podemos no escucharlo. Si escuchamos al Espíritu Santo Él nos enseña esta senda de la sabiduría, nos regala la sabiduría que consiste en ver con los ojos de Dios, escuchar con los oídos de Dios, amar con el corazón de Dios, juzgar las cosas con el juicio de Dios. Esta es la sabiduría que nos regala el Espíritu Santo, y todos nosotros podemos poseerla. Sólo tenemos que pedirla al Espíritu Santo"4.

Ser un presbítero 'sabio' no es algo que se aprende sólo en los libros ni en los cursos-talleres o con el paso de los años, sino que –como señala el Papa Francisco—"es un regalo del Espíritu Santo; así, con esta sabiduría, sigamos adelante, construyamos la familia (la comunidad), edifiquemos la Iglesia, y todos nos santificaremos. Pidamos hoy la gracia de la sabiduría; pidámosla por la intercesión de la Virgen María, quien es la 'Sede de la sabiduría'". La imagen de María invocada como 'Trono de la sabiduría' está representada junto con el Niño Jesús, y en efecto sus brazos maternales representan el asiento para Cristo, que es la Sabiduría en persona. Nos encomendamos a la Virgen Santísima para que como ella mostremos la apertura a la acción del Espíritu Santo, que nos conduce a Jesús y nos llena de sabiduría para "ver con los ojos de Dios".

3) La conversión pastoral

Para caminar como Iglesia diocesana es necesaria la conversión pastoral, es decir a la luz del mensaje de Cristo y de modo permanente. Toda conversión tiene un acento personal, ya que Dios respeta la libertad de cada individuo humano; pero también la conversión tiene un aspecto comunitario, que siempre será una renovación

³ José Carlos PEREIRA, Los siete dones del Espíritu, 22.

⁴ Papa FRANCISCO, Audiencia general, 9 abril 2014.

⁴ Papa FRANCISCO, Audiencia general, 9 abril 2014.

⁶ CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 2518-2519.

para la auténtica evangelización de toda la comunidad.

El documento de Aparecida nos ofrece unas valiosas aportaciones al respecto:

"La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir 'lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias' (Apoc 2,29), a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta".

"La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades'⁷. La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, maestro y pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación

pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf Jn 13,35)"8.

"La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que 'el único programa del evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial¹⁹ con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera".

"El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy con 'indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura'10. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución¹¹. Este proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante".

"Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio. Es recomendable que los agentes misioneros promuevan la creación de comunidades de familias que fomenten la puesta en común de su fe cristiana y las respuestas a los problemas. Reconocemos como un fenómeno importante de nuestro tiempo la aparición y difusión de diversas formas de voluntariado misionero que se ocupan de una pluralidad de servicios. La Iglesia apoya las redes y programas de voluntariado nacional e internacional – que en muchos países, en el ámbito de las organizaciones de la sociedad civil, han surgido para el bien de los más pobres de nuestro continente-, a la luz de

⁷ JUAN PABLO II, Novo Millennio ineúnte, 43

⁸ Cf Novo Millennio ineúnte, 20

⁹ Novo Millennio ineúnte, 12

¹⁰ Novo Millennio ineúnte, 29

¹¹ Cf JUAN PABLO II, Christi fidelis laici, 51.



los principios de dignidad, subsidiariedad y solidaridad, en conformidad con la Doctrina Social de la Iglesia. No se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra"12.

Estas valiosas indicaciones de la V CELAM, que promueven una conversión a la luz del mensaje indeleble de Jesús buen pastor, tendrán más impacto en la vida diocesana cuando se promueven en las parroquias y en toda comunidad al servicio de la Iglesia local.

4) La renovación eclesial

Es totalmente necesario tener en cuenta las sabias observaciones pastorales que nos ha hecho el Papa Francisco acerca de la urgente renovación eclesial:

"El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo: 'Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación. Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad'13. Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin 'fidelidad de la Iglesia a la propia vocación', cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo".

"La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo 'la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas'14. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente

o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión".

"Cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella 'verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica¹⁵. Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local. Su alegría de comunicar a Jesucristo se expresa tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales¹⁶. Procura



¹² V CELAM, Documento de Aparecida, 366.368.370-372.

¹³ CONCILIO VATICANO II, Unitatis redintegratio, sobre el ecumenismo, 6.

¹⁴ Cf JUAN PABLO II, Christi fidelis laici, 26.

¹⁵ CONCILIO VATICANO II, Christus Dominus, 11.

¹⁶ Cf BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes del Congreso por el 40o aniversario de Ad gentes, 11 marzo 2006.



estar siempre allí donde hace más falta la luz y la vida del resucitado. En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma".

"El obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf Hech 4,32). Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos. En su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación que propone el Código de Derecho Canónico¹⁷ y otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos y no sólo a algunos que le acaricien los oídos. Pero el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos".

"La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del 'siempre se ha hecho así'. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los Obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral"18.

La formación permanente en la vida y el ministerio sacerdotal no es optativa sino una necesidad fundamental, que siempre será para el bien de toda la Iglesia. Los presbíteros somos instrumentos de la gracia y el amor de Dios. Dejemos que el Espíritu Santo siga actuando en nosotros y conduzca al pueblo de Dios, con el cual

peregrinamos incesantemente como servidores en el nombre de Jesús, buen pastor.

Responde brevemente:

¿Consideras que los fieles laicos de tu comunidad ven en los presbíteros signos creíbles del evangelio? ¿En qué crees que lo notan?

¿Qué imagen de Iglesia transmites en tu diócesis en el desempeño del ministerio sacerdotal que Cristo te ha confiado? Da algún ejemplo.

En el desempeño de tu servicio a la Iglesia ¿qué recursos utilizas más para el discernimiento pastoral?

PARA CONCLUIR:

En el Año sacerdotal (durante el año de 2009), que celebramos con toda la Iglesia, proclamamos con fervor la oración que repetía el Santo Cura de Ars, como podemos hacerlo ahora una vez más:

"Te amo, mi Dios, y mi solo deseo
es amarte hasta el último respiro de mi vida. Te amo, oh
Dios infinitamente amable,
y prefiero morir amándote
antes que vivir un solo instante sin amarte.
Te amo, Señor, y la única gracia que te pido
es aquella de amarte eternamente.
Dios mío, si mi lengua no pudiera decir que te amo en
cada instante, quiero que mi corazón te lo repita tantas
veces cuantas respiro.
Te amo, oh mi Dios Salvador

Te amo, oh mi Dios Salvador, porque has sido crucificado por mí, y me tienes acá crucificado por Ti. Dios mío, dame la gracia de morir amándote y sabiendo que te amo". Amén.

RECURSOS BIBLIOGRÁFICOS

- PABLO VI, *Encílica Populorum progressio*, 26 de marzo de 1967
- JUAN PABLO II
 - * Encíclica *Laborem exercens*, 14 de septiembre de 1981

¹⁷ Cf CIC, cánones 460-468; 492-502; 511-514; 536-537.

¹⁸ Papa FRANCISCO, Evangelii gaudium, 26-33.



- * Exhor. apost. *Familiaris Consortio*, 22 de noviembre de 1981
- * Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 2 de diciembre de 1984 * *Encíclica Redemptoris Missio*, 7 de diciembre de 1990
- * Carta a las familias, 2 de febrero de 1994
- * Carta apostólica Novo Millennio Ineúnte, 6 de enero de 2001
- * Exhortación apostólica *Christi fidelis laici*, 30 de diciembre de 2001
- BENEDICTO XVI
 - * Encíclica *Deus caritas est,* 25 de diciembre de 2005
 - * Audiencia General, Plaza de san Pedro, 15 de noviembre de 2006
- Papa FRANCISCO
 - * Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24 de noviembre de 2013
 - * Basílica de san Pedro, *Mensaje a los sacerdotes en Misa Crismal*, Jueves Santo, 28 de marzo de 2013
- CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 11 oct 1992
- CONCILIO VATICANO II
 - * Constitución Lumen gentium
 - * Constitución Gaudium et spes
 - * Decreto Christus Dominus
 - * Decreto Presbyterorum órdinis
 - * Decreto Perfectae caritatis
 - * Decreto Unitatis redintegratio
- CÓDIGO de DERECHO CANÓNICO
- PONTIFICIO CONSEJO 'JUSTICIA y PAZ', Compendio de la Doctrina social de la Iglesia
- V CELAM, Documento de Aparecida, 31 de mayo de 2007.
- MERLOS, Francisco, La necesaria dimensión pastoral en la vida cotidiana del presbítero, UPM, Ciudad de México, 5 de julio de 2017
- PEREIRA, José Carlos, Los siete dones del Espíritu, Ediciones Paulinas, México 2014

"La fraternidad sacerdotal, un camino por recorrer"



Diac. Daniel Escobar MárquezDiócesis de Texcoco
Licenciado en Filosofía

Tratando de responder día a día al llamado que Dios me ha hecho a servirlo como sacerdote, me voy dando cuenta de que la fraternidad sacerdotal es de suma importancia. Mientras que la sociedad actual promueve el individualismo y la comunicación virtual, generando personas aisladas y enajenadas con la realidad, la fraternidad sacerdotal tiene como modelo la comunidad de discípulos de Jesús que, alrededor del Maestro, aprendieron todo lo concerniente al Padre y a la misión de Cristo.

Con escasos diez meses de ministerio diaconal, y estando a unas pocas semanas de ser ordenado sacerdote, la vida diocesana y parroquial han confirmado lo que afirma el Concilio Vaticano II en el Decreto *Presbyterorum ordinis*, a saber: «Los presbíteros han de reunirse gustosos y alegres para relajar los ánimos, se ayuden mutuamente en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, para que puedan colaborar más adecuadamente en el ministerio y para librarse de los peligros que pueden venir de la soledad. Hay que fomentar entre ellos alguna forma de vida común o alguna comunidad de vida, la que puede adoptar diversas formas, según las distintas necesidades personales y pastorales, como vivir juntos, comer juntos o al menos tener encuentros periódicos y frecuentes» (PO 8).

La vida comunitaria es de gran ayuda porque fortalece los lazos que, gracias a la ordenación sacerdotal, compartimos como discípulos de Jesús. Mediante la potestad de orden «todos los presbíteros están unidos entre sí en una íntima fraternidad, que ha de manifestarse en una ayuda mutua, espontánea y gustosa, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones, en la comunión de vida, de trabajo y de amor» (LG 28). La vida

ministerial puede estar envuelta por muchas dificultades, tanto humanas como espirituales, pastorales, afectivas, emocionales, y otras en las demás dimensiones que encierra la naturaleza humana.

Partiendo de mi corta experiencia como ministro del Señor, y como todo hombre llamado por Dios, he pasado por situaciones personales complicadas, crisis vocacionales y afectivas que me han llevado a dudar de mi vocación, de mi respuesta, ¡incluso de Dios mismo! He logrado salir de estos momentos de desierto espiritual, vocacional, humano y pastoral gracias a la oración, a la confesión, a la dirección espiritual y a la convivencia con mis hermanos sacerdotes que, con más camino recorrido, han logrado superar estas pruebas y me han aconsejado, me han escuchado y me han dado ánimos, demostrándome que seguir al Señor no es fácil, pero tampoco es imposible.

La mayor prueba para mi persona ha sido la fidelidad sacerdotal, específicamente la vivencia del celibato. ¡El espíritu es animoso, pero la carne el débil! El testimonio, la convivencia y el trato con otros sacerdotes que día a día se esmeran por ser fieles al llamado de Dios me motiva para dar lo mejor de mí cada día y a no desanimarme cuando caigo en la tentación, sino a seguir mi camino hasta la meta, cumpliendo el encargo que recibí del Señor Jesús: anunciar el evangelio de la gracia de Dios (Hch 20, 24).

La convivencia sacerdotal rinde frutos cuando es sana y equilibrada, siempre evitando los excesos de cualquier tipo. Es tan efectiva que permite tener más eficacia en la acción pastoral, mostrando a los fieles un ejemplo de caridad y de unidad (Cfr. CD 30). Cuando dos parroquias trabajan juntas, la acción pastoral supera los límites territoriales, permitiendo una mayor comunión entre



DIMENSIÓN COMUNITARIA

bautizados, un mayor alcance en el anuncio del Evangelio y una motivación para la vivencia de la santidad en los diferentes contextos sociales.

Debido a que mi experiencia ha sido muy breve, lo que podría decir sobre la fraternidad sacerdotal se quedaría corto comparado con la experiencia de muchos hermanos en el ministerio que la han vivido por más tiempo. Por esta razón es que, sirviéndome de los documentos de la Iglesia, y experimentándolo personalmente, menciono algunos beneficios de la fraternidad sacerdotal, sumados a los anteriormente mencionados.

1.- «La fraternidad sacerdotal capacita al sacerdote para cultivar y vivir maduras y profundas amistades sacerdotales, generando alegría y serenidad en el ejercicio del ministerio, incrementando la caridad pastoral con aquellos hermanos sacerdotes necesitados de comprensión, ayuda y apoyo»1.

En el trato con mis hermanos sacerdotes he experimentado consuelo, alegría, ánimo y serenidad gracias a sus consejos, experiencia y críticas constructivas que me han hecho. La caridad pastoral la vivimos en el pago del seguro, mediante el cual aseguramos nuestra salud y ayudamos a los sacerdotes mayores para solventar sus gastos personales. Los presbíteros mayores me han ayudado mucho, ya que al platicar con ellos son capaces de comprender los momentos difíciles por los que estoy pasando, ayudándome a no ahogarme en un vaso de agua.

2.- «La vida en común expresa una ayuda que Cristo da a nuestra existencia, llamándonos, a través de la presencia de los hermanos, a una configuración cada vez más profunda a su persona. Vivir con otros significa aceptar la necesidad de la propia y continua conversión y sobre todo descubrir la belleza de este camino, la alegría de la humildad, de la penitencia, y también de la conversación, del perdón mutuo, de sostenerse mutuamente»².

El saber que otros varones se esfuerzan por permanecer fieles a Dios, por configurarse día a día con Jesús Buen pastor, me alienta a abandonar actitudes y críticas destructivas ante los hermanos sacerdotes que

están pasando por momentos difíciles, crisis afectivas, emocionales o económicas. Es en el encuentro personal donde me descubro frágil, necesitado, vulnerable y abierto al otro. El saber que cuento con el apoyo, la ayuda, un hombro donde llorar, con alguien que, al igual que yo, se esmera por seguir a Cristo, me impulsa a ser mejor día a día, a convertirme a Dios sin importar las veces que caiga.

3.- «Para afrontar uno de los problemas más importantes de la vida sacerdotal actual, a saber, la soledad del sacerdote, se recomienda a los sacerdotes una cierta vida en común entre ellos, toda enderezada al ministerio propiamente espiritual; la práctica de encuentros frecuentes con fraternal intercambio de ideas, de consejos y de experiencias entre hermanos que favorecen la santidad sacerdotal»³.

La soledad y el aislamiento se están convirtiendo en un modus vivendi gracias a los medios de comunicación. Las computadoras y los dispositivos móviles poco a poco van generando un tipo de encuentro virtual que nos lleva a perder el contacto físico con el otro, corriendo el riesgo de que nos volvamos máquinas. Hoy en día lo importante es estar siempre conectado, en línea, disponible para chatear con cualquier contacto que se tenga en el correo o en el teléfono. Aunque esto ha permitido la comunicación entre aquellos que están realmente lejos, ha provocado un alejamiento con aquellos que se tiene cerca. Mi generación ha nacido en medio de estos logros tecnológicos, y sufrimos las consecuencias de éstos.



¹ Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros, #37.

² Ibíd. #38.

³ Ibídem.

DIMENSIÓN COMUNITARIA



Por esta razón es que lo fraternidad sacerdotal recupera el lado humano del encuentro, ayudándome a superar la idea de que es mejor estar solo. La soledad es muy positiva cuando nos ayuda a tener un encuentro con Dios, pero cuando nos lleva al aislamiento podemos hundirnos en los más profundos vicios, tales como el alcohol, el sexo, el dinero, el tabaco, etc. Por eso es que en la fraternidad sacerdotal la vida de oración es de gran ayuda, sobre todo el rezo de la liturgia de la horas, medio por excelencia para dialogar con nuestro Dios y con nuestros hermanos, intercediendo unos por otros4.

4.- «La vida en común es imagen de la vida apostólica de Jesús con sus apóstoles. Con el don del celibato sagrado para el Reino de los Cielos, el Señor nos ha hecho de modo especial miembros de su familia. En una sociedad fuertemente marcada por el individualismo, el sacerdote necesita una relación personal más profunda y un espacio vital caracterizado por la amistad fraterna en el cual pueda vivir como cristiano y sacerdote: los momentos de oración y estudio en común, compartiendo las exigencias de la vida y del trabajo sacerdotal, son una parte necesaria de vuestra existencia»⁵.

En nuestra sociedad fuertemente marcada por el consumismo, el individualismo y el egoísmo, la fraternidad sacerdotal me ha enseñado que el estilo de vida sacerdotal es contrario al mundo. Mientras que los valores del mercado (oferta-demanda) dominan las

relaciones personales, en la vida sacerdotal se rige por la caridad, la fe y la esperanza. Fomentar verdaderas amistades con otros sacerdotes nos ayuda y nos permite soportar las inclemencias de la vida ministerial, y de la naturaleza humana misma. La oración y el estudio me han permitido afrontar la vida pastoral con seguridad, a pesar de mi poca experiencia. El escuchar a aquellos que han estudiado alguna especialidad teológica o filosófica ha enriquecido mi vida ministerial. El rezo comunitario de la liturgia de las horas y de la celebración eucarística me motiva para seguir en este camino, al que Dios me ha

¡La Iglesia, mi Iglesia, es Madre y maestra! Siempre busca lo mejor para sus hijos y hace las cosas por una buena razón. Es por eso que propone la fraternidad sacerdotal para fomentar un ambiente de ayuda recíproca, donde «el sacerdote encuentra el terreno adecuado para perseverar en la vocación de servicio a la Iglesia: En compañía de Cristo y de los hermanos cualquier sacerdote puede encontrar las energías necesarias para poder atender a los hombres, para hacerse cargo de las necesidades espirituales y materiales con las que se encuentra, para enseñar con palabras siempre nuevas, que vienen del amor, las verdades eternas de la fe de las que también tienen sed nuestros contemporáneos»6.

La fraternidad sacerdotal renueva la vocación, la anima, la refuerza, la fortalece y la esclarece día a día. Ante las adversidades de la vida he aprendido a no pelear solo, sino a apoyarme de aquellos que, como yo, han sido llamados por Dios para entregar su vida por el Reino de los cielos. Así mismo, dando testimonio del amor de Dios, la fraternidad sacerdotal se convierte en signo de contradicción en una sociedad que se esmera por imponer el individualismo, sofocando incluso la vida de aquellos que aún no pueden defenderse.

⁴Cfr. Ibíd. #39.

⁵ Ibíd. #40.

⁶ Ibídem.



La actuación del Espíritu Santo en la comunidad parroquial



† Mons. Carlos Enrique Samaniego López

Licenciado en Derecho canónico Licenciado en Teología Dogmática Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis Primada de México

Al principio todo era caos, confusión y oscuridad y el Espíritu de Dios aleteaba sobre la faz de la tierra (Gn 1,1-2). En medio del caos, El Espíritu de Dios puso orden, disipó la confusión con el cosmos (de esta palabra viene cosmético, lo bello) y rompió las tinieblas con su luz. Y así, aquella materia primera, como la base de preparación para dar el acabado final a una pintura o escultura, fue la creación.

"En la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo" (Gal 4,4). También había caos, confusión y oscuridad. Fue durante el año 752 de la fundación de Roma, el año 14 del reinado del emperador Augusto, cuando Roma dominaba todo el mundo. Dios envió al ángel a anunciar a una joven Virgen, llamada María que sería la Madre de uno que sería llamado Hijo del Dios altísimo cuyo reino no tendría fin. "¿Cómo será esto?" (Lc 1,34), preguntó la Virgen. A lo que respondió el ángel "El Espíritu se posará sobre ti y el poder del Dios altísimo se posara sobre ti



como una nube" (Lc 1,34-35).

Después de los momentos crueles de la pasión, cuando el temor, el llanto, la tristeza y la desilusión se apoderaban de los discípulos porque podrían correr la misma suerte que su maestro, todo era caos, confusión y oscuridad, pero el Señor venció la muerte y al tercer día resucitó infundiendo en sus discípulos paz y alegría. Convivió con ellos durante cuarenta días y ascendió a los cielos prometiéndoles que enviaría al Espíritu Santo sobre ellos para continuar su obra salvífica asociando presencia al testimonio de los discípulos. Y así fue, un día de fiesta llamado Pentecostés Jesús envió del Padre al Espíritu Santo, en forma de lenguas de fuego, para que los discípulos quedaran inflamados con el fuego del amor y con ello capacitados y movidos para anunciar el Evangelio a toda creatura hasta los últimos confines de la tierra.

Hoy vivimos una atmosfera de caos, confusión y oscuridad. Paradójicamente vivimos el "caos" del crimen "organizado" que produce trata de personas, violencia y homicidios; vivimos la confusión del relativismo que al mal le llama bien y al bien mal dependiendo del propio interés y la oscuridad de la indigencia material y espiritual por la expulsión de Dios en la sociedad, de la ignorancia acerca del sentido de la vida y el arte de vivir en comunión. Hoy también el Espíritu de Dios aletea sobre la faz de la tierra y viene a recrear poniendo orden, enseñándonos a discernir el bien del mal, la verdad de la mentira y rompiendo la oscuridad con su potente luz.

¿Cómo abrir espacio a la actuación del Espíritu de Dios en medio de este caos, confusión y oscuridad? (¿Cómo será esto...? Lc 1,34). ¿Cómo dejarlo actuar? Mirando a Jesús y mirándonos a nosotros. Jesús es El Ungido del Padre.



En el Antiguo Testamento vemos que se ungía a quienes habrían de desempeñar una función mediadora entre Dios y el Pueblo de Israel. Así pues, se ungía a profetas, sacerdotes y reyes. Pero Jesús no es uno más, Él es el Mediador por antonomasia, por ello es Él el Profeta por excelencia que nos dice lo que le ha escuchado al Padre, siendo el mismo su Palabra eterna, es el Sacerdote que ha venido a abolir todos los sacrificios sacrificándose Él en el altar de la cruz para expiar nuestros pecados y es el Rey que viene a incoar un Reino de justicia, amor y paz universal. Jesús hace suyo el pasaje del profeta Isaías diciendo en primera persona: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar la buena nueva a los pobres. Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos" (Lc 4,18), es decir a enfrentar el caos, la confusión y la oscuridad siendo un hombre invadido, lleno, movido, guiado por el Espíritu de Dios.

Y ¿cómo hacemos esta imitación del Ungido? Primero, tomando conciencia acerca de nuestro bautismo, porque por él es que fuimos incorporados al cuerpo glorioso del Cristo (en griego), el Mesías (en hebreo), el Ungido del Señor (en español). En efecto, por el bautismo somos incorporados a modo de un injerto en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, y por ello, como organismo vivo, participamos de su triple misión: profética, sacerdotal y real, pues Él es nuestra cabeza y nosotros sus miembros. Por tanto, es nuestra vocación, como Iglesia, prolongar su misma acción salvífica por todos los siglos y en todos los espacios de la tierra siendo guiados, movidos, llenos del mismo Espíritu que lo movía a Él en su vida terrena.

Al participar de la misma vida de Jesús por el bautismo nos hacemos, como Iglesia, miembros vivos de su Cuerpo místico y, por tanto, en virtud del santo Bautismo, partícipes de su unción profética, sacerdotal y real. En concreto ¿cómo dejar actuar al Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, de la parroquia y de cada cristiano, dado que por el bautismo y la confirmación hemos sido ungidos?

Propongo tres disposiciones:

Silencio, porque el Espíritu Santo no impone su voz, habla suavemente en el silencio. Por ello va bien desconectarse de tanto ruido interior y exterior. Muchas de nuestras parroquias nos dan la bienvenida con una inscripción en la entrada principal que dice *Domus mea domus orationis vocabitur*, "Mi casa será llamada casa de oración"; por ello

es deseable procurar el silencio en todo templo u oratorio y ambientarlas con carteles que inviten a la oración.

Humildad, porque el Espíritu Santo difícilmente actuará en la persona soberbia que piensa que todo lo sabe y todo lo puede, pues el Espíritu actúa normalmente a través de la mediación humana. De tal manera que ante una persona soberbia ¿el Espíritu qué le puede enseñar, cómo le podrá ayudar, si todo lo sabe, si todo lo puede? Ahora bien, a través de las personas humildes, que piden consejo y ayuda, el Espíritu encuentra un causal en la mediación humana para enseñar y ayudar a quienes requieren de su auxilio. Muchas de nuestras comunidades parroquiales podrían abrir un cauce a la acción del Espíritu Santo al reconocer la necesidad de la ayuda de agentes de otras comunidades parroquiales, de recursos humanos y materiales de otras instituciones, programas gubernamentales, del consejo y orientación del decano, del vicario episcopal y, sobre todo, del obispo diocesano. En una comunidad parroquial humilde no se hará esperar la acción del Espíritu Santo, artífice de la renovación pastoral.

Limpieza de corazón, porque el limpísimo Huésped del alma una limpísima morada requiere; se trata de reconocer la propia dignidad y la dignidad de los demás, pues somos, y los demás son, templos del Espíritu Santo. Por ello, todo ser humano merece respeto, incluso veneración. La explotación, la violencia física o psicológica y la llamada cultura del descarte no reconocen la presencia del Espíritu Santo en las personas. Una comunidad parroquial que abre espacio al Espíritu Santo en la pastoral sacramental (especialmente en el ejercicio de la confesión sacramental), en la oración, en la alabanza





y, sobre todo, en el reconocimiento de la dignidad de las personas sin discriminación alguna es una comunidad limpia, y "solo los limpios de corazón verán a Dios"... y las cosas de Dios.

Hace algunos años se decía que el Espíritu Santo era el Gran desconocido y se escribieron tratados acerca de Él y surgieron movimientos carismáticos para abrir espacio a su acción. Hoy más que nunca requieren nuestras comunidades una nueva presentación del Espíritu Santo y abrir espacio a una nueva efusión, a un nuevo Pentecostés, pues el Espíritu Santo, aunque ya es conocido, muchas veces es ignorado en la vida de muchos cristianos y en los planes pastorales de muchas comunidades parroquiales. Hoy más que nunca hemos de abrir espacio con el silencio, la humildad y la limpieza de corazón de cada cristiano y cada comunidad parroquial a la acción de la Tercera persona de la Trinidad para llenar los corazones de los fieles y encenderlos con el fuego de su amor y así lograr ser mediadores del deseo del Ungido del Señor en medio del caos, la confusión y la oscuridad: "He venido a traer fuego a la tierra y ya desearía que estuviera ardiendo" (Lc 12,49).





La presencia de Jesucristo en la Eucaristía, fuente de vida trinitaria



Lo más importante de nuestra vida espiritual, nuestra relación con Dios, se expresa en la meditación y en la contemplación. Nos fijaremos ahora especialmente en lo que hace el Hijo de Dios por nosotros, es decir, cómo nos configura a Él, lo cual se da en este mundo a través de la santísima Eucaristía. Por ella, así como por el don del amor, somos introducidos en la vida trinitaria. En efecto, ella nos introduce en la vida del mismo Dios.

San Alberto Magno escribió un tratado acerca de la Eucaristía muy profundo, en el cual hace referencia a la introducción a la vida trinitaria que la Eucaristía produce en nosotros. Así, explica el Santo Doctor de la Iglesia, que

El Padre de todos es único, y de Él, como de una fuente, nació el Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es, en efecto, el lazo de esta unión. *Quien se une a Dios es un solo espíritu con Él* (1 Cor 6, 17). La manera bajo la cual estamos ligados es el Hijo, forma del Padre eterno, y el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre que nos incorpora a Cristo; y en el Hijo nos une a todos los bienes del Padre Celestial y nos hace gozar en Él de todos los bienes del Hijo, en espíritu de amor y beatitud.¹

San Alberto expresa la dimensión trinitaria de la Eucaristía. Nosotros nos introducimos profundamente en

la forma del Hijo, y por eso decimos que nos configuramos con el Hijo de Dios, pues tenemos la misma forma. También San Pablo, en la Carta a los Filipenses, nos dice que Jesús "tomó la forma de esclavo",² es decir, la forma de hombre.

Cristo se hizo uno de nosotros, y en la eucaristía nos une profundamente a Él. Este es el sacramento por el cual adquirimos la forma del Hijo de Dios, nos asimilamos a lo que Cristo es.

Asimismo, la Eucaristía es la forma más elevada de acción y de oración. En ella se nos dan todas las gracias y encontrarnos a la Persona divina de Jesucristo, que es el autor de estas.

En el esplendor de los ornamentos sagrados, del seno de la aurora te hizo nacer (Sal 109); es decir, mi divinidad fecunda te engendra a Ti, Hijo, brillando con todos los esplendores de la santidad, antes que la luz creada apareciera en el cielo y sobre la tierra. Este Hijo, con toda su belleza, está contenido en el sacramento de la Eucaristía; por eso se puede decir de Él lo que aparece en Si 43, 22: El remedio de todo es una nube que llega rápidamente.

Según la letra, la hostia en la que el cuerpo del Señor está consagrado se denomina "nube",

¹ SAN ALBERTO MAGNO, *Libro del Sacramento de la Eucaristía*, Dist. III, Trt. 1, Cap. VIII, en Obras Selectas, Lumen, Buenos Aires, 1982, pág. 114. ²Flp 2, 7.



ya que se apresura a descender para curarnos y, llegada la hora, el pan que está bajo esta nube se trasmuta rápidamente en el Cuerpo de Cristo en el que se encuentra todo remedio³.

Esta nube aparece en el monte en el encuentro de Dios con Moisés⁴, y también en la transfiguración de Jesús ante Pedro, Santiago y Juan⁵. Ella significa, además, el Espíritu Santo que desciende sobre el pan, por la imposición de las manos del sacerdote, para luego formarse la Eucaristía.

La obra que Dios hace en la Eucaristía es la obra de la santísima Trinidad, como nos dice San Alberto, para unirnos a la Santísima Trinidad. Esa Eucaristía es la que nos cura, puesto que la redención consiste en la asimilación de la humanidad a la de Cristo que, como decía San Juan Damasceno, es el hombre perfecto porque realiza plenamente la humanidad⁶. Esto es así debido a su unión con la divinidad, pues él es la Persona divina del Verbo de Dios. La humanidad no es, en efecto, la de una persona humana, que es imperfecta, sino la humanidad de una Persona divina.

Es por esto que su humanidad está perfectamente realizada, desarrollada, en todas sus dimensiones; de ahí que la unión con la humanidad de Jesucristo es lo que nos sana. De un modo semejante se expresaba Hugo de San Víctor, quien decía que el amor es el que cura todos los vicios, todo lo que tenemos mal en nuestra persona, porque la verdadera curación de la persona es la vida divina7. Ciertamente, no existe un punto intermedio entre el pecado y la gracia, pues la única verdadera curación es la vida de Dios, la vida de las Personas divinas.

> Ya que en Él existe eternamente el esplendor de la santidad por el cual todo hombre se cura. Así se puede explicar lo escrito en 1 Reyes 8, 12: El Señor guiere habitar en la nube. La glosa agrega: es decir, se muestra por sus obras. Él eligió habitar en esta nube por nuestra salvación y, como todo el esplendor de los santos está en ella, no es



sorprendente que en esta imagen resplandezcan quienes la reciben dignamente.8

Aquello que se cumplía en el monte tabor con la Transfiguración, apareciendo el Señor con toda su claridad ante los discípulos, se cumple también en todos aquellos que se unen a Cristo, en todos los que participan o anticipan su resurrección. Estos son aquellos que reciben coherente, proporcional y adecuadamente la Eucaristía.

> Cada uno de nosotros, con el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria de Dios, nos transformamos en su misma imagen, más y más resplandeciente, a semejanza del Señor que es espíritu (2 Cor 3, 18). Este sacramento contiene a Cristo con todo el esplendor de su santidad. Incluye el derecho de Cristo en toda la plenitud de la santidad. El Hijo -sabiduría del Padre- dice: Yo residí en la plenitud de los santos (Si 24). En efecto, en Cristo la plenitud corporal es la santidad. En consecuencia, el Hijo de Dios también es acogido como Dios por el hombre, que recibe este sacramento y que tiene fe en él.

La Eucaristía es el sacramento por excelencia porque contiene toda la santidad de Dios. Cuando nos

³ SAN ALBERTO MAGNO, Op. Cit., Dist. I, Cap. VI, pág. 105.

⁴ Cf. Ex 19, 18.

⁵ Cf. Mt 17,5

⁶ Cf. San Juan Damasceno, Exposición de la fe, III, 3 (47)

⁷ Cf. Hugo de San Víctor, *De laude charitatis,* PL 176, 969-976. Traducción italiana *Discorso in lode del divino amore*, Rusconi, Milán, 1987, pág. 284

⁸ San Alberto Magno, Op. Cit., Dist. I, Cap. VI, pág. 105.



asimilamos a la Eucaristía –es decir, más bien, cuando Ella nos asimila a nosotros-, adquirimos la santidad de Dios, y por eso todas las otras actividades que hacemos en el mundo se ordenan a ella. La doctrina de la Iglesia siempre mostró cómo este sacramento es el centro de todo lo que hacen los cristianos, y lo que ella vive. Más aún, en la Eucaristía se genera la Iglesia y llega a su perfección, de modo que todo lo que la Iglesia es, se expresa en la Eucaristía.

Enseñaban los Padres de la Iglesia que también el pensamiento se adecua igualmente a este sacramento, es decir, pensamos según la Eucaristía. Y la misma, a su vez, sigue a un modo de pensar, porque el pensar recto es aquel que nos lleva al sacramento de la Eucaristía.⁹

La actividad de los cristianos, en todo estado de vida, se ordena a ella, motivo por el cual se celebró con solemnidad desde siempre en la Iglesia la Eucaristía del domingo, por cuanto hace presente en ella la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. En esta celebración se encuentra el centro de toda nuestra acción. Asimismo, es ella acción sagrada por excelencia, a la cual denominamos "liturgia", estándole ordenados todos los demás sacramentos, especialmente el de la reconciliación, que nos libera de nuestros pecados. Es por ello que debemos preguntarnos cómo nuestra vida se ordena a la Eucaristía, así como hacemos examen de conciencia sobre el amor o experiencia profunda del amor divino.

Por otro lado, la vida del sacerdote se ordena a la Eucaristía, así como también la del obispo. Los obispos tienen como acto principal este mismo ordenarse a la Eucaristía, es decir, hacer presente el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo en la celebración de la Misa. Por último, todos los fieles laicos, miembros del Pueblo de Dios, también se ordenan a la Eucaristía. La doctrina de la Iglesia, sobre todo en el Concilio Vaticano II, enseña a ofrecer en ella todas nuestras actividades. Esto es realizar un acto verdaderamente sacerdotal, acto por el que toda la Iglesia rinde culto a Dios.

Siendo Jesucristo cabeza de la Iglesia, el

sacerdote lo hace presente, y son incorporados, además, todos los miembros al mismo Jesucristo, que es el único y eterno sacerdote. Esta relación con la Eucaristía no significa la mera recepción material o meramente formal, vale decir, rutinaria; significa, al contrario, preparación digna para recibir el Cuerpo de Cristo. Esa preparación se da especialmente por medio de la oración, e implica un amor que nos mueve a tener toda nuestra mente dirigida hacia Dios, hasta culminar en la Eucaristía, por cuanto el amor de Dios nos ordena rectamente hacia Jesucristo. El amor de Dios, que es el Espíritu Santo, hace formarse en nosotros la imagen de Jesucristo especialmente por la Eucaristía. Por ello, toda nuestra actividad, todo lo que hacemos en nuestra vida -cuando es hecho con el amor de Dios- se ordena a la Eucaristía y nos prepara a asimilarnos al Hijo de Dios.

Por el contrario, aunque se asista a Misa el domingo –y aun los demás días de la semana-, si no se está movido por el amor, el Espíritu Santo no llega a nosotros y, por ende, no hay asimilación al Hijo de Dios, es decir, el Espíritu Santo no puede realizar lo que hacía en la Virgen María: formar el cuerpo de Cristo. También en nosotros el Espíritu Santo tiene que formar el cuerpo de Cristo, para luego ser movidos por este Espíritu de la misma manera que era Jesucristo movido por Él, como nos enseña el Evangelio; por tanto,

es perfectamente razonable decir de Cristo lo que



⁹ Cf. Catechismus Catholicae Ecclesiae, n. 1327: "Breviter, eucharistia est nostrae fidei compendium et summa: 'nostra autem consonans est sentintia Eucharistiae, et Eucharistia rursus confirmat sententiam nostram" SANCTUS IRENAEUS LUGDUNENSIS, Adversus haereses 4, 18, 5; SC 100, 610 (PG 7, 1028).





se escribió de la participación divina del primer ángel: Tú eras el sello de la perfección, pleno de sabiduría y belleza y morabas en las delicias del paraíso de Dios (Ez 28, 12-13). Más que todos los otros, el sello de la perfección no difiere en nada de la imagen del Padre, siendo totalmente igual al Padre en plenitud de la divinidad y de la santidad.¹⁰

El Antiguo Testamento presentaba a la Sabiduría como imagen de Dios. En Jesucristo se cumple plenamente la palabra del Antiguo Testamento, porque Él es la impronta de su sustancia.

> Ahora bien, este sacramento los contiene en la totalidad de su riqueza y de abundancia. El total de sus riquezas, porque se brinda a todos, según dice el Señor en San Mateo: he aquí que estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos (Mt 28, 20). Está con nosotros en el sacramento. [...] De este modo, todos los que somos sus miembros nos ofrendamos a Cristo, nuestro Dios, en la unidad de su fe y en reconocimiento de su santidad, del hombre perfectamente Cristo en todo su Cuerpo; participando según la medida de nuestra edad de la gracia y en la plenitud de Cristo; de manera tal, teniendo en abundancia gracia y santidad perfectas, dejamos de ser pequeños e imperfectos.¹¹

En otras palabras, el fruto de este sacramento es el desarrollo hasta la perfección del crecimiento espiritual, pues en la Santa eucaristía se contiene toda la perfección espiritual que nosotros podemos recibir. De todo esto se desprende cuán importante es prepararse para recibir el sacramento eucarístico por medio de la misma Eucaristía, vale decir, por medio de la contemplación eucarística. Por ello, en la práctica es muy importante visitar al Santísimo Sacramento, haciendo acto consciente de adoración del misterio de Cristo. No queremos decir aquí que sólo basta con adorar el Santísimo Sacramento cuando entramos en la Iglesia, sino también hacer lo que en la tradición se llama "comunión espiritual", pues los frutos de la Sagrada Eucaristía nos llegan también a través de nuestra atención a ese sacramento, pidiendo al Señor que nos dé directamente los frutos del mismo cuando no podemos recibirlo físicamente.

De cualquier modo, toda oración –incluso la eucarística, como la adoración del Santísimo Sacramento, que es tan importante para captar el real significado de la Eucaristía-, se ordenan a la Eucaristía misma que, en verdad, es todo en la Santa Misa: es su celebración, representación y el hacerse presente nuevamente del sacrificio de la cruz, por el que Cristo ofrece un acto de satisfacción al Padre Eterno, que es la obra de toda su vida, pero por sobre todo, la obra de su pasión, muerte y resurrección.

En la Misa, especialmente en el Canon Romano o Plegaria Eucarística I, decimos que es "el memorial de la muerte y de la resurrección", memorial que significa no mero recuerdo, sino el hacerse presente entre nosotros con toda la eficacia de la Eucaristía. Luego, necesitamos desarrollar una vida de amor dirigida a la Eucaristía, que tenga a Jesucristo Sacramentado como centro consciente de nuestra vida, valorando y deseando recibir la presencia del Señor. El auténtico cristiano tiende permanentemente hacia ella, la quiere recibir, pero la quiere recibir dignamente, es decir, con la debida preparación del espíritu, no siendo importante la cantidad de veces que se la recibe sino cómo se lo hace.

En efecto, cuando la Eucaristía se recibe bien, más se tiende hacia ella con deseo de recibirla adecuadamente.

> El conjunto total de gracias de este sacramento es visible y reconocible, ya que no hay nada en

¹⁰lbidem, pág. 106.

¹¹ Ibidem.

él que no sea plenitud de gracia. Esto dice San Juan: Vimos su gloria, gloria como la que el Hijo único tiene de su Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14). Lo que vimos en Él no estaba vacío, sino lleno de gracia, surgiendo de una fuente rica y exuberante. (...) De cualquier manera que observemos su rostro, lo encontramos admirable y todo bondadoso; el rostro de Dios engendra la gracia y el del hombre la expande; su nacimiento consagra la virginidad; su vida es el ornamento de nuestra existencia cotidiana, su palabra revela las gracias de la verdad, sus milagros prueban la existencia de su poder, su muerte revela la eficacia de su gracia; por ello todo su rostro está lleno de gracias. Y el cúmulo de estas gracias lo contiene totalmente este sacramento, ya que la gracia y la verdad vienen de Jesucristo.¹²

Contemplar el rostro de Dios no quiere decir verlo con los ojos, porque, aunque Jesucristo tiene rostro, no accedemos a Él directamente por los sentidos. Por el contrario, es contemplarlo con los ojos de la fe, como decía San Agustín¹³. Con esos ojos descubrimos las riquezas de su vida, es decir, de todos los hechos durante su vida terrenal y de todo lo que hace ahora intercediendo siempre ante el Padre por nosotros.

En Cristo habita corporalmente con la plenitud de su divinidad, como decía San Pablo¹⁴, y nos lo recuerda aquí San Alberto. Esto quiere decir que no hay manifestación más grande de lo que Dios es que la humanidad y las acciones de Cristo, a las que accedemos a través de la Eucaristía. Y accedemos a ellas no porque volvamos al pasado, sino porque participamos de la presencia real del Hijo de Dios, en el seno del Padre, en la vida trinitaria, a la cual precisamente accedemos por la Eucaristía; Luego, la eucaristía hace presente directamente a Cristo.

Es enorme la grandeza de la Eucaristía porque, en cierta manera, es como el hacerse presente de nuevo de la encarnación. Es, en efecto, un acto semejante a la encarnación del Verbo, la cual es un misterio definitivo para nuestra salvación. Vale decir que es otro misterio insondable de Dios, y aún más: no es sólo la continuación



de la encarnación sino que es también un nuevo misterio, la presencia del Verbo encarnado en medio de los hombres. Por Él actualmente accedemos a todas las riquezas del mismo Dios.

Por supuesto que esta miranda de fe es una miranda en la nube, como decía San Alberto, pues la Eucaristía es la nube o está en la nube. No podemos acercarnos a ella y pretender sentir y entender determinadas, como aquel que desea apoderarse de algo y tenerlo en sí. Al contrario, es más bien la Eucaristía la que nos transforma a nosotros. Por ello, entrando a la nube nos sentimos como en tinieblas a las que hay que querer acceder, no retirándonos, ya que de otra manera no podemos acceder a la vida de Dios que es infinita, al tiempo que nosotros limitadísimos. Si no entramos en las tinieblas –en la nube-, no podremos transformarnos en lo que Dios es ni recibir todas sus riquezas.

No debe parecernos extraño que, a medida que queremos avanzar en la vida espiritual, nos sentimos desorientados o perdidos. Como decía San Alberto, hay que entrar en la nube, en la cual está la Eucaristía, es decir, el mismo Jesucristo. Esta es la razón profunda, por la cual "a todos los que reciben este sacramento de la Eucaristía se les transmite la plenitud y la abundancia de todas las gracias y este sacramento se llama dignamente Eucaristía."15

¹² *Ibidem*, pág. 106-107.

¹³Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, Espiritual 120.

¹⁴ Cf. Col. 2,9.

¹⁵SAN ALBERTO MAGNO, Op. Cit., Dist. I, Cap. VI, pág. 107.



Precisamente, Eucaristía significa acción de gracias, pues con ella se nos dan todas las gracias.

> También está en él toda la sustancia de la tierra, es decir, la del cuerpo terrenal, con su sabor y su alimento. Lo que hay de más puro en el cuerpo, de más dulce y oloroso es aquello que le da una fluidez tan sutil que los huesos se sienten penetrados; es, además, deleitable al gusto, siendo grande su virtud nutritiva por la riqueza de la sustancia que encierra.16

Es que este sacramento significa corporalmente lo que espiritualmente produce, esto es, reflexión del espíritu y asimilación de nuestra mente a las riquezas de Dios.

> Este alimento nutre a la virtud y la torna adecuada para vencer. Posee este valor en sí mismo y no lo comunica como lo haría un alimento natural y corporal; lo dice San Agustín en el libro décimo de sus Confesiones: Cree y me comerás; no me transformarás en ti como un alimento carnal, sino que tú te transformarás en mí. Ellos volverán hacia ti y no tú hacia ellos.

Esta idea de Agustín es retomada luego por los grandes santos; en la Eucaristía no sólo ni simplemente recibimos todas las gracias de Dios, sino que también accedemos nosotros a Dios. De esta manera, es Dios

quien nos asimila a nosotros, más que nosotros asimilar sus riquezas, y es por eso que podemos obrar como Él y hacer actos que corresponden a una virtud nueva, a una fuerza nueva que recibimos: la fuerza divina. Y no es por otra cosa que el verdadero apostolado viene de la Eucaristía, pues el bien que se difunde hacia los demás viene de ella y de su contemplación, por medio de la cual recibimos sus frutos.

A propósito de este hecho, San Alberto, en su Comentario al evangelio de San Lucas, en el pasaje de Marta y María, nos dejó una importantísima reflexión acerca de la vida activa y la contemplativa¹⁷, reflexión que a lo largo de la historia sus discípulos también profundizaron, dándonos a entender el significado de esa asimilación a Jesucristo por obra de la Eucaristía. Allí resulta clara la importancia no solamente de la preparación necesaria para recibir la Eucaristía dignamente, sino también la difusión del bien contenido en ella.

Las reflexiones de San Alberto Magno acerca de la Eucaristía nos permitirán contemplar el modo en que este Sacramento nos une con la Santísima Trinidad, esto es, nos hace introducir en la vida trinitaria. Así enseña el Santo Doctor, que

> [...] aquel que con los ojos de la fe gusta este alimento, después de haber renovado y vivificado sus miembros por su virtud mística y su calor, después de haberse impregnado de su sentimiento y de su espíritu, comienza a sentir que dichos alimentos le van cediendo calor y belleza, permitiéndole contemplar la verdad eterna en presencia de Nuestro Señor Jesucristo. Lo dice expresamente el Apóstol en la segunda Epístola a los Corintios: Ya que Dios dijo que la luz brilla en el seno de las tinieblas e hizo lucir su resplandor en nuestros corazones, para que hagamos brillar la ciencia de la gloria en el rostro de Cristo (2 Cor 4,

> Sería totalmente contrario a la naturaleza que los miembros de un Cuerpo tan luminoso, perfecto y bello fuesen confusos y sombríos. Por ello conviene que Cristo haya compartido la luz y la belleza natural, como dice el Éxodo: El rostro de Moisés se

¹⁶ Ibedem, Dist. III, Trt. I, Cap. II, pág. 109.

¹⁷ Ver capítulo VII: "Los efectos de la Eucaristía en nuestra vida espiritual".



había tornado radiante mientras hablaba al Señor; y los hijos de Israel temieron aproximársele, a causa de la luz de su rostro (Ex 34, 29-30). Esta es una de las mayores razones por las que los miembros incorporados a la gloria, a la luz y el esplendor de Cristo están iluminados por los rayos espirituales de la contemplación de la verdad.

En la Segunda epístola a los Corintios se lee: Nosotros, el rostro descubierto, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen, más y más resplandeciente, como el Señor que es Espíritu (2 Cor 3, 18). También lo dice en el salmo 44 del alma unida a Cristo: Muestra tu majestad y tu belleza, prospera, adelántate y reina (Sal 44, 5). La majestad es una figura de la verdad y la belleza de la sabiduría; prospera sin obstáculo, por la inteligencia, avanza por el sentimiento y reina en el rey y en los miembros que forman parte de tu belleza. El mejor color que pueden tener los miembros del cuerpo unidos y vivificados es el color sustancial de la sangre brillando a través de la pureza de la piel y de la carne; así es el color de Cristo, según el Cantar de los Cantares: Mi bien amado es blanco y sonrosado, elegido entre mil (Cant 5, 10). Él ilumina con candor liliáceo en toda la pureza de su castidad, y enrojece con el rubor rosa y púrpura de la primavera con todos los dones que nos da y la sangre que derrama en nosotros. El mismo esplendor es compartido por la esposa y todos los miembros, cuando la pureza de Cristo brilla en su corazón o en su cuerpo, y cuando el rubor de esta sangre tan preciosa está presente cotidianamente en el corazón.

Esto es lo que leemos de la bella viuda Judit, a quien Dios confirmó su esplendor, ya que todo en ella dependía no de la sensualidad sino de la virtud. Esto es lo que San Ambrosio dice de la bienaventurada Inés: Su cuerpo está unido a mi cuerpo y su sangre es el ornamento de mis párpados. La contemplación de la verdad que une a Cristo proporciona la belleza y el calor del mismo.

De las cuatro disposiciones antedichas resulta [...] una devota unión, indisoluble y estrecha, como si ella fuera propia del cuerpo, animada y viviente, de tal modo que ella se considera como si fuera el mismo. Se realiza por todas las gracias que, a través de la cabeza o del corazón, inspiran la participación del cuerpo, como se dijo en el salmo 118: Hazme, oh Dios, amigo de los que te temen y guardan tus mandamientos (Sal 118, 63).

Así, con otra metáfora, el Apóstol se refiere a los que están unidos a Cristo: Fuiste injertado en el buen olivo y participaste de su raíz y de su savia (Rm 11, 17). Porque todos los bienes que provienen de Cristo los reciben tanto los que están unidos a Él de este modo como los otros miembros de su Cuerpo. Así lo dice Cristo según San Juan: Les di la gloria que me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y ellos en mí, para que sean perfectamente uno (Jn 17, 22-23). Esta es la cadena de oro por la que estamos ligados y, siendo muchos obtenemos la unidad hasta donde se pueda llegar.

[...] El Padre de todos es único y de Él, como de una fuente, nació el Hijo, y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es, en efecto, el lazo de esta unión. Quien se une a Dios es un solo espíritu con Él (1 Cor 6, 17), La manera bajo la cual estamos ligados es el Hijo, forma del Padre eterno, y el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre que nos incorpora a Cristo, y en el Hijo nos une a todos los bienes del Padre celestial y nos hace gozar en Él de todos los bienes del Hijo, en Espíritu de amor y beatitud.

Los que se desliguen de esta cadena perecerán, dispersos en una multiplicidad de partes. Su corazón está dividido, ellos van a cargar con la pena (Os 10, 2). Es como lo decía Isaías, un banquete de





delicias (Is 25,6); agregando que es una unión muy estrecha: El Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, sobre esta montaña, un festín de carnes grasa, un festín de vinos, de carnes grasas y llenas de sustancias, de vinos tomados hasta el sedimento y clarificados (ls 25, 6). Y agrega: Arrojará sobre esta montaña el velo y el lazo que cubre a todos los pueblos (Is 25, 7). La caridad de Cristo es este lazo que arrojará impetuosamente, por el cual todo está ligado al Padre en el Hijo, y uno y otro en el Espíritu Santo; y por el sacramento del Hijo de Dios todas las naciones están unidas e integradas al Señor.¹⁸

En este texto San Alberto muestra la unidad de todas las cosas, más aún, de las personas en el Hijo de Dios, que es la unidad de la Iglesia. Y a través del Hijo de Dios, por el sacramento de la Eucaristía, nos insertamos en la vida trinitaria: en la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es contemplación que proviene de la gracia poseída en plenitud, que hace descubrir los tesoros de las Escrituras, incluso de esos pasajes del Antiguo testamento que nos son menos familiares.

El otro texto que vamos a considerar es de Santo Tomás, de la Suma Teológica, cuando se refiere, en la tercera parte, al efecto del sacramento de la Eucaristía, esto es, qué es lo que hace en nuestras propias personas cuando participamos de ella y la recibimos.

El efecto de este sacramento debe deducirse primero y principalmente de lo que está contenido en él, que es Cristo, quien de la misma manera que al venir al mundo trajo para el mundo la vida de la gracia, según las palabras de Jn 1, 17: La gracia y la verdad vinieron por Jesucristo, así al venir al hombre en el sacramento, le da la vida de la gracia, según las palabras de Jn 6, 58: Quien me coma vivirá por mí. Por lo que escribe San Cirilo: El Verbo vivificante de Dios, uniéndose a su propia carne, la tornó vivificante también. Convenía, pues, que Él se uniera a nuestros cuerpos a través de su sagrada carne y de su preciosa sangre, que nosotros recibimos por una bendición vivificante, en el pan y en el vino.

Segundo, el efecto de este sacramento se deduce de lo que este sacramento representa, que es la pasión de Cristo, como se dijo más arriba. Por eso, el efecto que la pasión de Cristo produjo en el mundo, lo produce este sacramento en el hombre. Y así, comentando las palabras de Jn 19, 34: Inmediatamente salió sangre y agua, dice San Juan Crisóstomo: Puesto que aquí tienen principio los sagrados ministerios, cuando te acerques al cáliz tremendo, acércate como si bebieras del costado mismo de Cristo. Por lo que el mismo Señor dice en Mt 26, 28: Esta es mi sangre que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados.

Tercero, el efecto de este sacramento se deduce del modo de darse, pues se da a modo de comida y de bebida. Por lo que todos los efectos que producen la comida y la bebida material en la vida corporal, como son el sustentar, el crecer, el reparar y el deleitar, los produce este sacramento en la vida espiritual. Por eso dice San Ambrosio en su libro Acerca de los sacramentos: Este es el pan de la vida eterna y sustenta la sustancia de nuestra alma. Y San Juan Crisóstomo en el Comentario al Evangelio de San Juan: Se nos da a quienes le deseamos para que le palpemos, le comamos y le abracemos. Por lo que el mismo Señor dice en Jn 6,56: Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

¹⁸ «SAN ALBERTO MAGNO, Libro del Sacramento de la Eucaristía, Dist. III, tr. 1, Cap. VIII, en Obras Selectas, Lumen, Buenos Aires, 1982, pág. 112-115.

Cuarto, el efecto de este sacramento se deriva de las especies con las que se da. De ahí que San Agustín diga: Nuestro Señor nos entregó su cuerpo y su sangre en unos elementos que se reagrupan en un solo ser a partir de muchos, porque uno, el pan, es un solo ser procedente de muchos granos; y el otro, el vino, es un solo liquido procedente de muchos racimos. Por lo que el mismo santo afirma en el Comentario al Evangelio de San Juan: Oh sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad. Y puesto que Cristo y su pasión son causa de la gracia, y sin la gracia no puede haber sustento espiritual ni caridad, resulta de todo lo dicho que este sacramento confiere la gracia.¹⁹

Santo Tomás nos ilustra no solamente acerca del hecho de que el sacramento nos da la gracia, sino también de cómo nos la da, es decir, de cómo todo el signo sacramental es un nuevo orden que Dios establece en Jesucristo para la salvación del mundo. Así como está la encarnación del Verbo, por la cual nos llega instrumentalmente la gracia de Dios, también está todo el orden sacramental que sigue a la encarnación del Verbo. Y en ese orden sacramental, de una manera mística o misteriosa, la gracia está unida con las cosas materiales, con el simbolismo de la realidad corporal. Por ello, todas las cosas son asumidas – especialmente los signos naturales, las cosas más cercanas a la naturaleza mismapara transmitir la gracia divina y sus efectos especiales, que son en cierta manera infinitos, porque reflejan la perfección infinita de Dios.

Por último, consideraremos lo que expresa Santo Tomás respecto de la celebración de la Santísima Eucaristía, no solamente la que recibimos sino también la que celebramos. Esa celebración tiene un sentido profundísimo, pues es un acto de amor de Jesucristo y un acto de amor del sacerdote, que realiza la misma obra de Cristo.

La celebración de este sacramento es considerada como inmolación de Cristo de dos maneras:

Primera, porque, como dice San Agustín en el Contra Simpliciano: Las imágenes de las cosas suelen llamarse con el mismo nombre que las cosas mismas, como, por ejemplo, al ver un cuadro o un fresco decimos: ese es Cicerón, y aquel, Salustio. Ahora bien, la celebración de este sacramento, como se ha dicho antes, es una imagen representativa de la pasión de Cristo, que es verdadera inmolación. Por eso dice San Ambrosio comentando la Carta a los Hebreos: En Cristo se ofreció una sola vez el sacrificio eficaz para la vida eterna. ¿Qué hacemos entonces nosotros? ¿Acaso no le ofrecemos todos los días como conmemoración de su muerte?

Segundo, este sacramento es considerado como inmolación por el vínculo que tiene con los efectos de la pasión, ya que por este sacramento nos hacemos partícipes de los frutos de la pasión del Señor. Por lo que en una oración secreta dominical se dice: Siempre que se celebra la memoria de esta víctima, se consigue el fruto de nuestra redención.

Por eso, en lo que se refiere al primer modo, puede decirse que Cristo se inmolaba también en las figuras del Antiguo Testamento. Y, en este sentido, se lee en el Apocalipsis 13, 8: Cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, muerto ya desde el origen del mundo. Pero en lo que se refiere al segundo modo, es propio de este sacramento el que se inmole Cristo en su celebración. ²⁰

Estos textos nos invitan a profundizar nuestra



¹⁹ STh. III, q. 79, a. 1, c.

²⁰ STh III, q. 83, a. 1, c.



relación con la Eucaristía, a centrar nuestra vida, es decir, a centrar todo lo que hacemos en el orden temporal y en el orden espiritual, en la celebración de la Eucaristía, la cual es el punto en el que se unen la acción y la contemplación. Es decir, la acción máxima que puede suceder en este mundo es la celebración de la Eucaristía, que es la misma obra que realiza Cristo por la salvación de toda la humanidad. Esa obra es la obra de Dios, porque Cristo es Persona divina; y es la obra del hombre, porque Cristo realiza la salvación de la humanidad asumiendo la naturaleza humana. De esta manera, la realiza como hombre, y es sacerdote como hombre.

Por ello, todo lo que se hace en este mundo conduce al misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo y, por lo mismo, está dirigido a la Eucaristía. En efecto, la celebración de la Eucaristía contiene el misterio de la muerte y de la resurrección, el misterio pascual.

En la recepción de la Eucaristía recibimos todos los dones. En ella se construye la Iglesia, pues, como decían los Padres de la Iglesia,²¹ de muchos granos se hace un solo pan, de muchos racimos se hace un solo vino. Y así, místicamente, espiritualmente, secretamente, de todos nosotros por la Eucaristía se hace una sola Iglesia. Esa Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que perdura a través de los siglos. En la Eucaristía recibimos la incorporación a Cristo, Cabeza del Cuerpo, la cual nos introduce en la vida de Dios; Pues el Hijo es uno de los Tres, es uno de la Santísima Trinidad.

La Santa Misa nos introduce en el misterio de Cristo Cabeza y del Espíritu Santo Corazón de la Iglesia, como decía Santo Tomás ²², y como decía también San Alberto Magno en el texto acerca de la Eucaristía que hemos considerado.

En la celebración de la Eucaristía se da plenamente la misión de las dos Personas, que vienen al mundo para salvarnos y para santificarnos: la misión del Hijo, que nos incorpora como el primogénito de toda la creación, como el primero de muchos hermanos, y la misión del Espíritu Santo, que nos perfecciona, que nos une, que produce en nosotros la unidad.



Por ello en la celebración de la Eucaristía está presente Jesucristo en el sacerdote; y también el Espíritu Santo, que realiza la obra de la santificación, no sólo de los dones materiales, sino también de los que reciben los sacramentos, vale decir, de los fieles. Por eso en todos los sacramentos, pero sobre todo en la Eucaristía, se invoca la presencia o venida del Espíritu Santo para que la ofrenda, como dice el canon de la Misa, "se haga espiritual", es decir, para que esa ofrenda sea capaz de introducirnos en la vida trinitaria. No se trata solamente de la configuración con la humanidad de Cristo crucificado o con la humanidad de Cristo glorificado, sino que se trata de la configuración con la Persona divina del Verbo, al cual pertenece esa humanidad. Y esa Persona divina es inseparable del espíritu Santo porque es, como dice Santo Tomás²³, un Verbo, una Palabra que espira o produce amor: ese amor es el Espíritu Santo.

Por eso nuestra obra de santificación la produce el Espíritu Santo. Asimilándonos a Cristo nos llenamos del don del Espíritu Santo y, así, nos introducimos cada vez más en la vida trinitaria, puesto que el Hijo y el Espíritu Santo proceden del Padre como "principio sin principio" en Dios. El Hijo y el Espíritu Santo nos unen, es decir, nos refieren al Padre; toda la realidad se recapitula trinitariamente, entonces, en el misterio de la celebración de la Eucaristía, que es el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Este es el centro de toda nuestra vida y, por

²¹ Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, Comentario al Evangelio de San Juan, 6, 56, tr. 26, PL 35, 1614

²² Cf. *STh* III, q. 8, a. 1, ad 3

²³ Cf. STh I, q. 43, a. 5, ad 2.



otra parte, la clave que nos permite resolver la aparente antinomia u oposición que existe entre la acción y la contemplación, entre la vida activa y la vida contemplativa.

Esa aparente oposición no se puede resolver con un razonamiento o con una meditación, sino solamente con la participación cada vez más fecunda y más real del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, que está presente en la Eucaristía.

Es decir, cuando nosotros recibimos la Eucaristía -o sea, la celebración entera- ordenamos toda la realidad y nuestra vida interior, y ordenamos además nuestra acción, no solamente nuestra acción individual sino también aquella inserta dentro de la Iglesia. En efecto, nuestra acción no puede ser solamente individual, más aún, si es individual es desordenada. El único modo de que sea ordenada es que esté insertada orgánicamente en la Iglesia, porque esa acción es acción sacerdotal, en el sentido de que es un culto de Dios, obra de reconciliación del mundo con su Creador, unión de toda la realidad humana con Él. Y eso lo hace no solamente la cabeza. que es Cristo sino también su Cuerpo, porque esa cabeza lo hace para el Cuerpo. Uniéndose Cristo con el Padre, en un acto perfecto de amor - acto contrario al pecado, que es desobediencia- nos une a todos nosotros y hace que recibamos los efectos de ese amor, y el principal efecto lo recibimos ya en la Eucaristía misma, en la cual se realiza la más perfecta unión del hombre con Dios, que se despliega luego en todas las formas de contemplación, y que culmina en la vida eterna donde, como dice Nuestro Señor, beberemos el vino nuevo²⁴. Esa bebida espiritual que hacemos de la sangre de Cristo se va a cambiar en la visión directa, en la contemplación directa, no sólo del Cuerpo de Cristo, sino también de su Persona divina que procede del Padre, y del amor que une al Padre con el Hijo, y que nos une a nosotros con toda la Santísima Trinidad.

Artículo tomado del libro Experiencia Espiritual, una introducción a la vida mística con la autorización del P. Ignacio Andereggen, autor del mismo.



La Meditación ante la muerte de San Pablo VI



Fernando Pascual, L.C. Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el

Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

Si la vida fuese una creación nuestra, podríamos considerarla un derecho inalienable. Ya que la perdemos, la muerte es la demostración de que la vida nos ha sido dada. Pero el Amor, Dios, es fiel. No retira su don. En el instante en el que experimentamos a fondo nuestra miseria, el hecho de que no somos dueños de la vida, Dios nos confirma para siempre cuanto nos ha dado¹.

Estas líneas, entresacadas del comentario de Enzo Giammancheri a la Meditación ante la muerte y al Testamento del Papa Pablo VI, nos colocan frente a un problema de actualidad perenne: el misterio de la vida humana. Los grandes avances científicos, con las posibilidades técnicas que se ofrecen tanto para la concepción de nuevos seres humanos in vitro como para el adelantamiento supuestamente indoloro de la muerte nos deben llevar a una consideración profunda sobre el misterio del hombre, precisamente a la luz del hecho de la muerte.

Nos acercamos a Pablo VI, canonizado por el Papa Francisco el 14 de octubre de 2018, para reencontrar a través de su Meditación ante la muerte una luz sobre la existencia humana, muchas veces herida por la confusión, la duda, el frenesí, el vacío. Las páginas manuscritas de ese texto, cuya datación concreta nos es desconocida, ofrecen el coloquio de un Papa que, desde la lámpara de la fe, mira y afronta las realidades fundamentales de la existencia en Cristo: la vida y la muerte, el pecado y la



gracia, la vocación al servicio de la Iglesia en la debilidad de la carne, y el camino de espera anhelante hacia el encuentro con el Señor que viene. Todo va adquiriendo un impulso creciente, un fulgor deslumbrante, un vértigo de ansiedad confiada: parece un camino desde la luz hacia la Luz.

Las ideas de la Meditación ante la muerte no son meteoritos fugaces, sino reflejos de convicciones profundas, maduradas en la fe. Las escribió Pablo VI, pero las puede asumir cada hijo de la Iglesia, en la conciencia de la grandeza del amor de Dios, que hace maravillas en las vidas de quienes se prestan a seguir las huellas de Cristo.

¹ E. GIAMMANCHERI, en PAOLO VI, Pensiero alla morte, Testamento, Omelia nel XV anniversario dell'incoronazione, Istituto Paolo VI - edizioni Studium, Brescia 19892, 76. La traducción al castellano es mía.² Idem, n. 1



1. Ante el misterio de la muerte

La Meditación ante la muerte empieza con la consideración acerca de la muerte, «maestra de la filosofía de la vida»². Ella nos enseña a afrontar las preguntas fundamentales de la existencia humana, «yo, ¿quién soy?, ¿qué queda de mí?, ¿adónde voy?». Además, nos pone ante los compromisos morales: «¿qué debo hacer?, ¿cuáles son mis responsabilidades?»

Son preguntas asequibles a todos los hombres, afrontadas largamente por los filósofos y pensadores de las distintas edades del mundo. Y es que sigue siendo verdad que solo a la luz de la muerte, de mi propia muerte, la vida puede adquirir un sentido más pleno.

Desde luego, el cristiano puede enfrentarse ante el misterio de la muerte con una ventaja infinitamente mayor que la de cualquier otro hombre. Si ya entre los poetas griegos hubo quien pensaba que lo mejor es no nacer, y si uno ya había nacido entonces lo deseable sería adelantar la hora de partir al más allá, para los cristianos la lámpara de Cristo ofrece un horizonte de esperanza y de alegría:

Y veo que esta consideración suprema no puede desarrollarse en un monólogo subjetivo, en el acostumbrado drama humano que, al aumentar la luz, hace crecer la oscuridad del destino humano; debe desarrollarse en diálogo con la Realidad

divina, de donde vengo y adonde ciertamente voy: conforme a la lámpara que Cristo nos pone en la mano para el gran paso. Creo, Señor.

La muerte es vista, por tanto, como el tema clave de la existencia del hombre y, a la vez, como un misterio que Cristo ha iluminado con su Muerte y Resurrección. No se trata de afrontar estoicamente la realidad del propio morir, sino de contemplar la conclusión inevitable de esta caduca vida temporal en diálogo, en conversación confiada y cordial con Aquel que rompió las cadenas de la muerte y ofreció un nuevo sentido a la vida humana³.

Pero siempre la muerte suscita una borrasca de impresiones en todos los que nos sentimos afectados por ella, y más si alcanza al Sumo Pontífice. Es sobrecogedora y profética una carta en la que Giovanni Battista Montini, cuando era un joven sacerdote, externaba sus sentimientos ante la noticia de la muerte de Benedicto XV:

Cómo es solemne y desastrosa la muerte vista en un Papa. Se tiene la impresión inconsciente de estar delante de una muerte simbólica, pues el más grande enigma humano, la muerte, viene a cubrir finalmente también al Pedro que se declara vencedor de la muerte y dueño y testimonio del más allá. Toda la multitud que pasa y contempla y no se sacia y parece querer espiar a través de los párpados cerrados algún rayo escondido del alba eterna: mira y piensa a lo lejos; ni siquiera reza, porque cree que la oración haya terminado en un triunfo. Pasa y ya no habla, casi como para no despertar al que duerme. Pedro, ¿por qué duermes?⁴

2. Un canto a la vida

Pablo VI presentía, al escribir su *Meditación*, su próxima partida, «para que me sustituya otro más fuerte y no vinculado a las presentes dificultades». La frase surgía del corazón de un Pontífice que había sufrido, había luchado y había amado a la Iglesia, pero que se sentía débil e impotente para afrontar los retos y los problemas de su época.

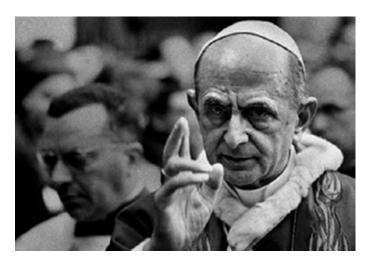
² PABLO VI, *Meditación ante la muerte* (versión española publicada en L'Osservatore Romano, 6 de agosto de 1979). Todas las citas de las que no se indique su procedencia pertenecen a este manuscrito.

³Cf. E. GIAMMANCHERI, en PAOLO VI, Pensiero alla morte..., 74-75.

⁴G. B. MONTINI, *Lettere ai familiari*, 1919-1943, I, 22 e 23 gennaio 1922 (fragmentos), Studium, Roma 1986, 120-122.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



La esperanza cristiana no defrauda: con el pasar del tiempo llegó a la silla de Pedro un Papa eslavo, lleno de vigor, de entusiasmo y de alegría; pero que al escoger su nombre, a la vez Juan y Pablo, no renunciaba a la herencia de sus predecesores: la asumió en el dinamismo de la historia de la fe.

El Papa Montini siente que es el momento de mirar hacia atrás, de entregarse a una conmovida contemplación de lo que había sido su paso en este mundo, su vida como ser amado por el Padre. Acoge y ama al universo en un amor similar al de San Francisco de Asís:

Ni menos digno de exaltación y de estupor feliz es el cuadro que circunda la vida del hombre: este mundo inmenso, misterioso, magnífico, este universo de tantas fuerzas, de tantas leyes, de tantas bellezas, de tantas profundidades. Es un panorama encantador: parece prodigalidad sin medida. Asalta, en esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber admirado bastante este cuadro, de no haber observado cuanto merecían las maravillas de la naturaleza, las riquezas sorprendentes del macrocosmos y del microcosmos.

San Pablo VI se conmueve y se lamenta de no haber aprovechado a fondo la contemplación del escenario del mundo. Con la mirada de la fe, a la luz de la lámpara de Cristo, se descubre la gran verdad: «todo es don; detrás de la vida, detrás de la naturaleza, del universo, está la Sabiduría: y después, lo diré en esta despedida luminosa (Tú nos lo has revelado, Cristo Señor) (está el Amor!» Son exclamaciones de un enamorado: un enamorado que descubre la sombra y la figura del Amado en medio de

las montañas y los valles, los mares y los ríos, los campos listos para la siega y el cielo estrellado. En esta perspectiva todo cristiano puede amar, con más intensidad que cualquier otro hombre, esta vida mortal, y aprovecharla como camino que lleva al encuentro definitivo y eterno con el Señor.

Este mundo es, según nuestro texto, un reverbero, «un reflejo de la primera y única Luz: es una revelación natural de extraordinaria riqueza y belleza, que debía ser una iniciación, un preludio, un anticipo, una invitación a la visión del Sol invisible, quem nemo vidit unquam (cf. Jn 1,18)».

La vista del creyente comienza a gustar aquí abajo la compañía del Padre que nos llama, y rompe las fronteras del espacio y del tiempo para colocarse ya aquí en la felicidad que aún no podemos disfrutar plenamente. A esta luz adquiere nuevo sentido el dolor, y se comprenden mejor las angustias y sufrimientos de los hombres, instantes transitorios en el caminar hacia el lugar del anclaie definitivo.

Por eso Pablo VI puede cantar, con júbilo explosivo, que «esta vida mortal es, a pesar de sus vicisitudes y sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellísimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y con gloria: ¡la vida, la vida del hombre!»

El siervo de los siervos de Dios ya estaba maduro en vistas a este encuentro con el Señor cuando le sobrevino la muerte la tarde del domingo 6 de agosto de 1978⁵. Inició así la plenitud de vida y de gratitud que había anticipado en esta vida presente. La misma idea que encontramos en la Meditación ante la muerte se haya en el Testamento, publicado solo en el primer aniversario de su fallecimiento. Son las últimas palabras con las que nos quiso hablar el que fue, durante 15 difíciles años, el guardián del depósito de la fe, en medio de las tempestades que por todas partes arreciaban:

> Por eso, ante la muerte, ante la total y definitiva separación de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la fortuna, la belleza, el destino de esta misma existencia fugaz: Señor, Te agradezco que me has llamado a la vida y, sobre todo, que haciéndome cristiano, me hayas regenerado y

⁵Cf. JUAN PABLO II, palabras en el Angelus, 12 de agosto de 1979, comentando el testamento de Pablo VI.



destinado a la plenitud de la vida. [...] A ti, Roma, diócesis de San Pedro y del Vicario de Cristo, queridísima para este último siervo de los siervos de Dios, va mi bendición más paternal y más plena, para que Tú, Urbe del Orbe, recuerdes siempre tu misteriosa vocación, y con sabiduría humana y con fe cristiana sepas responder, mientras dure la historia del mundo, a tu misión espiritual y universal⁶.

3. El misterio del pecado

La Meditación ante la muerte ha alcanzado una cumbre de poesía lírica y de gozo exultante en el canto a la vida, la vida del hombre. Pero, como en el relato del Génesis, aparece la sombra del pecado. Ese pecado, que rompe la armonía galáctica, que entra en la historia de la humanidad como un accidente inesperado, es capaz de destruir la más hermosa convivencia familiar, de quebrar los cristales que entretejen las bellezas cósmicas. Ese pecado no es solo el daño que me produce la falta ajena: forma parte de mi misma existencia, como un tumor desagradable que se regenera y expansiona continuamente. Así lo afronta Pablo VI:

Aquí aflora a la memoria la pobre historia de mi vida, entretejida, por un lado con la urdimbre de singulares e inmerecidos beneficios, provenientes de una bondad inefable (es la que espero podré ver un día y «cantar eternamente»); y, por otro, cruzada por una trama de míseras acciones, que sería preferible no recordar, son tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas. *Tu scis insipientiam meam* (Sal 68,6).

La mancha del pecado, ese compañero desagradable en nuestro camino por la vida, no perdona a nadie. Llega en los momentos de alegría o de tristeza, en las horas de paz como en la lucha, cuando el reconocimiento de los demás nos encumbra o cuando caemos en el olvido o el desprecio. Toca a casi todos los miembros de la Iglesia, y nos permite presentarnos ante Dios con la única credencial que nos puede abrir las puertas de los cielos: la oración del publicano arrepentido (cf. Lc 18,9-14).

Inclino la cabeza y levanto el espíritu. Me humilla a mí mismo y te exalto a ti, Dios, «cuya naturaleza es bondad» (san León). Deja que en esta última vigilia te rinda homenaje, Dios vivo y verdadero, que mañana serás mi juez, y que te dé la alabanza que más deseas, el nombre que prefieres: eres Padre.

Esa misma experiencia del Vicario de Cristo ha sido recorrida por los millones de hombres salvados gracias a la Cruz y la Resurrección, y no puede ser ajena a la vida del hombre de nuestro tiempo. Pablo VI evoca la síntesis de San Agustín para iluminar la experiencia de la propia vida:

Pobre vida débil, enclenque, mezquina, tan necesitada de paciencia, de reparación, de infinita misericordia. Siempre me parece suprema la síntesis de San Agustín: miseria y misericordia. Miseria mía, misericordia de Dios. Que al menos pueda honrar a Quien Tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia.

Si al arrepentimiento sigue la gratitud al Señor, rico en misericordias, a la gratitud sigue un compromiso sincero de trabajo y de lucha. Así lo expresa la *Meditación ante la muerte*:

Y luego, finalmente, un acto de buena voluntad: no mirar más hacia atrás, sino cumplir con gusto, sencillamente, humildemente, con fortaleza, como voluntad tuya, el deber que deriva de las circunstancias en que me encuentro. Hacer pronto. Hacer todo. Hacer bien. Hacer gozosamente: lo



⁶ PABLO VI, *Testamento manuscrito*, 30 de junio de 1965, publicado en PAOLO VI, *Pensiero alla morte,...*, 51 y 53; la traducción al castellano es mía.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

que ahora Tú quieres de mí, aun cuando supere inmensamente mis fuerzas y me exija la vida. Finalmente, en esta última hora.

La experiencia del perdón se convierte en compromiso cristiano, en esfuerzo por cumplir en todo y siempre la Voluntad de Dios. Esta es la lógica del amor, como cantamos en el Adeste fideles: Sic nos amantem, quis non redamaret? Este es el dinamismo de la conversión.

Así han vivido su condición de perdonados los primeros pilares de la Iglesia, Pedro y Pablo. Así han alabado a Dios con una entrega apasionada a Cristo pecadores como Agustín de Hipona o Ignacio de Loyola. Así han vivido millones de bautizados, conscientes de su miseria y pobreza, pero confiados siempre en el perdón y en el amor de Dios Nuestro Señor. Así podemos caminar los católicos de nuestro tiempo, desde la experiencia profunda y cordial del Amor misericordioso del Padre.

4. El encuentro con Cristo, la Vida

Jesucristo: no hay otro nombre bajo el cual podamos ser salvados, como indica la Sagrada Escritura (cf. Hch 4,12). El encuentro con Cristo se convierte en el momento culmen de la experiencia de la misericordia; la gracia del bautismo significa el inicio de esa aventura de amor, de esa transformación profunda y total del hombre. Pablo VI lo expresa con emoción incontenible, con una profundidad propia de un recién bautizado:

> Después yo pienso aquí ante la muerte, maestra de la filosofía de la vida, que el acontecimiento más grande entre todos para mí fue, como lo es para cuantos tienen igual suerte, el encuentro con Cristo, la Vida. Ahora habría que volver a meditar todo con la claridad reveladora que la lámpara de la muerte da a este encuentro. Nihil enim nobis nasci profuit, nisi redimi profuisset. Este es el descubrimiento del pregón pascual, y este es el criterio de valoración de cada cosa que mira a la existencia humana y a su verdadero y único destino, que solo se determina en relación a Cristo: O mira circa nos tuae pietatis dignatio. Maravilla de las maravillas, el misterio de

nuestra vida en Cristo. Aquí la fe, la esperanza, el amor, cantan el nacimiento y celebran las exequias del hombre. Yo creo, yo espero, yo amo, en tu nombre, Señor.

5. La vocación

Si la sorpresa nos asalta al contemplar el abrazo divino que nos llega con Cristo en el bautismo, nuestro corazón se estremece y tiembla ante el don de la vocación al servicio de la Iglesia. Cada vocación es un misterio de amor insondable, que rompe cualquier esquema de previsiones humanas en favor de un proyecto incomprensible y sobrecogedor.

Pablo VI recoge en su texto una cita atribuida a San Agustín: «Dios mío, Dios mío, me atreveré a decir [...] en un regocijo extático de Ti con presunción: si no fueses Dios, serías injusto, porque hemos pecado gravemente [...] y Tú Te has aplacado. Nosotros Te provocamos a la ira, y Tú en cambio nos conduces a la misericordia»⁷.

El diálogo se hace más intenso entre el Pontífice llamado y el Señor de la Vida. Surgen nuevas preguntas, y llega una respuesta llena de confianza y abandono:

> Y después, todavía me pregunto: ¿por qué me has llamado, por qué me has elegido?, ¿tan inepto,



 $^{^{7}}$ El texto, copiado en latín, dice así: «Deus meus, Deus meus, audebo dicere [...] in quodam aestasis tripudio de Te praesumendo dicam: nisi quia Deus es, iniustus esses, quia peccavimus graviter [...] et Tu placatus es. Nos Te provocamus ad iram. Tu autem conducis nos ad misericordiam» (PL 40, 1150).



tan reacio, tan pobre de mente y de corazón? Lo sé: quae stulta sunt mundi elegit Deus... ut non glorietur omnis caro in conspectu eius (1Cor 1,27-28). Y heme aquí a tu servicio, heme aquí en tu amor. Heme aquí en un estado de sublimación que no me permite volver a caer en mi psicología instintiva de pobre hombre, sino para recordarme la realidad de mi ser, y para reaccionar en la más ilimitada confianza con la respuesta que debo: Amen; fiat; Tu scis quia amo Te.

Toda la Meditación ante la muerte está llena de citas de la Sagrada Escritura, auténticas pinceladas de un enamorado de Dios. La reflexión sobre el final de la propia vida arrancó con tres breves pasajes (2Tim 4,6; 2 Pe 1,14; Ez 7,2). La contemplación del mundo y de la vida humana sigue la línea de la Revelación llevada a plenitud en el Evangelio. El misterio de la vocación está hilvanado sobre las llamadas de Pedro y de Pablo, pero tiene fijo su centro en el Maestro.

La vocación debe alcanzar su plenitud en una lucha constante por ser fieles, en una tensión que no puede detenerse ni en los últimos años de la propia existencia: el amor auténtico busca la imitación en todo del Amado. «Tendré ante el espíritu la memoria de cómo Jesús se despidió de la escena temporal de este mundo». En este momento la *Meditación ante la muerte* descubre, con la profundidad de la fe amorosa y agradecida, los aspectos que destacan en la entrega del Señor: el «todo es don» que Pablo VI cantó al hablar de la Creación se convierte ahora en el Dios-don de Sí mismo, por Amor, en Cristo.

Un aspecto principal sobre todos los otros: tradidit semetipsum; su muerte fue sacrificio; murió por los otros, murió por nosotros. La soledad de la muerte estuvo llena de nuestra presencia, estuvo penetrada de amor: dilexit Ecclesiam⁸ (recordar Le mystère de Jésus de Pascal). Su muerte fue revelación de su amor por los suyos: in finem dilexit. Y al término de la vida temporal dio ejemplo impresionante del amor humilde e ilimitado (cf. el lavatorio de los pies) y de su amor hizo término de comparación y precepto final. Su muerte fue testamento de amor. Es preciso recordarlo.

Es Cristo el origen de toda vocación. Es Cristo el apoyo de toda fidelidad. Es Cristo el único que puede llevar a la consumación la propia vida por amor, como entrega al servicio de la Iglesia, su Esposa. Es Cristo quien acogerá, cuando llegue la muerte, a todos aquellos que han servido la Misión por la que también Él vino al mundo y quiso morir en acto supremo de amor.

6. La despedida del Pastor

«Por tanto ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte próxima don de amor para la Iglesia». La tensión de la *Meditación ante la muerte* llega aquí a su conclusión generosa: ante el Amor de Dios que se dona corresponde San Pablo VI con la donación de la propia vida en el gesto supremo de la muerte. El amor del Papa es el mismo que el de Cristo: la Iglesia. «Puedo decir que siempre la he amado; fue su amor quien me sacó de mi mezquino y selvático egoísmo y me encaminó a su servicio; y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido».

Es el momento para abrir los brazos y el corazón para acoger a la Amada, a la Iglesia, para contemplarla como es, con sus arrugas y su belleza, con sus hijos fieles y con los que la afean con sus pecados. Ella es la Esposa de Cristo, y a Ella va el amor y el corazón de su Vicario:

Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en



⁸ Ef 5,25. Esta frase se encuentra escrita en la parte superior de la pared del Aula de las bendiciones de la Basílica de San Pedro, como una consigna para todos los Pastores de la Iglesia.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla. También porque no la dejo, no salgo de ella, sino que me uno y me confundo más y mejor con ella: la muerte es un progreso en la comunión de los Santos.

La Iglesia es la continuadora del Amor de Dios al mundo, es el Sacramento de la salvación de Cristo a los hombres. El amor a la Iglesia se convierte necesariamente en amor al hombre, pues el camino de la Iglesia es el hombre⁹. Si Dios, por amor, no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó a la muerte, el Vicario de Cristo, el Sucesor de San Pedro, entrega su vida en el amor a los hombres, para llevarlos a Cristo, el único Salvador.

La despedida es un saludo, un «hasta luego» lleno de afecto. El mismo Pablo VI, que con solicitud y celo recorrió los cinco continentes para anunciar el Evangelio de Cristo, que subrayó en la exhortación Evangelii nuntiandi la vocación misionera de la Iglesia y la hizo el centro de su vida para responder «a las necesidades y expectativas de una multitud de hermanos, cristianos o no, que esperan

de la Iglesia la Palabra de salvación»¹⁰, hizo suya la oración sacerdotal de Cristo en la Última Cena.

Con su ruego, el mismo con el que se cierra la Sagrada Escritura, cerramos también aquí este pequeño homenaje al Papa de la fe ardiente y misionera, de la sonrisa y del

Ahora hay que recordar la oración final de Jesús (Jn 17). El Padre y los míos: éstos son todos uno; en la confrontación con el mal que hay en la tierra y en la posibilidad de su salvación; en la conciencia suprema que era mi misión llamarlos, revelarles la verdad, hacerlos hijos de Dios y hermanos entre sí; amarlos con el Amor que hay en Dios y que de Dios, mediante Cristo, ha venido a la humanidad y por el ministerio de la Iglesia, a mí confiado, se comunica a ella. Hombres, comprendedme: a todos os amo en la efusión del Espíritu Santo, del que yo, ministro, debía haceros partícipes. Así os miro, así os saludo, así os bendigo. A todos. Y a vosotros, más cercanos a mí, más cordialmente. La paz sea con vosotros. Y, ¿qué diré a la Iglesia a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones vengan sobre ti: ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad: y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo.

Amén. El Señor viene. Amén.

San Pablo VI, desde el cielo, con todos los santos, ruega por nosotros.

Palabras clave: Pablo VI, Muerte, Sentido de la vida, Redención

* Agradecemos a la revista Ecclesia, que nos ha permitido publicar este artículo.

⁹Cf. JUAN PABLO II, Redemptor hominis, n. 14. ¹⁰ PABLO VI, Evangelii nuntiandi, n. 81.



La ideología del género como "reducción antropológica", mezcla de un "materialismo hedonista" y un "prometeísmo tecnológico", según Benedicto XVI



P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Doctor en filosofía, Licenciado en teología dogmática

Con el presente artículo concluimos nuestro comentario a los discursos en los que el Papa Benedicto XVI abordó de manera breve pero contundente la 'ideología de género'. En esta ocasión no se trata ya de los discursos anuales a la Curia Romana con motivo de los saludos navideños, sobre los que versaban nuestros anteriores artículos, sino de un discurso a losparticipantes a la Asamblea plenaria del Pontificio Consejo "Cor unum" del 19 de enero del 2013, año en que el Papa presentaría su dimisión como tal.

Una vez más el Papa es claro y contundente respecto no sólo al error tan grave que encierra susodicha ideología sino a su malicia y perversidad. El contexto en el que Benedicto XVI se refiere a ésta es el "proyecto" de Dios. En efecto, como marco introductorio al tema del "gender" el Papa dice que "en cada época, cuando el hombre no ha buscado tal proyecto [precisamente el proyecto de Dios para el hombre], entonces es cuando ha sido víctima de tentaciones culturales que han terminado por hacerlo esclavo". Y continúa:

"En los últimos siglos, las ideologías que proclamaban el culto de la nación, de la raza, de la clase social se revelaron finalmente como verdaderas y auténticas idolatrías; mas lo mismo habría que decir del capitalismo salvaje con su culto a la riqueza [culto del profitto], del cual se han seguido crisis, desigualdades y miseria"

Está claro, pues, que al origen de toda ideología -que termina siempre en una "idolatría", como señala con clarividencia el Papa-, está el dejar de lado el proyecto de Dios, y con él a Dios mismo, y caer en la constante

tentación que acecha al hombre de creerse el dueño de su propio destino olvidando el destino común señalado por el creador. En definitiva, se trata de la permanente tentación de creerse Dios: "Eritis sicut dei", dijo la serpiente a nuestros primeros padres en el paraíso (Gen 3, 5).

Ahora bien, es paradójico el hecho de que, como señala Benedicto XVI, aun y cuando "hoy se da un generalizado sentir común con respecto a la dignidad inalienable de todo ser humano y en relación a la responsabilidad recíproca e interdependiente hacia él, lo cual no puede ser sino en favor de la verdadera civilización, es decir la civilización del amor". Sin embargo, "desgraciadamente", anota también el Papa, "nuestro tiempo conoce sombras que oscurecen el proyecto de Dios". Y especifica:

"Me refiero específicamente a una trágica reducción antropológica que vuelve a proponer el antiguo







materialismo hedonista, al cual, además, se suma un 'prometeísmo tecnológico'"1

Y es muy interesante cuanto anota inmediatamente después el Papa: "Del connubio entre una visión materialista del hombre y el gran desarrollo de la tecnología emerge una antropología que en su fondo es atea". Decimos que es sumamente interesante esta anotación, pues quienes propugnan una tal antropología truncada, y sobre todo 'des-orientada'con frecuencia pretenden que su propuesta no tenga nada que ver ni con la religión ni con la moral, en definitiva que no 'se meten' con Dios ni con ninguna fe, sino que -según ellos-se trata tan sólo de "derechos humanos"; es decir, se trata -siempre según la ideología-de un derecho a ser hombre y mujer según el deseo individual, de cada uno, así como de un derecho al 'amor libre'. Sin embargo, querámoslo o no, el amor tiene que ver con Dios, porque, como enseña Él mismo por medio de su palabra en la primera carta de san Juan: "Dioses amor" (1 Jn. 4, 8). Por lo tanto, es verdad que el amor es libre y que si no es libre no es amor. Es verdad que ha de ser libre de condicionamientos, porque, como enseña san Bernardo, "la medida del amor es no tener medida"; otra traducción de la misma frase de la Orden del Císter dirá así: "la medida del amor es amar sin medida"². Pero de lo único de lo que no puede ser "libre" el amor es precisamente de Dios, porque Dios es amor y la fuente del amor.

Y es Dios mismo, el Amor mismo, quien enseña también que el amor tiene su orden, su norma, su lógica interna, su esencia. Sabemos bien que según Jean Paul Sartre, el pensador existencialista ateo por antonomasia, no existe la naturaleza, la esencia de la realidad, de las cosas; pero ése es un argumento demasiado débil y demasiado fácil de combatir, pues es algo que va contra la realidad misma y contradice la evidencia y el sentido común 'más común', valga la redundancia. Así que esa "antropología atea" que Benedicto XVI señala como fundamento del materialismo hoy campante en la cultura hodierna, juntamente con el "prometeísmo tecnológico" que hace creer al hombre ser dios, dios de sí mismo, es una especie de 'suicidio' del hombre mismo. No por nada Sartre se decía también marxista y sostenía el marxismo con la correcta interpretación de la realidad; sin embargo, los eventos conocidos del '89 en adelante hicieron más que evidente la rotunda equivocación de tal ideología que imponía -y sigue imponiendo como tal aún en muchos países- dicha "antropología atea".

Por su parte, cabe señalar en passant, que la amante de Sartre, una de las primeras propulsoras del feminismo radical, Simone de Beauvoir -la cual se ha puesto de nuevo de moda y ha vuelto a estar muy presente en los escaparates de las librerías-, propuso que "la mujer no nace, sino que se hace". A ella se refieren en su origen feministas radicales que liderean la batalla de dicha ideología desde hace decenios y aún hoy, como Judith Butler y otras. Se trata, pues, hoy por hoy, de la misma raíz filosófica que niega la naturaleza de las cosas, también la naturaleza del hombre. Y sin una naturaleza que le caracterice, que le defina, que le 'condicione', el ser humano sería sólo ser, y su ser sería sólo libertad; en efecto, su esencia sería la libertad misma, la pura espontaneidad. Mas, como decimos, un sencillo acercamiento desprejuiciado a la realidad, al hombre en su ser tal y como se muestra, acaba por simplemente echar por tierra tal antropología empotrada en una metafísica "al revés", como diría un crítico de Sartre.

Pero volvamos al Papa, que explicita lo que quiere

¹ La cursiva es nuestra.

² La frase completa: "Debemos amar a Dios porqué Él es Dios, y la medida de nuestro amor es amarlo sin medida". Por tanto, en la misma definición y 'mostración' del amor que hace el santo se encuentra Dios mismo como objeto y término de ese amor, el cual Amor, que es Dios mismo, es también la fuente última y primigenia. De hecho, la frase se encuentra en su obra "Tratado del amor a Dios" ("De diligendo deo"), al inicio, capítulo.

decir exactamente con "reducción antropológica", con "materialismo hedonista", con "prometeísmo tecnológico" y con "antropología atea", cuando dice que "ésta presupone que el hombre se reduzca a funciones autónomas, la mente al cerebro, la historia humana a un destino de autorrealización". Y añade, precisamente:

"Todo ello prescindiendo de Dios, dela dimensión propiamente espiritual y del horizonte ultraterreno"

Por tanto, en cuanto al materialismo llano y lato que sostiene susodicha antropología, volvemos al más puro materialismo dialéctico de Marx, quien asienta sin rodeos en El Capital, que el principio del Comunismo es el ateísmo.

Es decir, lo primero que hay que eliminar es a Dios. Pero, como loha demostrado sobradamente la historia de tal sistema en todo el mundo, borrando a Dios del corazón de los hombres y de la sociedad, se sofoca la esencia misma del hombre, que es su naturaleza, dada por Dios, creado a "imagen" de él, y por lo tanto se sofoca también el amor, que, en el fondo, es su esencia, precisamente porque es creado por Dios y a su "imagen y semejanza", en lo que en última instancia reside la dignidad de la persona humana; aunque, como enseñarán los Padres de la Iglesia ya en los primeros siglos, y muy específicamente el gran san Gregorio de Nisa (335-394 d.C.)- por lo demás, autor por así decirlo del primer verdadero tratado de



antropología cristiana, tanto a nivel filosófico como teológico³, la semejanza depende también del hombre, de la aceptación de Dios y de Su Gracia para él, y será el hombre más "semejante" a Él, a Dios, en la medida en que se deje elevar y transformar por la Gracia Divina.

El Papa continúa ahondando este tema de la esencial relación creatura-Creador, del hombre con Dios, haciendo ver cómo, de hecho, dicha relación es la misma "alma" del hombre. Y aquí el término "alma" no se refiere a uno de los dos 'componentes' del ser humano según la antropología aristotélico tomista (alma-cuerpo: composición "dual" -como se suele decir hoy en campo filosófico-) o bien uno de los tres elementos de la persona humana, en el caso de la antropología de corte agustiniano (cuerpo-alma-espíritu); no, aquí Benedicto XVI utiliza el término para significar la esencia misma del hombre, su ser mismo, el cual descansa en esa dependencia metafísica, ontológica de Dios. En este marco, el Papa dice que

"en la perspectiva de un hombre privado de su alma, y por lo tanto de una relación personal con el creador, lo que es técnicamente posible se convierte en moralmente lícito, cualquier experimento resulta aceptable, cualquier política demográfica es asumida, toda manipulación es legitimada. Mas la insidia que más asusta de esta corriente de pensamiento es, de hecho, la absolutización del hombre: el hombre quiere ser ab-solutus, absuelto [libre] libre de toda dependencia y de toda constitución natural. Pretende ser independiente y piensa que sólo en la afirmación de sí mismo radica su felicidad"

Sin duda Benedicto XVI aquí apunta a la raíz del problema, al fundamento mismo de esta rebelión contra el Creador que es la ideología de género. En el fondo es un ir del hombre contra sí mismo. Es por eso que el Papa cita el discurso -que hemos ya comentado en el artículo secuencial que precede a este- que diera el año anterior a la Curia con ocasión de las felicitaciones navideñas, cuando decía ahí lo siguiente:

"El hombre rechaza la propia naturaleza... Existe ya sólo el hombre en abstracto, que después elige por sí mismo, autónomamente, algo [qualcosa] [es

³LDicho tratado lleva por título: "Sobre la creación del hombre" ("De hominis opificcium", en latín).

⁴ 21 de diciembre de 2012.



decir: elige lo que le viene en gana] como naturaleza suya"4

Y la palabra que utiliza el Papa aquí: "rechazo", es fundamental paravislumbrar la gravedad y perversidad de esta ideología, de esta mentira antropológica, pues, como bien se anota en seguida:

> "Se trata de una radical negación de la creaturalidad y filiación [creaturalità efilialità] del hombre, lo cual termina en una soledad dramática [drammatica solitudinel"

En efecto, si algo se palpa como consecuencia de este engaño y autoengaño del hombre, si algo es evidente reflejo de este caer en las garras del padre de la mentira, es precisamente esa "dramática" y desgarradora"soledad"del hombre abandonado al solo pseudo-dominio de sí mismo. En el fondo es un verdadero aniquilamiento de sí mismo, ya que es romper en su misma esencia el vínculo de dependencia original del Creador. Además, es un 'cortar el cordón umbilical' con Dios como Padre, como bien señala el Papa al hablar en este ámbito no sólo de la dimensión de creatura ("creaturalidad") sino de su dimensión de hijo ("filiación") de Dios. Es un rebelarse en la fuente, en su misma esencia, como ya anotábamos. He ahí la gravedad por así decirlo metafísica, ontológica, insistimos, del "gender". Sencillamente dicha ideología lo que produce en el ser humano es, en el fondo, una soledad y una orfandad totales.

Paso seguido Benedicto XVI indicará cuál debe ser, en concreto, la actitud de la Iglesia ante este problema, ante este mal.

1.-En primer lugar,el Papa anota que "la fe y el sano discernimiento cristiano nos invitan [ci inducono], por lo tanto, a prestar una atención profética a esta problemática ética e la mentalidad que subyace a la misma".

Se trata, pues, no de una mera "invitación" a la cual se pueda responder o no, sino un apelo con sentido de obligatoriedad, lo cual queda más que claro con ese "prestar una atención profética" al que nos llama el Papa. Y se trata de algo donde la Iglesia ha de decir una palabra al respecto porque se trata de una "problemática ética" y no una mera 'opción' natural que pueda hacer el hombre. No se trata sólo de biología, ni siquiera de psicología, sino de una dimensión que tiene que ver



con el bien del hombre, el bien absoluto del mismo: bien terreno y bien eterno. Ahora bien, Benedicto XVI apunta a algo más hondo al señalar asimismo que no basta estar atentos al problema ético, sino que se han de parar mientesen la "mentalidad" que subyace a susodicha ideología. Esto encierra una importancia capital, ya que indica un bajo fondo, un sustrato que sostiene a esta ideología, y es precisamente eso que el Papa llama "antropología atea". Por otra parte, el "prestar una atención profética" significa denunciar, por supuesto; significa no quedarnos callados; significa hacer ver, en clave de futuro, las consecuencias devastadoras de esta mentalidad de cara al destino de la humanidad, destino intra y extramundano.

2.-En segundo lugar, Benedicto XVI pone en guardia a los Pastores de la Iglesia en relación a que "la justa colaboración con instancias internacionales en el campo del desarrollo y de la promoción humana no debe hacernos cerrar los ojos de cara a estas graves ideologías", por lo que "los Pastores de la Iglesia -la cual es 'columna y fundamento de la verdad' (2 Tim 3, 15)- tienen el deber de poner en guardiaen relación a estas desorientaciones [queste derive] tanto a los fieles católicos como a toda persona de buena voluntad y de recta razón".

Por tanto, la indicación del Vicario de Cristo en su momento fue clara y contundente. La Iglesia no puede permanecer callada, en absoluto. De hecho, hoy es presente como una de las pocas voces sólidas y firmes en el contexto mundial respecto a esta nefasta ideologización de las personas y de las instituciones. Por su parte, la postura del Papa Francisco en relación al "gender" ha sido también más que clara y rotunda, pues se ha referido a éste como "bomba atómica", "verdaderas

colonizaciones ideológicas", entre otras frases más que nítidas sobre el tema. Por ende, es esa la postura que todos los Pastores -mas no sólo los Obispos sino todos los sacerdotes- hemos de adoptar ante los fieles y ante la sociedad en general.

Dada esta pauta de acción, el Papa aprovecha para ahondar en las consecuencias del todo dañinas de tal "desorientación" para el hombre. Dice:

> "Se trata, de hecho, de una desorientación negativa para el hombre, aun y cuando se disfraza de buenos sentimientos bajo la bandera de un presunto progreso, o de presuntos derechos, o de un presunto humanismo"

¡Qué bien y con qué nitidez magistral en pocas líneas el Papa desenmascara los argumentos más aducidos por los propugnadores de susodicha "mentalidad": supuestos "buenos sentimientos", "presunto progreso" y "presuntos derechos", "presunto humanismo"! Todo aquí está "presunto", es decir se presume, pero en el fondo no se demuestra, ya que, de hecho, es indemostrable. En efecto, los argumentos -o mejor los 'no-argumentos'- de quienes proponen, promueven y defienden esta ideología se centran mucho en un mero sentimentalismo. No se trata ni de lógica ni mucho menos



de rigor científico en las razones que se esgrimen; por decirlo de alguna manera, las razones no son mínimamente razonables -valga la redundancia-. En el fondo se trata de manipulación de términos y conceptos. Pero detrás de todo esto se avizora una soberbia, contraria siempre a la verdad de las cosas y de la realidad, la cual que viene de otro lugar, de más lejos; una soberbia verdaderamente demoníaca. No por nada los promotores y defensores del "gender", uniéndose a la "Comunidad" LGBT etc..., y haciendo conjuntamente un todo cuyas raíces son comunes -aunque, cabe subrayarlo, son dos cosas diversos la homosexualidad y la ideología "gender"-, gustan amparar y presentar su movimientoy manifestaciones como "orgullo gay". En realidad, en eso tienen toda la razón; eso es más que exacto si nos atenemos a la literalidad del término en sentido moral y religioso. "Non serviam" es lo que llevó su propio orgullo infernal a decir al diablo mismo, al inicio de la rebelión primigenia⁵. Y, cabe resaltar que, como bien señala el mismo Benedicto XVI, la careta puede ser "buenos sentimientos" -aunque no sean éstos, en el fondo, sino un mero "disfraz", como también señala el Papa-; pero, más allá de las intenciones de cada uno, las cuales sólo las conoce precisamente cada persona en su consciencia, y que las puede juzgar sólo Dios, lo que está claro es que tamaña mentira sobre el hombre, sobre uno mismo, no puede proceder, insistimos, sino de un poder maligno más fuerte y más suicida del que es capaz el hombre dejado a sus propias fuerzas.

3. En tercer lugar, finalmente, y en forma de pregunta retórica, el Papa se pregunta: "Ante esta reducción antropológica ¿qué papel compete a todo cristiano [y en particular a ustedes, comprometidos en actividades caritativas, y, por lo tanto, que están en relación directa con tantos otros actores sociales?]"⁶. Y el mismo Papa se responde una vez más señalando líneas actitudinales y de acción muy concretas:

"Ciertamente debemos adoptar [esercitare] una vigilancia crítica y, en ocasiones, rechazar financiamiento y colaboración que, directamente o indirectamente, favorezcan acciones o proyectos

⁵ Cfr. La frase se encuentra en Jer 2, 20, y se refiere a la rebeldía de Israel hacia Dios y Su Voluntad. Pero la Tradición, pero se la atribuye generalmente a Lucifer, a ese instante originario en el que éste decidió rechazar su dependencia de su Creador. ⁴ 21 de diciembre de 2012.

⁶ Aquí se refiere directamente al Pontificio Consejo "Cor unum", y en concreto a los participantes en su Reunión Plenaria, a quien dirige precisamente este discurso que venimos aquí comentando.





que son contrarios a la antropología cristiana"

Esta indicación precisa y muy clara del Papa es algo que vale, pues, no sólo para las instituciones de Iglesia que tienen que ver con proyectos sociales, culturales o políticos, sino para "todo cristiano". La consigna es que no haya compromisos de ningún tipo con instituciones gubernamentales o supragubernamentales que condicion en las ayudas a favor de la ideologización del hombre y de la sociedad; para nada. Esto dicho en negativo; mas, en sentido positivo se nos indica algo también muy claro:

> "Pero, en lo positivo, la Iglesia está siempre comprometida en promover al hombre según el designio de Dios, en su dignidad integral, en el respeto a su doble dimensión: vertical y horizontal"

Y después de apuntar el Papa que "a ello va dirigida también la acción de desarrollo de los organismo eclesiales", vuelve a insistir en la necesidad de hacer valer la propuesta cristiana sobre la persona humana:

> "La visión cristiana del hombrees, en efecto, un gran sí a la dignidad de la persona humana,

llamada a la comunión íntima con Dios, una comunión filial, humilde y llena de confianza"

De esa manera, el Papa hace ver cómo la concepción cristiana de la persona humana es la que puede concederle a ésta su verdadera dignidad, su dignidad "grande", por así decirlo, precisamente porque es una afirmación, y para nada una negación, como adjudican muy ignorante eequivocadamente los enemigos de Cristo y de la Iglesia a la enseñanza eclesial sobre el hombre, y en especial en este preciso tema de los dos únicos sexos, que son el masculino y el femenino, complementarios y llamados el uno al otro al perfeccionamiento en sí mismos y en relación recíproca, así como a la transmisión de la vida y de la educación, formación y guía de la prole para el bien de la sociedad, para el bien de la Iglesia, dotándola de nuevos hijos de Dios miembros de la misma, y llamados también -y no por ser mencionado al final es lo menos importante, sino todo lo contrario-a encaminara los hijos hacia la Patria verdadera, hacia el cielo, hacia la vida eterna. Todo ello significa ese "gran sí", ese "sí grande" que representa -o mejor dicho que es- la antropología cristiana, la visión católica del hombre. Y, de hecho, ahí reside su verdadera última dignidad, pues el hombre es "imagen y semejanza de Dios" porque es imagen sobre todo del Verbo, predestinado, sí, desde la Eternidad por el Padre y Enviado a encarnarse, tomando nuestra naturaleza humana-"en todo semejante a nosotros, menos en el pecado", enseña la misma Palabra de Dios (Heb 4, 15)7-, sobre todo para sufrir, morir y resucitar por nosotros y así salvarnos, pero también para mostrarnos el Ideal del hombre, del cómo ser verdadero hombre y mujer en nuestra vida, tal y como nos pensó y creó Dios mismo. Jesucristo es, pues, el fundamento mismo de nuestra dignidad como personas humanas.

Hacia el final de su comentario sobre la ideología del "gender" Benedicto XVI hará una anotación antropológica muy importante, referida a la dimensión de la esencial relacionalidad de la persona humana, cuando dice que:

⁷ Cabe comentar que alguna otra traducción pareciera matizar un tanto esto, al decir más bien: "sino que fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado" (Nuevo Testamento, RIALP, Madrid 2014), poniendo el acento en la Pascua de Cristo, es decir en su pasión y muerte; sin embargo, en realidad el Evangelio, y en realidad toda la Escritura Santa, muestra también la vida misma como una prueba, como una "milicia", una batalla (Cfr. Job 7, 1-4; 6-7), o como un combate o guerra toda ella contra el pecado y las fuerzas del mal (Cfr. 2 Tim 4, 6-8; 17-18), al final de la cual se nos da la victoria definitiva, que es el cielo, que es Dios mismo.



"El ser humano no es un individuo del todo aislado ["a sé stante"], ni tampoco es un elemento anónimo en la colectividad, sino una persona singular e irrepetible, intrínsecamente ordenada a la relación y a la socialidad [socialità]"

Por lo tanto, el ser humano en cuanto persona es tanto un individuo de naturaleza racional⁸ y relacional -pues la comparte con todos los miembros de la especie humanacomo un ser único e irrepetible. En realidad tal dimensión es propia de todo el ser creado, que depende su Creador y cuyas obras son inter-dependientes9. Es más, la 'relacionalidad' está en el fondo del ser mismo, no sólo del ser creatural sino del Ser Divino, del Ser Subsistente del mismo Dios, pues Dios es también "relación", ya que, como nos enseña la teología católica, y de manera especial con san Agustín, las personas divinas son "Relaciones subsistentes" 10. Ahora bien, ello es posible porque antes se trata de un individuo que, al ser capaz de conocerse a sí mismo y ser consciente de mismo se posee a sí mismo, y por ende puede realmente ser libre, actuar con libertad. Santo Tomásde Aquino lo ponía en términos de la capacidad de ser maestro de sí mismo. El original latín es "compos sui", que significa

literalmente "tener dominio sobre sus miembros" 11. Así, partiendo de una imagen del ámbito anatómico, sólo quien realmente tiene 'todos sus miembros', todo su ser, todas las dimensiones de su ser bajo su control, puede realmente caminar, desplazarse, es decir, sólo así puede ser libre; sólo así puede ir al encuentro del otro, sólo así puede relacionarse plena e integralmente con el prójimo. En definitiva, sólo así puede libremente actuar su relacionalidad, su socialidad, para



⁸ "Naturae rationalis ndividua substantia": así definió a la persona Boecio (Anicio Manlio Torquato Severino Boecio, 480-524/525 d.C.), la cual definición toma por buena santo Tomás de Aquino.

9 Cfr. San Agustín, "De Trinitate", sobre todo Libro VII, cap. 10, n. 2; ver también Libro V, cap. 80, n. 10).

¹⁰ Cfr. Santo Tomás, S. Th., I-II, q.56, a.4, ad 3: "Sed secundum quod sunt rationales per parrticipationem ut oboediens rationi, sic sunt propiae hominis"; ver también S. Th., II-II, q.157, a.4c. Vale la pena reproducir el siguiente texto tomado del texto ya citado "De hominis oppicium" de san Gregorio de Nisa, pues habla también precisamente de esta "poseerse" a sí mismo como signo e instancia última de su dignidad y de su capacidad de libertad en el hombre, siendo esto en lo que el santo capadocio pone, existencialmente, la esencia de la persona humana en cuanto "imagen" de Dios. Dice así: "Y es así que el alma pone de manifiesto su excelsa dignidad regia, muy ajena a la bajeza privada, por el hecho de no reconocer a nadie por señor y hacerlo todo por su propio arbitrio. Ella, por su propio querer, como dueña de sí, se gobierna a sí misma. ¿Y de quién otro, fuera del rey, es propio semejante atributo?" (cap. 4).

¹¹ En ese sentido el Niceno también enseña que: "la naturaleza humana, creada para ser señora de todas las otras criaturas, por la semejanza que en sí lleva del Rey del universo [...] participa de la dignidad y del nombre del original primero. [...] de suerte que, reproduciendo puntualmente la belleza del original, el alma ostenta en todo la dignidad regia". Cabe resaltar que es interesante señalar que, a nivel moral, el Aquinate señale el hecho de que es a través de la virtud de la mansedumbre que el hombre logra el mayor dominio de sí (sobre sí mismo): cfr. S. Th., II-II, q.157, a.4c: "maxime facit hominem esse compotem sui"; ver también de santo Tomás: "In lob", cap. 3: "non enim per passionem nostri actus domini sumus, sed per solam rationem". Por otra parte, en uno de sus hermanos el doctor angélico enseña lo siguiente al respecto: "¿Qué es propio del hombre? Ser manso por naturaleza, porque el hombre es animal social por naturaleza. Algunos animales viven solitarios, como las fieras, leones y osos; pero esta propiedad es tan propia del hombre que a la bondad se la llama humanidad. Si sucede que un hombre es destructivo o nocivo, se le llama inhumano, porque toma la naturaleza de las fieras, como leones y osos (...). Por tanto, como en virtud de la semejanza de Dios, la familiaridad y su propiedad, todo hombre debe ser incorrupto, devoto de Dios y benigno con el prójimo, se hace patente la condición humana al decir hombre ("Sermo Homo quídam", pars 1).



decirlo con Benedicto XVI¹², con las demás personas con quien vive en sociedad. Ahora bien, la relación más grande, plena, completa y profunda es la que hace que las dos únicas formas de ser humano, hombre y mujer, se complementen, y, complementándose, realicen el ser humano en toda su plenitud. Y, de hecho, es en esa plenitud de la "una carne" -como insistía san Juan Pablo II en sus "Catequesis sobre el amor humano", así llamadas, simplificadamente, "Teología del cuerpo"-, que implica la unión de almas y en espíritu, donde se encuentra la fuente de la vida humana. Precisamente todo ello es cuanto se niega no sólo en el así mal llamado "matrimonio igualitario" -que niega la diferencia esencial y la complementariedad hombre-mujer-sino en la misma ideología del género, que, de hecho, rechaza el conjunto de todas esas verdades que antes que ser reveladaspor Dios, sino evidencias que toda razón sana puede percibir y apropiarse. Sin embargo, ante esta ceguera intencionada y provocada, planeada y dirigida, la Iglesia, hoy más que nunca, ha de pronunciarse al respecto, anunciando el Evangelio de la vida, del matrimonio la familia, "con oportunidad y sin ésta"13, dado que defendiendo al hombre defiende el Evangelio, puesto que "en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado", como subrayará también con insistencia el mismo Papa polaco, retomando y confirmando cuanto enseñó el Concilio Vaticano II¹⁴.

Por eso concluyamos nuestro artículo con las mismas palabras con las cuales cierra Benedicto XVI este su comentario tan agudo como profundo y transparente análisis sobre la ideología de género, y busquemos poner en práctica cuanto él nos decía respecto a la razón de fondo de porqué anunciamos y proclamamos, y también defendemos, el matrimonio según lo ha querido Dios, único que expresa la belleza misma del hombre, tal y como lo ha creado Dios desde su origen:

> "Es por eso que la Iglesia confirma su grande sí a la dignidad y belleza del matrimonio como expresión de la fiel y profunda alianza entre hombre y mujer, y el no a las filosofías como la



del gender está motivado por el hecho de que la reciprocidad entre lo masculino y lo femenino es expresión de la belleza de la naturaleza [humana] querida por el Creador"

¹² 2 Tim 4, 2

¹³ Cfr. Juan Pablo II, "Redemptor hominis", n. 8; ver también Gaudium et spes, 22, 1.

¹⁴Cfr. Juan Pablo II, "Redemptor hominis", n. 8; ver también Gaudium et spes, 22, 1.



"El futuro de la humanidad: perspectiva post-humanista"



P. Pedro Barrajón, L.C.

Doctor en Teología Dogmática Profesor ordinario de teología del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

La identidad del ser humano ha sido desde siempre una pregunta que ha estado al centro de la reflexión filosófica. Es conocida la frase que el coro canta en la tragedia Antígona de Sófocles: «Muchas cosas son asombrosas, pero nada más asombroso que el hombre»¹. La tragedia griega concede al hombre una «habilidad superior a lo que se puede imaginar»², pero al mismo tiempo reconoce que se da en el hombre una imprevisibilidad moral, que causa no sólo asombro sino incluso temor, dado que el hombre tiene la posibilidad de escoger, de modo misterioso para él mismo y para los demás, no sólo el bien, sino también el mal. En esta frase del coro de Antígona encontramos los grandes temas que el post-humanismo presenta a la reflexión filosófica actual y que tienen que ver con el enigma del hombre, con su identidad, con su futuro, y con el futuro mismo de la humanidad. La tradición bíblica no ha dejado también de maravillarse y asombrarse del hombre, como lo atestigua la exclamación-pregunta del salmista: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿El ser humano para darle poder?» (Sal 8,5).

La frase citada de la tragedia de Sófocles también manifiesta la «habilidad» del hombre con relación a los otros seres, habilidad que se pondrá en evidencia en la historia a través de la técnica, con la cual podrá irá progresivamente dominando el mundo que lo rodea. Tal capacidad del hombre, dada por el Creador de dominar el mundo con su inteligencia creativa (cf. Gen 1,28) presenta también ambigüedades y grandes interrogantes de tipo ético, como bien lo manifiesta el texto de la Gaudium et Spes³. El mismo poeta, usando la palabra griega «deinós» hacia una velada alusión a tal situación humana, pues tal palabra significa sea «maravilloso», «asombroso», como también «pavoroso» o «siniestro», como Martín Heidegger puso en evidencia⁴.

El tema del futuro de la humanidad y del hombre va unido al de la identidad del ser humano, identidad que se esclarece con relación a su fin y a su futuro, pero que requiere una visión de conjunto que contemple su origen, su presente y una penetración global, científica y

¹ SOFOCLES, *Antígona*, v. 334.⁵ Carlos Francisco VERA SOTO, Cristo vive en mí, 34-35; Concepción CABRERA de ARMIDA, Cuenta de conciencia 13, 23 de mayo de 1900; Tomás de AQUINO, Suma teológica II-II, q 174, a 6, ad 3. ² Ibid.

³ Gaudium et Spes, 37.

⁴ M. HEIDEGGER, *Einführung in die Metaphysik*, Gesamtausgabe, Klostermann, Frankfurt am Main 1983, 157-173.





filosófica, de su ser.

1. El futuro de la humanidad

Los temas relativos al trans y post humanismo están estrechamente ligados a la pregunta que el ser humano siempre se ha puesto siempre con relación a su futuro. El horizonte del futuro no puede no jugar un papel determinante en la vida humana, sea a nivel individual como social, y posee asimismo un impacto importante a nivel cultural, político, económico y ético.

La pregunta por el futuro es propia de un ser que, viviendo en el presente, está abierto a todo el arco de la temporalidad, de alguien que vive inserto en el tiempo que se configura como un paso continuo de pasado a futuro. Tal flujo es percibido para la conciencia humano como un evento inexorable: no se puede detener. San Agustín había analizado con maestría este fluir que en cierto modo es independiente de nosotros y que nos supera, aunque siempre se puede, de algún modo controlar y, en la perspectiva cristiana, redimir (Ef 5,16)⁵. El fluir del tiempo es misterioso, hasta el punto, que las fases del tiempo se diluyen y son difíciles de aferrar: «el pasado ya no existe y el futuro todavía no existe», dirá

San Agustín⁶.

Un filósofo contemporáneo que ha reflexionado sobre el tema del futuro es Nick Bostrom, el cual afirma con razón que el futuro de la humanidad es un tema del cual no se puede escapar (inescapable topic)7. Este autor reconoce que el tema del futuro ha sido afrontado principalmente por las religiones, que se han preocupado del «eschaton», las fases últimas del tiempo de las personas, de las civilizaciones y del mundo. También la filosofía se ha interesado en el tema. Sin embargo, él considera que hasta el momento estos acercamientos son más bien de tipo «simbólico» y «literario». Para él ha llegado el momento de afrontar el tema desde un pensamiento realista, pero ni teológico ni filosófico, sino verdaderamente científico, que incluya variables como el cambio climático, la política de seguridad nacional, los dispositivos de destrucción nuclear, la conservación de los recursos naturales, las políticas demográficas, el desarrollo económico, la biodiversidad, la investigación científica y tecnológica8.

El desarrollo de la técnica garantiza hoy una predictibilidad de los eventos futuros, aunque con un margen de incerteza, según los marcos que derivarán de las decisiones tomadas por las sociedades en el porvenir. Bostrom da una peculiar definición de técnica: «la suma total de la información que es útil y culturalmente transmisible de modo instrumental»⁹, en la que la actividad humana que transforma el mundo para hacerlo más habitable es definida sobre todo en función de la información, no de cualquier tipo, sino aquella que sea útil, transmisible y de permear una cultura. Con base en esta definición postula además lo que él llama una «conjetura de perfeccionamiento tecnológico» (Technological Completion Conjecture), formulada en el siguiente modo:

Si los esfuerzos del desarrollo científico y tecnológico efectivamente no cesan, entonces todas las capacidades básicas importantes, que se puedan obtener mediante alguna posible tecnología, serán obtenidas¹⁰.

⁵Cf. SAN AGUSTÍN, Las Confesiones, libro XI, 14.

⁷ N. BOSTROM, The Future of Humanity, p. 1: https://nickbostrom.com/papers/future.pdf

⁸ Art. *cit.*, p. 2.

⁹ Art. cit., p. 4: «The sum total of instrumentally useful culturally-transmissible information».

Bostrom propone la hipótesis de que muchas capacidades tecnológicas futuras, todavía no conocidas, podrán entrar en lo que Eric Drexler llama «ciencia teorética aplicada»¹¹, un instrumento metodológicamente importante para pensar el futuro y sus posibilidades en función no sólo del progreso, concepto que él prefiere no usar por la connotaciones ideológicas que pueda tener, sino en función del desarrollo tecnológico. En línea de principio, Bostrom descarta una visión de un tiempo cíclico, semejante al de las antiguas civilizaciones orientales. Y dado que sabemos por la ciencia que el mundo ha tenido un origen finito, para él quedan sólo cuatro grandes posibilidades reales y científicas en el panorama del futuro de la humanidad: su extinción, un colapso recurrente (recurrent collapse), un desarrollo continuo pero sin cambios sustanciales (plateau) y finalmente lo que él llama post-humanidad.

2. La post-humanidad

Dejemos por ahora de lado las otras tres hipótesis, que también el autor considera posibles, para concentrarnos en la descripción de la última, la que él denomina post-humanidad, situación en la que el desarrollo tecnológico podría llegar a crear una condición humana, diferente de la actual, llamada post-humanidad.



Se podría llegar a esta solución cuando haya las siguientes condiciones:

- La población mundial alcance un billón de personas (un millón de millones: 1012).
- La esperanza de vida en esta época de la humanidad sea de 500 años.
- Una gran parte de la población tenga capacidades cognitivas superiores
- Una parte mayoritaria de la población pueda logra un gran control sobre la parte sensorial
- El sufrimiento humano psicológico sea un fenómeno raro

La llegada de la post-humanidad se daría cuando pudiera realizarse la llamada hipótesis de la singularidad tecnológica (technological singularity hipothesis), según la cual la transición de la condición humana a la posthumana podría llevarse a cabo gracias a un cambio tecnológico extremamente rápido, verificado en poco tiempo, en algunas décadas. Esto implicaría que ya en ese momento existirían máquinas dotadas de una superinteligencia, capaces de crear otras máquinas parecidas o superiores a ellas. En este estadio las máquinas tendrían la capacidad de mejorar por sí solas su rendimiento, en modo tal que se pudiera llegar a la «explosión de la inteligencia» (intelligence explosion)12, que dejaría a la inteligencia humana muy atrás. La primera máquina super-inteligente sería la última invención del hombre, ya que éste perdería el liderazgo intelectual para dar paso al post-humano, dotado de una super-inteligencia¹³, reforzada por la conexión de ordenadores, robots cada vez más complejos o de la mejoría sustancial del intelecto humano.

A una tal situación se podría llegar con más facilidad si se diera la posibilidad de conectar la mente humana a un ordenador (uploading) del que pudiera recibir toda la información. La forma en que Bostrom describe

¹¹ Cf. E. DREXLER, Nanosystems: Molecular Machinery, Manufactering and Computation, John Wiley & Sons, New York 1992. Cf. N. SZABO, Theoretical Applied Science: https://www.aleph.se/Trans/Cultural/Philosophy/thappsci.html. ¹² Cf. N. BOSTROM, *The Future of Humanity*, 22.

¹³ Esta idea fue presentada por primera vez por I.J. GOOD: Speculation Concerning the First Untraintelligent Machine en F. ALT, M. RUMINOFF (ed.) Advances in Computers, Academic Press, vol. 6, 1965, 31-38.



esta operación es más bien fantasiosa, si se tienen en cuenta las posibilidades técnicas actuales. Según él, sería necesario escanear un cerebro humano, «alimentando el cerebro vitrificado en un conjunto de potentes microscopios para realizar una automática operación de cortes finos y de escaneado»¹⁴. Luego la información escaneada se reconstruye en tres dimensiones y se combina con la de un neuro-ordenador, que se potencia con la conexión ulterior a un potente super-ordenador. Según Bostrom, este conjunto de operaciones podría dar el salto cualitativo deseado hacia lo post-humano, que conservaría la memoria, la información y la personalidad del cerebro humano inicial, capaz de sobrevivir a lo humano, conservando toda la información en un sistema computacional (software). La mente humana original, transformada en post-humana, podría vivir materialmente, en un robot o bien virtualmente con toda la información necesaria en lo que ahora se llama la nube. Este proceso se podría multiplicar en modo mucho más rápido, en cuanto a tiempos, que en la actual reproducción humana. Para transmitir la información no sería necesario el lento proceso de aprendizaje del humano, sino que, partiendo del conocimiento acumulado, se generaría un crecimiento exponencial del saber. Todo este proceso es ayudado por sistemas computacionales siempre más eficaces, de inteligencia post-humana, capaz de realizar operaciones miles o millones de veces más rápidas que las actuales. Los cambios anteriormente descritos serían iniciales pues la explosión de la inteligencia favorecía otros muchos cambios insospechados que podrían crear escenarios nuevos post-humanos, ahora inimaginables. Habría un período intermedio de convivencia del posthumano con los seres humanos biológicos, que irían poco a poco desapareciendo. Todo dependerá, por lo tanto, de esta singularidad tecnológica que permitiría este salto. Algunos autores futuristas como Ray Kurzweil piensan que tal singularidad tecnológica está ya muy cerca¹⁵ y realiza incluso predicciones sobre los pasos que acercarían a la humanidad hacia a esa momento en que advendría lo post-humano.

3. Análisis filosófico del pensamiento post-humanista

Bostrom no es el único autor que habla de la posibilidad del post-humanismo. Pero es un representante cualificado. La exposición de su pensamiento como



modelo de otros parecidos, nos permite captar a grandes rasgos la doctrina del post-humanismo, sobre el cual quiero realizar algunas consideraciones de tipo filosófico.

Ante todo es preciso afirmar que sin duda ninguna el pensamiento post-humanista contiene numerosas intuiciones interesantes sea para el ámbito de la ciencia, que de la filosofía y del pensamiento humano en general. Detrás de este pensamiento hay sin duda prepuestos metafísicos, antropológicos y epistemológicos desde los cuales se encuadran los temas y se los aborda desde el punto de vista metafísico, antropológico y moral. Quisiera detenerme en dos supuestos fundamentales del posthumanismo: una visión de la ciencia de tipo empiristapositivista y una antropología materialista-mecanicista. Añado una reflexión que sitúa tal pensamiento en el marco sociedad líquida.

La primera consideración es que la visión posthumanista sólo puede florecer en un subsuelo de tipo empirista y positivista. El empirismo como corriente de pensamiento inicia con Sexto Empírico y da valor cognoscitivo a lo que viene de la experiencia y no de saberes o hechos oscuros¹⁶. La experiencia, por un lado, y los datos que ofrecen los sentidos, por otro, son los puntos de partida para un conocimiento sólidamente fundado. Si generalmente se acepta la necesidad partir de la experiencia como una base sólida para el conocimiento, algunos autores no aceptan la prioridad

¹⁴ Ibid.

¹⁵ R. KURZWEIL, *The Singularity is Near,* Viking Penging, New York 2005.

¹⁶ SEXTO EMPÍRICO, Esbozos pirrónicos, I, 236-241.

epistemológica de la sensación de frente al concepto¹⁷. El empirismo, que rechaza la metafísica como un verdadero conocimiento, encontró en el positivismo de Comte una fuerza aliada, que admitía la ciencia como la única forma de conocimiento válido que poco a poco iría purificándose de elementos de teología y de filosofía, para llegar al sólo conocimiento científico, el único capaz de describir la realidad y de modificarla con la técnica¹⁸.

Estas bases teóricas han ido creando todo un sistema científico-tecnológico, que constituye para el hombre como una secunda naturaleza, que toma el puesto en otros sistemas tenía la trascendencia. Los avances técnicos han ido haciéndose más compactos y autónomos y se ha desarrollado como una especie de sistema que funciona por sí misma: «es un ecosistema independiente de él (el hombre), así como lo era para la primitiva humanidad el de la naturaleza»¹⁹. Un sistema que tiene un crecimiento propio, independiente de la voluntad explícita del hombre y que «actúa con una sustancial indiferencia con respecto a los fines»²⁰. Tal autonomía puede conllevar el riesgo de una cierta absolutización y de ser autorreferente. «Su intrínseca ausencia de finalidades internas pueda traducirse verdaderamente en una global insensatez»²¹. Es interesante este juicio clarividente de Evandro Agazzi que, valorando la técnica como una aportación imprescindible para la civilización humana, no deja de preocuparse por los riesgos graves para el hombre, cuando se separa de una visión antropológica adecuada.

Esto nos lleva a considerar el segundo presupuesto del post humanismo presentado por Bostrom y algunos otros autores con él: el reduccionismo antropológico exclusivamente materialista. La cuestión de fondo que está detrás de esta visión post-humana, argumenta Elena Postigo, «es el concepto de naturaleza humana y del hombre, reducido a simple materia»²². El reduccionismo materialista no es nuevo. Se desarrolló en el pensamiento griego con los Leucipo y Demócrito, y

se vuelve a presentar a lo largo de la historia como una reacción contra antropologías espiritualistas de cuño platónico o cristiano²³. Con Thomas Hobbes tal posición, con una clara antropología materialista y mecanicista, asume carta de ciudadanía cultural, que se consolida en el pensamiento de los enciclopedistas franceses, con la teoría del homme-machine de La Mettrie, con el monismo psico-físico de Diderot y de otros filósofos de finales del siglo XVIII. En el siglo posterior, continúa el materialismo antropológico con L. Feuerbach, K. Marx y F. Engels, con el positivismo de A. Comte, llegando a predominar con corriente de pensamiento en buena parte de la cultura occidental en el siglo XX.

El materialismo concibe la naturaleza humana no como una esencia fija e inmutable de la que dependa una ley moral, sino como el resultado de una evolución, fruto del azar, que llega a la producción de un ser, el humano, que es capaz de perfeccionarse a voluntad gracias al avance de las ciencias y de la técnica. El hecho de poder ser siempre más perfecto en el conocimiento y en el dominio de la materia es algo positivo, así como



¹⁷ Cf. S. CIOLLI, Empirismo, en Enciclopedia di filosofia, Garzanti, Milano 1988, 310-311.

¹⁸ Cf. S. LANDUCCI, Positivismo, en Enciclopedia di filosofia, Garzanti, Milano 1988, 883-884.

¹⁹ E. AGAZZI, La ciencia y el alma de Occidente, Tecnos, Madrid 2011, 263.

²⁰ E. AGAZZI, La ciencia y..., 264.

²¹ Ibid.

²² E. POSTIGO SOLANA, *Transhumanismo y Post-humano: principios teóricos e implicaciones bioéticas*, en http://dspace.ceu.es/bitstream/10637/.../EPostigotranshumanismo.pdf, 10-11.

²³ Cf. G. F. MORRA, *Materialismo en Dizionario Interdisciplinare di Scienza e Fede*, vol. 1, Urbaniana University Press - Città Nuova, Roma 2002, 866.



buscar las mejoras en las propias condiciones de vida y del planeta. Pero se plantea la pregunta, de fondo ético y antropológico sobre la posibilidad de modificar de tal modo la propia naturaleza que la transforme en otra que ya no es propiamente humana. Tal progreso se daría pasando por lo que C. L. Lewis llamó, aunque en un contexto diverso, la abolición del hombre²⁴, y daría como resultado una super-especie que tiene semejanzas con el super-hombre de Nietzsche. Hasta ahora tal cambio sustancial del hombre entraba más bien en el ámbito de la utopía. Ahora, el post-humano se ve el resultado del desarrollo tecnológico, el fruto final de la evolución interna de la llamada «tecnociencia como sistema global»²⁵.

El post-humanismo se entiende dentro de una línea cultural de lo que el pensador Zygmunt Baumann ha llamado «modernidad líquida»²⁶, caracterizada por una visión de la realidad que no acepta estructuras estables ni permanentes, no sólo en la naturaleza física y en las sociedades y culturas, sino en la misma naturaleza humana. En una tal visión el cambio pasa a ser algo constitutivo de la realidad, en la que es inútil buscar formas estables que se perpetúen eternamente. La realidad es estructuralmente cambiante: «no es mera búsqueda de cambio, sino que es constitutivamente cambio»²⁷. Dado que no hay una sustentación trascendental para la naturaleza; ésta es fundamentalmente autónoma, modificable hasta llegar a su abolición o total trasformación.

Es cierto que en la naturaleza humana hay un elemento cambiante y que posee una dimensión de fieri, pero también no es menos verdadero que hay en ella un datum. La combinación de una visión totalmente autónoma del ser humano, una fe en una ciencia sin límites, la afirmación de una libertad sin barreras, el humus de un materialismo que favorece una visión dinámica, pero irracional y meramente casual de la realidad, da como resultado una propuesta como la del post- humanismo radical, que acepta sin dificultad un cambio en la naturaleza del ser humano, no en lo que los antiguos llamaban sus accidentes, sino en su misma esencia.



El pensamiento post-humanista no describe con detalles este mundo post-humano, al mismo modo como el comunismo marxista no describía las relaciones humanas y sociales en una sociedad perfecta sin clases, sin proletarios ni capitalistas. Se queda en el umbral de un mundo pletórico de inteligencia, pero que no sabe bien adónde camina ni cuáles son las preguntas ni las respuestas éticas que la humanidad, de modo responsable, tendrá que tomar en su caminar histórico. Son precisamente los temas de la responsabilidad personal, de la libertad personal, de la espiritualidad del ser humano, los que se platean con la propuesta del post-humanismo. Todos estos temas están estrechamente relacionados con el del alma humana, que se tratará a continuación.

4. Post-humanismo y el alma humana

El post-humanismo que hemos presentado suscita algunas preguntas de carácter técnico, es decir, que tienen que ver con la factibilidad y la habilidad humana para poder realizar una tal hipótesis. Pero, desde un punto de vista de la filosofía del hombre, hay un tema, de gran importancia, que tiene que ver con una visión personal del ser humano, con su dignidad, y con su espiritualidad, y es el del alma, como una componente esencial, espiritual, del ser humano, que constituye, junto

²⁴ C. S. LEWIS, *The Abolition of Man*, Oxford University Press, Oxford 1943.

²⁵ E. AGAZZI, La ciencia y..., 259-277.

²⁶ Z. BAUMANN, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2016.

²⁷ E. POSTIGO SOLANA, Bioética y transhumanismo desde la perspectiva de la naturaleza humana, <u>www.bioeticaweb.com/</u> <u>bioetica-y-transhumanismo-desde-la-persona-humana</u>, 2.



con la componente corporal, a la persona humana más profunda identidad.

La filosofía contemporánea, también inspiración cristiana, prefiere reflexionar ante todo sobre la noción de persona como distintiva del ser humano. Sin embargo, sin negar esta legítima perspectiva, nos podríamos preguntar, si en una antropología adecuada²⁸, podemos renunciar al alma como un concepto totalmente superado. Más allá de las cuestiones terminológicas, considero que el tema del alma, componente espiritual del hombre humano, que le abre a la diferencia ontológica con los otros seres creados, es de tal relevancia que no se la puede relegar o simplemente olvidar.

La mentalidad contemporánea, impregnada de una visión naturalista del ser humano y de la realidad, tiene dificultad en aceptar una realidad que simplemente no se experimenta de modo sensible y que por lo tanto el concepto del alma pueda ser considerado como una reliquia inútil de un pasado más o menos oscurantista.

Sin embargo, el tema de la dignidad de la persona humana, que muchos fundamental hoy en la capacidad humana de penetrar con su inteligencia la realidad y luego transformarla por la técnica, no es suficientemente fundado si no se ancla en esa componente supra-material del ser humano, por la que él, aun estado sumergido en el mundo material, se eleva por encima de él.

La clásica definición aristotélica de alma come «entelequia primera de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia»²⁹, puede ser renovada y presentada con un lenguaje más accesible a la mentalidad contemporánea, pero el concepto el alma no puede ignorarse en una antropología adecuada del hombre.

El pensamiento post-humanista puede ser una ocasión única para volver a reflexionar, en un contexto nuevo, sobre el tema del alma, que pone la cuestión de la originalidad del ser humano en relación con el mundo material. La pertenencia del hombre a una realidad transmundana, su relación intrínseca con un cuerpo biológico y no sólo artificial, su origen y destino trascendente, su profunda identidad, a pesar de los cambios biológicos y psicológicos que posee en las diversas etapas de la existencia, su capacidad de elevarse por encima de sí y al mismo tiempo su profunda inserción en el mundo físicobiológico, sólo pueden explicarse de modo adecuado si se acepta la realidad del alma.

La persona humana, imagen de Dios, es superior al mundo material y no se equivoca «al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana»³⁰, pero al mismo tiempo es un ser creado. La creaturalidad del hombre, que es una clara verdad bíblica, refrendada por la doctrina de la Iglesia, es un elemento clave para la comprensión del ser humano y contrasta con la visión post- humanista, en la que el hombre se construye a sí mismo y, no reconociendo límites, se abre a fáciles falacias de autoendiosamiento, tal como se señala en el libro Homo Deus. Yuval Noah Harari³¹. Este autor vuelve a presentar el mito de la felicidad perfecta intramundana, no ya en base a un sistema social como el comunismo, sino gracias a los avances científicos:

> Después de haber reducido la mortalidad debida al hambre, la enfermedad y la violencia, ahora nos dedicaremos a superar la vejez e incluso la muerte. Después de haber salvado a la gente de la

²⁸ «Antropología adecuada» es una expresión típica de las catequesis sobre el amor humano (teología del cuerpo) de San Juan Pablo II. Cf. SAN JUAN PABLO II, Catequesis, 19 de diciembre de 1979, 2. Catequesis, 2 de enero de 1980. Catequesis, 16 de abril de 1980.

²⁹ ARISTÓTELES, De Anima, II, 1, 412a.

³⁰ Gaudium et Spes, 14.

³¹ Cf. Y.N. HARARI, Homo Deus. Breve historia del mañana, Debate, Madrid 2017.



miseria abyecta, ahora nos dedicaremos a hacerla totalmente feliz. Y después de haber elevado a la humanidad del nivel bestial de las luchas por la supervivencia, ahora nos dedicaremos a ascender a los humanos a dioses, y a transformar el *Homo sapiens* en el *Homo Deus*³².

Reaparece así la gran tentación de ser como dioses, descrita en las primeras páginas del libro del Génesis (Gen 3,5), donde se cuenta que la serpiente provoca a la mujer invitándola a tomar del fruto del árbol prohibido y así llegar a ser como Dios. La creaturalidad descubre los límites del ser humano, pero también no niega su altísima dignidad personal, que proviene de una componente espiritual como es el alma, que lo sitúa como un ser emergente del mundo material en que vive, como alguien que no procede de una mera evolución biológica, sino que tiene un «plus» espiritual que le hace transcender el mundo material.

Conclusión

Además de una seria reflexión sobre el hombre, su naturaleza, su origen y destino, el tema del post-humanismo, como lo propone Bostrom y otros autores, abre numerosas pistas de reflexión de tipo antropológico y ético. El mismo Bostrom afirma la importancia de la responsabilidad ética cuando afirma que el paso de una opción a otra, en el panorama que él presenta en relación al futuro de la humanidad, dependerá de las opciones éticas que se realizaran en cada momento³³.

La civilización tecnocientífica es capaz de aumentar los conocimientos, pero no es capaz de autorregularse³⁴. La orientación que dar a una tal civilización depende de un sistema de valores y una conciencia ética que se apoya en una determinada concepción del ser humano. Reconocer o no la diferencia ontológica del hombre sobre el mundo material, aceptar su componente espiritual, como fundamento de su dignidad personal, son la base para poder preservar el valor de tal dignidad. Excluir o no reconocer tal componente, podría amenazar a una humanidad que sólo quisiera apoyarse en el poder de la técnica, sin incorporar una dimensión sapiencial en el ser

humano, como individuo y como ser social.

«La técnica es un hecho profundamente humano, ligado a la autonomía y a la libertad del hombre. En la técnica se expresa y se confirma la señoría del espíritu sobre la materia... La técnica permite dominar la materia, los riesgos, ahorrar fatiga, mejorar las condiciones de vida»³⁵. La técnica necesita una guía moral para quien la ha creado. Se puede fácilmente olvidar el porqué, quedándose únicamente con él cómo. La libertad de la persona humana no es libertad absoluta que pueda prescindir de los límites, aunque sea lícito y necesario querer superarlos³⁶. Intentar mejorar al hombre y a la sociedad es algo loable, pero ideologizar la ciencia como la nueva categoría absoluta que puede salvar al hombre, lleva a la consecuencia de abrir el espacio a una idea falaz de llegar y utópica de una humanidad que se destruye a sí misma en aras del advenimiento de una nueva «especie» post-humana. Queriendo ser como dioses, nos dice el texto bíblico, el hombre fue consciente de su miserable estado cuando no se piensa con relación a él (Gen 5, 7).

Por ello el post-humanismo, por un lado, nos invita a reactivar la responsabilidad moral de realizar decisiones que vayan en la línea de la plenitud del hombre, pero hemos de evitar la fascinación de un crecimiento técnico, que llega ser una especie de falsa divinización. Una visión humanista que haga de la ciencia un instrumento eficaz al servicio del hombre es necesaria y urgente. Es bueno



³² Y.N. HARARI, Homo Deus. Breve historia del mañana.

³³ Cf. N. BOSTROM, The Future of Humanity, 26.

³⁴ E. AGAZZI, La ciencia y el alma de Occidente..., 267. RISTÓTELES, De Anima, II, 1, 412a

³⁵ BENEDICTO XVI, Caritas in Veritate, 69.

³⁶ P. BELANTI, *Postumano, troppo postumano*, Irruzioni, Roma 2017, 7-11.



querer soñar un mundo más humano, pero no se puede olvidar que al final «los sueños, sueños son»³⁷. Las utopías nos hacen soñar, pero al mismo tiempo no nos pueden hacer perder de vista el realismo que conlleva la carga de la responsabilidad moral. Nos tienen que invitar a pensar mejor en quiénes somos, adónde vamos, de dónde venimos. Por ello, el post-humanismo puede ser una fuente fecunda para inspirar una reflexión antropológica renovada y adecuada, abierta al futuro, pero al mismo tiempo respetuosa de la naturaleza somato-pneumática del hombre y de su inserción dentro de una mundanidad, que al mismo tiempo transciende.

Palabras clave: Posthumanismo, Técnica, Antropología, Alma

* Agradecemos a la revista Ecclesia, que nos ha permitido publicar este artículo.

³⁷ P. CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida es sueño, Monólogo de Segismundo*, II Jornada, Escena XIX, verso 2187...



"Biblia y revelaciones privadas"



P. Fernando Pascual, L.C.

Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

¿Cómo examinar y entender las revelaciones privadas y su relación con la Biblia? El tema es complejo y no resulta fácil tratarlo en sus distintas implicaciones. Podemos ayudarnos, para ofrecer algunas reflexiones sobre este argumento, de unos párrafos de la exhortación apostólica postsinodal "Verbum Domini" (número 14), publicada por el Papa Benedicto XVI el año 2010.

El número 14 se sitúa en la primera parte, la más teológica del documento, que presenta el hecho de que Dios nos habla, y espera y acoge la respuesta que podamos ofrecer a su Palabra. Esta primera parte se divide en tres secciones: "El Dios que habla" (nn. 6-21); "La respuesta del hombre a Dios" (nn. 22-28), "La hermenéutica de la Sagrada Escritura en la Iglesia".

El tema de las revelaciones privadas está situado en la primera sección de esta parte, es decir, se coloca entre las reflexiones sobre el hecho de que Dios busca ayudar al hombre a descubrir y acoger su Amor.

Después de haber presentado cómo Dios habla, de modo definitivo en el Hijo hecho Hombre por nosotros (nn. 10-13), Benedicto XVI titula el número 14 con estas palabras: "Dimensión escatológica de la Palabra de Dios".

Los momentos iniciales de este número sintetizan lo dicho anteriormente: según la conciencia de la Iglesia, "Jesucristo es la Palabra definitiva de Dios; él es «el primero y el último» (Ap 1,17)". Por lo mismo, no tenemos que esperar otra Revelación, pues ya todo ha sido dicho y manifestado a través del Verbo hecho carne.

Para subrayar esta idea, el documento recoge una famosa cita de san Juan de la Cruz. Según este gran místico español, Dios ya lo ha dicho todo y de una sola vez en su Palabra. "En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin guerer otra alguna cosa o novedad" (Subida del Monte Carmelo, II, 22).

El texto, en su densidad, recoge una idea clave expresada en los momentos iniciales de la Carta a los Hebreos: "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos" (Heb 1,1-2). La pluralidad de mensajes del Antiguo Testamento queda sintetizada y reunida, por lo tanto, en el culmen de la Revelación, que es Jesucristo. Después de Jesucristo, no necesitamos esperar otro mensaje para ser salvados, pues ya lo tenemos todo en el Hijo encarnado.



Entonces, ¿cuál sería el modo correcto de afrontar las revelaciones privadas, es decir, aquellos mensajes y mociones que Dios produce en algunas almas y que desvelan aspectos centrales de la fe católica o de la marcha de la historia humana? El número 14 de la "Verbum Domini" recoge, antes de dar una respuesta más articulada, dos textos sobre el tema.

El primer texto es la recomendación de los obispos que participaron en el Sínodo sobre la Palabra de Dios (del año 2008) y que es el origen del documento que estamos considerando: hay que "ayudar a los fieles a distinguir bien la Palabra de Dios de las revelaciones privadas" (Proposición 47).

El segundo texto procede del Catecismo de la Iglesia Católica, en el que se explica que las revelaciones privadas no tienen como función 'completar' "la Revelación definitiva de Cristo" sino que sirven para "ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia" (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 67). En otras palabras, una revelación privada no puede ofrecer cosas nuevas en el sentido de que "llene" el mensaje de Dios: su función consiste en ayudar a una mejor vivencia del mismo.

Con este cuadro general, el Papa ofrece una serie de pistas para valorar de modo correcto las revelaciones privadas. En concreto, siempre dentro del mismo número 14 que estamos comentando, encontramos estas ideas:

a. "El valor de las revelaciones privadas es esencialmente diferente al de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe; en ella, en efecto, a través de palabras humanas y de la mediación de la comunidad viva de la Iglesia, Dios mismo nos habla".



Esta primera apreciación recuerda el diferente nivel de hablar de Dios. En el nivel público (la Revelación recogida en la Biblia y la Tradición) se pide a los creyentes un acto de fe como miembros de la Iglesia. En el nivel privado, en cambio, la Iglesia no exige a los bautizados una adhesión de fe, pues estamos ante un mensaje que no sería, en su modo de ser expresado, necesario para acoger la Revelación de Dios.

b. "El criterio de verdad de una revelación privada es su orientación con respecto a Cristo. Cuando nos aleja de Él, entonces no procede ciertamente del Espíritu Santo, que nos guía hacia el Evangelio y no hacia fuera. La revelación privada es una ayuda para esta fe, y se manifiesta como creíble precisamente cuando remite a la única revelación pública".

En este momento del número 14 el Papa explicita lo dicho anteriormente: si toda la Revelación nos lleva hacia Cristo, una revelación privada mostrará su grado de verdad sólo en tanto en cuanto esté orientada hacia Cristo. De lo contrario, no viene de Dios. Esta afirmación es clave para entender el siguiente punto, que nos coloca en el ámbito propio de todo católico: la obediencia a la Iglesia.

c. "Por eso, la aprobación eclesiástica de una revelación privada indica esencialmente que su mensaje no contiene nada contrario a la fe y a las buenas costumbres; es lícito hacerlo público, y los fieles pueden dar su asentimiento de forma prudente".

Estas líneas exponen el criterio que sigue la Iglesia a la hora de juzgar, antes de su aprobación, si una revelación privada sea o no sea correcta: ver si el mensaje supuestamente revelado a algunas personas concretas está o no está de acuerdo con la fe y la sana moral.

Una vez que se obtiene la aprobación, el mensaje puede difundirse y, según un criterio prudencial, es posible (no obligatorio) considerarlo como válido y acogerlo de modo personal (no oficial).

d. "Una revelación privada puede introducir nuevos acentos, dar lugar a nuevas formas de piedad o profundizar las antiguas. Puede tener un cierto carácter profético (cf. 1Ts 5,19-21) y prestar una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el presente; de ahí que no se pueda descartar. Es una ayuda que se ofrece pero que no es obligatorio usarla. En cualquier caso, ha de ser un alimento de la fe, esperanza y caridad, que son para todos la vía permanente de la salvación".

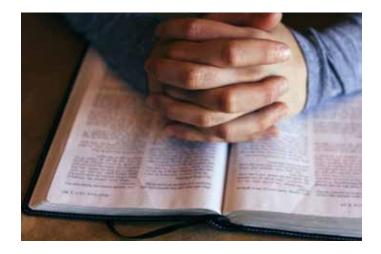


Estas líneas conclusivas del número 14 ofrecen un análisis del sentido y valor que puede tener una revelación privada. Por ejemplo, esa revelación sería capaz de dar origen a "nuevos acentos", a "nuevas formas de piedad", o permitir una profundización de lo que ya es patrimonio de la Iglesia orante. O tal vez tiene un carácter profético, lo cual ayuda a abrir los ojos a la marcha de la historia humana. O quizá permite vivir el mensaje evangélico de un modo más concreto y cercano al propio tiempo.

Por eso una revelación privada no debería ser descartada, aunque tampoco sea obligatorio asumirla y usarla. Su sentido pleno radica en alimentar las virtudes teologales, desde las cuales entramos en el camino de la salvación

Estas consideraciones del Papa tienen sentido, desde luego, en el conjunto de un documento que invita al estudio y a la meditación del mensaje de Dios, presente en la Revelación (Biblia y Tradición) como parte del camino de diálogo entre Dios y los hombres (cf. los números 6-21 de "Verbum Domini").

Este mensaje se convierte en alimento del alma desde la fe de la Iglesia, y puede ser mejor comprendido y acogido con ayudas ofrecidas por el mismo Dios a través de quienes, como instrumentos, se convierten en transmisiones de revelaciones privadas, las cuales no son esenciales, pero sí útiles, en la marcha que nos permite avanzar hacia el encuentro definitivo con el Señor.





Revelaciones privadas: consejos de San Juan de Ávila



P. Fernando Pascual

Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*

Circulan por aquí y por allá, especialmente en blogs y páginas similares, revelaciones privadas de todo tipo.

Unas se atribuyen directamente a Jesucristo, a la Virgen María o a algún santo, a veces sin ninguna indicación precisa del lugar donde tales revelaciones habrían sido dichas o sin ofrecer documentación en la que se hable de la existencia de las mismas. Otras procederían de visiones o apariciones dadas a personas particulares del pasado (no reconocidas como santas) o de nuestros días, algunas de las cuales cuentan con seguidores entusiastas.

En este tema resulta necesaria una actitud de cautela y un discernimiento serio, especialmente con ayuda del propio párroco o de personas prudentes y conocedoras de la fe católica.

Sobre este tema, por su utilidad a pesar del paso de los siglos, podemos recordar los criterios ofrecidos por san Juan de Ávila, declarado doctor de la Iglesia universal por Benedicto XVI en 2012. En una de sus obras más famosas, titulada "Audi, filia", avisa sobre el peligro de engaños respecto de las revelaciones privadas.

"No es razón que pase aquí sin avisaros de un peligro que a los que caminan el camino de Dios acaece, y a muchos ha derribado. El principal remedio del cual, consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dio, mediante aquesta palabra que dice: 'Inclina tu oreja'. Y este peligro es ofrecerse a alguna persona devota revelaciones o visiones, o otros sentimientos espirituales; los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una, para, con aquellos engaños, quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra, para engañar a la tal persona debajo de



especie de bien, ya que por otra parte no pueda. Muchos de los cuales leemos en los tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes, los cuales deben poner escarmiento y dar aviso a cualquiera persona deseosa de su salud, a no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito primero les daban, dejaron y avisaron, después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos" ("Audi, filia", parte III, B, 1).

El peligro es claro: hay revelaciones o visiones que una persona devota (buena) recibe del demonio por permisión de Dios. Además, según el dicho de san Buenaventura que cita san Juan de Ávila, es mejor temer que desear una revelación privada.

Surge, entonces, la pregunta: ¿cómo evitar este tipo de engaños? San Juan de Ávila ofrece algunos criterios que conservan una actualidad sorprendente.





Primeramente, el santo da tres consejos generales: no desear revelaciones; no llenarse de soberbia, si se tienen; y no darles crédito fácilmente.

Cada uno de esos consejos tiene su explicación. En el segundo (no llenarse de soberbia), Juan de Ávila explica cómo uno de los caminos más seguros para una sana vida espiritual consiste en la

humildad, y quien no es humilde no está viviendo según Dios. Por lo mismo, una señal de peligro, que se palpa por desgracia en algunos difusores de ciertas pseudovisiones, radica en caer en actitudes de soberbia y altanería que llevan a despreciar a quienes no aceptan lo que ellos consideran como una revelación auténtica (muchas veces sin ningún apoyo de la Iglesia).

Sobre este punto, leemos los siguientes consejos en nuestra obra:

"Y si, sin quererlas vos, os vinieren, no os alegréis vanamente, ni les deis luego crédito, mas recorred luego a nuestro Señor suplicándole que no sea servido de llevaros por este camino, pues hay otros muchos más dignos a quien puede su Majestad tomar por instrumentos para estas cosas, y a vos que os deje obrar vuestra salud en humildad, que es camino seguro. Especialmente habéis de mirar aquesto cuanto la revelación o instinto interior os convidare a reprehender, o avisar de alguna cosa secreta a tercera persona, cuanto más, si es sacerdote, o perlado, o semejante persona".

Entonces, ¿cómo actuar si uno recibe directamente o escucha de otros el contenido de una supuesta revelación privada? Hace falta la discreción de espíritus, es decir, un atento discernimiento. Para lo cual ayudan tres avisos o criterios.

El primero es analizar la conformidad del mensaje supuestamente revelado con toda la Escritura. Así lo dice san Juan de Ávila:

"Sea el primero, que la tal revelación o espíritu no venga sola, mas acompañada de la Escriptura de Dios, contenida en el Viejo y Nuevo Testamento, y nuevas cosas conformes a la enseñanza y vida de Cristo y de los santos pasados". El segundo aviso es el siguiente (y vale la pena copiar todo el texto del santo, aunque sea un poco más largo):

"El segundo aviso sea, que estéis muy atenta en la tal revelación o instinto a ver si hay en ella alguna mentira. Porque, si la cosa es de Dios, desde el principio hasta el fin hallaréis verdad sin mezcla de mentira, ni de salir en balde lo que Él dijere; mas lo que es del demonio muchas veces hay mil verdades, para hacer creer una mentira.

Y avísoos que no seáis fácil a dar crédito a palabras de revelación, que por voz corporal oyéredes, o a las que dentro del ánima os fueren dichas, las cuales, aunque a algunas ignorantes parecen ser todas de parte de Dios, por ver que el ánima las percibe tan claramente como si con las orejas del cuerpo las oyesen, y sienten de cierto que no salen de ella, sino que les son de otro espíritu dichas; mas, aunque así sea, muchas de ellas, y muchas veces, son del demonio, que puede hablar a nuestra ánima como un hombre a nuestro cuerpo. Y muchas de estas tales palabras interiormente dichas al ánima he visto yo en personas haber sido llenas de engaño, y del espíritu de la falsedad. Esperad, pues, hasta el fin, y mirad si se mezcla alguna mentira, y, si se mezcla, tenedlo todo por sospechoso y examinadlo con diligencia doblada".

El tercer aviso se refiere al provecho que la supuesta revelación deja en el alma de quien la recibe, con indicaciones muy concretas sobre un punto que a veces no tenemos en cuenta: el peligro de perder el tiempo con este tipo de pseudorevelaciones. Juan de Ávila lo expresa con estas palabras:

"Sea el tercero aviso, que la tal revelación traya algún provecho y edificación para el ánima, dejando el corazón más aprovechado que antes, instruyéndolo de cosa saludable. Porque, si un hombre bueno no habla cosas ociosas, menos las hablará nuestro Señor, el cual dice: 'Yo soy el Señor, que te enseño cosas provechosas, y te



de Ávila en su obra "Audi, filia", escrita hacia el año 1556, puede ayudar a vivir en mayor paz, a separar lo que sea engaño de lo que sea verdad y, sobre todo, a conocer más a fondo la propia fe católica, desde la lectura de la Biblia y la guía de quienes, como obispos y sacerdotes, enseñan el Evangelio en toda su belleza y con buena doctrina.

gobierno en el camino que andas'. Y cuando viéredes que no hay cosa de provecho, mas marañas y vanidad, tenedlo por fruto del demonio que anda por engañar, o hacer perder tiempo a la persona a quien la trae, y a las otras a quien se cuenta; y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento".

Al final de estos tres avisos, el santo vuelve a insistir en el tema de la humildad como señal de que puede haber una auténtica revelación. Si algo viene del demonio provoca seguridad y olvido de las propias miserias. En cambio, lo que viene de Dios hace al alma mucho más humilde. Leemos el texto nuevamente:

"Mirad, pues, qué rostro queda en vuestra ánima de la visión o consolación, y espiritual sentimiento. Y, si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que os ha acaecido, ni tampoco vos ocupáis mucho en mirarlo o hacer caso de ello, mas echaislo en olvido, como cosa que puede traeros alguna estima de vos; si alguna vez os viene a la memoria, humillaisos y maravillaisos de la gran misericordia de Dios que a cosas tan viles hace tantas mercedes, y sentís vuestro corazón tan sosegado y más en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese lo estábades, pensad que aquella visitación fue de parte de Dios, pues es conforme a la enseñanza y verdad de Él, que es que el hombre sea bajo y despreciado en sus proprios ojos".

La curiosidad hacia supuestas revelaciones, profecías y vaticinios ha sido y sigue siendo algo que se da en muchos corazones. Escuchar los consejos de un santo como Juan



"Los católicos y las reliquias"



P. Fernando Pascual, L.C.

Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

La costumbre cristiana de venerar reliquias tiene a sus espaldas siglos de historia. Con estos objetos muchos bautizados recuerdan a hombres y mujeres de todos los tiempos que han testimoniado, de modo especial, su amor a Cristo y su fidelidad a la fe. En ocasiones, sin embargo, se han producido desviaciones, engaños o excesos que falsean el sentido correcto que tienen las reliquias según la Iglesia. Por eso podemos preguntarnos: ¿cuál es la doctrina católica sobre el tema de las reliquias? Para responder a esta pregunta vamos a evocar algunos momentos de la historia del uso de las reliquias entre los cristianos, así como documentos importantes de la Iglesia católica que hablan sobre estos objetos de devoción.

Ya en los primeros siglos de la era cristiana fueron redactados testimonios que muestran el respeto hacia restos mortales u objetos de diverso tipo, especialmente de mártires. Cuando el obispo de Esmirna, san Policarpo, sufrió el martirio (siglo II), algunos cristianos recogieron sus huesos y, según un documento de la época, los consideraron más valiosos que el oro o que las piedras preciosas (cf. Martirio de Policarpo, 18).



En otros lugares, y mientras duraban las persecuciones, los cristianos veneraban las tumbas de los mártires, celebraban su memoria y trataban con respeto sus restos mortales, como auténticas "reliquias" (vestigios, recuerdos) del heroísmo de quienes dieron la propia vida por mantener su fe en Jesucristo salvador.

Cuando terminaron las persecuciones, no sólo se difundió el respeto a las reliquias de los santos, sino que se promovió también la búsqueda de objetos relacionados con Jesucristo y con personajes que convivieron con el Salvador, especialmente la Virgen María y los Apóstoles. A mediados del siglo IV un escritor afirmaba que en muchos lugares del mundo de entonces (es decir, de los territorios del Imperio romano) había reliquias de la Cruz de Cristo, que habría sido encontrada, según se creía, hacia el año 318.

La veneración de las reliquias en tantos lugares mostraba la existencia de una fe profunda en los bautizados, pero no estuvo exenta de excesos o abusos. Pronto se difundieron ideas equivocadas sobre el carácter milagroso de ciertas reliquias. Algunas personas llegaron a cometer robos, por lo que tuvo que intervenir el mismo emperador Teodosio (hacia finales del siglo IV) para poner orden en este tema. También se hizo necesario prohibir el despedazamiento de los restos mortales de mártires, pues algunos recurrían a este método para obtener más reliquias.

A nivel doctrinal, hubo entre los Santos Padres quienes denunciaron la existencia de abusos, y defendieron la necesidad de un uso correcto de estos objetos para la veneración de los fieles.

Por ejemplo, san Jerónimo afirmaba claramente que no adoramos las reliquias de los mártires, sino que a

través de ellas adoramos a Aquel (Dios) por quien fueron mártires (cf. "Ad Riparium", I, P.L., XXII, 907). San Agustín, por su parte, en diversos momentos de su obra "La ciudad de Dios" presenta más bien los aspectos positivos de la veneración de las reliquias, al describir el uso que los cristianos hacían de ellas y los beneficios obtenidos de Dios gracias a las oraciones en las que se pedía la intercesión de los santos.

Con el pasar de los siglos y con la llegada del cristianismo a nuevos pueblos de Europa, la difusión de las reliquias se hizo casi general. No faltaron, por desgracia, quienes con engaño y fraude aprovecharon la buena fe de cristianos ingenuos para hacer pasar por reliquias lo que eran objetos normales (no relacionados con mártires o santos). Otras veces el entusiasmo general llegaba a declarar como reliquias de mártires huesos encontrados cerca de alguna iglesia, sin que hubiese un mayor discernimiento crítico al respecto. En algunos lugares hubo una especie de "tráfico" de reliquias motivado por el deseo de venerar restos mortales de los campeones de la fe.

En este contexto se va desarrollando y completando, a lo largo de muchos siglos, la doctrina católica sobre el uso y veneración de las reliquias. Veamos ahora algunos textos del Magisterio sobre el tema.

Podemos recordar un importante texto del Concilio II de Nicea (del año 787), en el que, al hablar sobre las imágenes sagradas y otros objetos de culto, se condenó la postura de quienes despreciaban tradiciones de la Iglesia y rechazaban "alguna de las cosas consagradas a la Iglesia: el Evangelio, o la figura de la cruz, o la pintura de una imagen, o una santa reliquia de un mártir" (cf. Denzinger- Hünermann n. 603).



Dos siglos después, en el año 993, el Papa Juan XV escribía en una encíclica dirigida a los obispos de Francia y Alemania: "[...] de tal manera adoramos y veneramos las reliquias de los mártires y confesores, que adoramos a Aquél de quien son mártires y confesores; honramos a los siervos para que el honor redunde en el Señor" (cf. Denzinger-Hünermann n. 675). El texto puede provocar sorpresa, pues se habla de adorar y venerar las reliquias, pero el sentido parece claro: no se trata de ver las reliquias como objetos divinos, sino como medios para reconocer y adorar a Dios, que es la causa de la santidad (del martirio y de la confesión) de hombres y mujeres cuyos recuerdos son venerados por los fieles.

La difusión y traslado de reliquias tuvo un nuevo auge tras las cruzadas, especialmente a inicios del siglo XIII. No era raro que algunos cruzados europeos fuesen fácilmente engañados por personas de Tierra Santa que vendían como reliquias objetos cuyo valor era dudoso o claramente falso.

En este contexto intervino el Concilio IV de Letrán (en el año 1215), que publicó un texto severo contra ciertos abusos respecto del uso de reliquias. En el canon 62 de este Concilio leemos:

"La religión cristiana es demasiado a menudo denigrada porque algunos exponen reliquias de santos para venderlas o para mostrarlas a cada paso. Para que eso no se produzca más en el futuro, establecemos por el presente decreto que las reliquias antiguas no sean más expuestas fuera del relicario ni mostradas para ser vendidas. En cuanto a las nuevamente encontradas, nadie ose venerarlas públicamente si no hubieren sido antes aprobadas por autoridad del Romano Pontífice. Además, los rectores de las iglesias vigilarán en el futuro para que la gente que va a sus iglesias para venerar las reliquias no sea engañada con discursos inventados o falsos documentos, como se suele hacer en muchísimos lugares por afán de lucro" (cf. Denzinger-Hünermann n. 818).

Avancemos a lo largo del tiempo. A causa de la Reforma protestante (siglo XVI) y de las consecuencias producidas por la misma, el Concilio de Trento trató en la sesión XXV (el año 1563) el tema de las reliquias, así como el de las imágenes sagradas. Para ello, aprobó un importante decreto, que iniciaba con estas palabras:

"Manda el santo Concilio a todos los Obispos, y demás



personas que tienen el cargo y obligación de enseñar, que instruyan con exactitud a los fieles ante todas las cosas sobre la intercesión e invocación de los santos, honor de las reliquias y uso legítimo de las imágenes, según la costumbre de la Iglesia Católica y Apostólica, recibida desde los tiempos primitivos de la religión cristiana, y según el consentimiento de los santos Padres y los decretos de los sagrados concilios; enseñándoles que los santos que reinan juntamente con Cristo ruegan a Dios por los hombres; que es bueno y útil invocarlos humildemente y recurrir a sus oraciones, intercesión y auxilio para alcanzar de Dios los beneficios por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que es sólo Él nuestro redentor y salvador; y que piensan impíamente los que niegan que se deben invocar a los santos que gozan en el cielo de eterna felicidad; o los que afirman que los santos no ruegan por los hombres; o que es idolatría invocarlos, para que rueguen por nosotros, aun por cada uno en particular; o que repugna a la palabra de Dios y se opone al honor de Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres; o que es necedad suplicar verbal o mentalmente a los que reinan en el cielo".

Desde sus primeras líneas el decreto del Concilio de Trento pide a los obispos que enseñen a los católicos la sana doctrina sobre el modo de rezar e invocar a los santos, y coloca en ese contexto el tema de las reliquias. Recuerda, además, que los santos reinan con Cristo e interceden por los hombres, y que al invocar a los santos se pide alcanzar de Dios "los beneficios por Jesucristo su Hijo, nuestro Señor, que es sólo nuestro redentor y salvador". Este punto es importante, pues las reliquias, que sirven para recordar a los santos, no son objetos mágicos, sino que se relacionan directamente con los santos en cuanto intercesores. Al mismo tiempo el texto apenas citado recuerda que sólo Jesucristo es Salvador, no los santos ni sus reliquias.

El siguiente párrafo del decreto aplica lo anterior al tema de las reliquias de modo más explícito:

"Instruyan también a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo y templos del Espíritu Santo, por quien han de resucitar a la vida eterna para ser glorificados, y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados, como antiquísimamente los condenó y ahora también los condena la Iglesia, los que afirman que no se deben



honrar ni venerar las reliquias de los santos; o que es en vano la adoración que éstas y otros monumentos sagrados reciben de los fieles y que son inútiles las frecuentes visitas a las capillas dedicadas a los santos con el fin de alcanzar su socorro".

De esta manera el Concilio de Trento confirmaba la doctrina católica secular: es correcto venerar los cuerpos de los mártires y de los santos, así como las reliquias en general, por lo que incurren en error quienes niegan la validez de esta costumbre antiquísima.

El decreto sigue con indicaciones sobre las imágenes religiosas, que no recogemos aquí. Después de exponer la doctrina el Concilio de Trento pasa a pedir, en sus últimas líneas, que se extirpen abusos y errores referentes a los santos, a las reliquias y a las imágenes. Leemos estos momentos conclusivos del texto:

"Destiérrese absolutamente toda superstición en la invocación de los santos, en la veneración de las reliquias y en el sagrado uso de las imágenes; ahuyéntese toda ganancia sórdida; evítese en fin toda torpeza; de manera que no se pinten ni adornen las imágenes con hermosura escandalosa; ni abusen tampoco los hombres de las fiestas de los santos ni de la visita de las reliquias para tener convitonas ni embriagueces: como si el lujo y lascivia fuese el culto con que deban celebrar los días de fiesta en honor de los santos. Finalmente pongan los Obispos tanto cuidado y diligencia en este punto que nada se vea desordenado, o puesto fuera de su lugar, o tumultuariamente, nada profano y nada deshonesto; pues es tan propia de la casa de Dios la santidad. Y para que se cumplan con mayor exactitud estas

determinaciones establece el santo Concilio que a nadie sea lícito poner ni procurar se ponga ninguna imagen desusada y nueva en lugar ninguno, ni iglesia, aunque sea de cualquier modo exenta a no tener la aprobación del Obispo. Tampoco se han de admitir nuevos milagros, ni adoptar nuevas reliquias, a no reconocerlas y aprobarlas el mismo Obispo. Y éste, luego que se certifique en algún punto perteneciente a ellas, consulte algunos teólogos y otras personas piadosas, y haga lo que juzgare convenir a la verdad y piedad. En caso de deberse extirpar algún abuso, que sea dudoso o de difícil resolución, o absolutamente ocurra alguna grave dificultad sobre estas materias, aguarde el Obispo, antes de resolver la controversia, la sentencia del Metropolitano y de los Obispos comprovinciales en concilio provincial; de suerte no obstante que no se decrete ninguna cosa nueva o no usada en la Iglesia hasta el presente sin consultar al Romano Pontífice".

Algunos años después del Concilio de Trento, el Papa Clemente VIII instituyó una Congregación para las indulgencias (en el año 1593). Un siglo después el Papa Clemente IX (1667-1669) remodeló las atribuciones de esa congregación, que se convirtió en la Sagrada Congregación de las Indulgencias y de las Reliquias. Sus funciones eran: examinar y disciplinar el uso de indulgencias y de reliquias en la Iglesia católica, evaluar cuáles eran auténticas y evitar abusos en el empleo de objetos relacionados con la vida de Cristo y con los santos. Esta Congregación estuvo en funciones hasta 1917, año en el que el Papa Benedicto XV la agregó de modo definitivo a la Penitenciaría apostólica.

Dando un salto en el tiempo, a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX hubo otras intervenciones importantes del Magisterio de la Iglesia sobre el tema de las reliquias. En concreto podemos recordar al Papa san Pío X en su encíclica "Pascendi" (1907). En ella el Papa deploraba el desprecio de algunos hacia las reliquias y ofrecía una serie de indicaciones concretas:

"Acerca de las sagradas reliquias, obsérvese lo siguiente: si los obispos, a quienes únicamente compete esta facultad, supieren de cierto que alguna reliquia es supuesta, retírenla del culto de los fieles. Si las «auténticas» de alguna reliquia hubiesen perecido, ya por las revoluciones civiles ya por cualquier otro caso fortuito, no se proponga a la pública veneración sino después de haber sido convenientemente reconocida por el obispo. El argumento de la prescripción o de la presunción fundada

sólo valdrá cuando el culto tenga la recomendación de la antigüedad, conforme a lo decretado en 1896 por la Sagrada Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias, al siguiente tenor: «Las reliquias antiguas deben conservarse en la veneración que han tenido hasta ahora, a no ser que, en algún caso particular, haya argumento cierto de ser falsas o supuestas»" (*Pascendi* n. 55).

De un modo breve y sintético el Concilio Vaticano II recogió la doctrina católica sobre las reliquias en la Constitución sobre la liturgia "Sacrosanctum Concilium": "De acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas. Las fiestas de los santos proclaman las maravillas de Cristo en sus servidores y proponen ejemplos oportunos a la imitación de los fieles" (Sacrosanctum Concilium n. 111).

Tras el Vaticano II, y después de un largo proceso de revisión, el Papa Juan Pablo II promulgó el año 1983 un nuevo "Código de Derecho Canónico". En el mismo hay una sección dedicada al "culto de los santos, de las imágenes sagradas y de las reliquias", que recoge los cánones 1186-1190. Tras ofrecer algunas normas sobre el culto de los santos y sobre las imágenes, el canon 1190 habla explícitamente de las reliquias:

"Canon 1190: #1. Está terminantemente prohibido vender reliquias sagradas.

2. Las reliquias insignes, así como aquellas otras que son honradas con gran veneración por el pueblo, no pueden en modo alguno enajenarse válidamente o ser trasladadas a perpetuidad sin licencia de la Sede Apostólica.







3. Lo prescrito en el # 2 vale también para aquellas imágenes que, en una iglesia, son honradas con gran veneración por el pueblo".

Hay otro canon que alude a las reliquias, dentro del capítulo dedicado a los altares. En concreto se recuerda que "debe observarse la antigua tradición de colocar bajo el altar fijo reliquias de los Mártires o de otros Santos, según las normas establecidas en los libros litúrgicos" (canon 1237, # 2).

De los últimos años podemos evocar dos documentos de importancia que hablan sobre este tema. En primer lugar el "Catecismo de la Iglesia Católica" (del año 1992), que alude brevemente a las reliquias al referirse a las diversas formas de devoción popular. En concreto, afirma lo siguiente:

"Además de la liturgia sacramental y de los sacramentales la catequesis debe tener en cuenta las formas de piedad de los fieles y de religiosidad popular. El sentido religioso del pueblo cristiano ha encontrado, en todo tiempo, su expresión en formas variadas de piedad en torno a la vida sacramental de la Iglesia: tales como la veneración de las reliquias, las visitas a santuarios, las peregrinaciones, las procesiones, el vía crucis, las danzas religiosas, el rosario, las medallas, etc." (Catecismo de la Iglesia Católica n. 1674).

En el número siguiente el Catecismo explica que la religiosidad popular está en relación con la liturgia de la Iglesia, pero sin sustituirla. En el n. 1676, más elaborado, se recuerda la necesidad de "un discernimiento pastoral para sostener y apoyar la religiosidad popular y, llegado el caso, para purificar y rectificar el sentido religioso que subyace en estas devociones y para hacerlas progresar en el conocimiento del Misterio de Cristo (cf. Catechesi tradendae n. 54). Su ejercicio está sometido al cuidado y al juicio de los obispos y a las normas generales de la Iglesia (cf. Catechesi tradendae 54)". Luego se dan a entender aspectos positivos de esta religiosidad popular, que tanto valor tiene para promover la relación entre lo humano y lo divino.

El segundo documento fue publicado el año 2002 (tras la aprobación del Papa Juan Pablo II el año anterior) por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos con el título "Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones". En este Directorio se ofrece un marco histórico, magisterial y teológico para comprender las diversas formas de devoción popular, entre las que se encuentra la veneración a las reliquias. Al mismo tiempo se ofrecen orientaciones que sirven para armonizar, según lo que había sido pedido en el Concilio Vaticano II, la piedad popular y la liturgia.

El Directorio trata el tema de las reliquias sobre todo en dos números (236 y 237). En ellos encontramos, en primer lugar, una descripción o presentación de lo que son las reliquias y de los tipos o clases de las mismas:

"236. El Concilio Vaticano II recuerda que «de acuerdo con la tradición, la Iglesia rinde culto a los santos y venera sus imágenes y sus reliquias auténticas». La expresión «reliquias de los santos» indica ante todo el cuerpo -o partes notables del mismo- de aquellos que, viviendo ya en la patria celestial, fueron en esta tierra, por la santidad heroica de su vida, miembros insignes del Cuerpo místico de Cristo y templos vivos del Espíritu Santo (cf. 1Cor 3,16; 6,19; 2Cor 6,16). En segundo lugar, susodicha expresión se refiere a objetos que pertenecieron a los santos: utensilios, vestidos, manuscritos y objetos que han estado en contacto con sus cuerpos o con sus sepulcros, como estampas, telas de lino, y también imágenes veneradas". En un segundo momento, según lo que ya vimos al recordar el "Código de Derecho Canónico", el Directorio alude al tema del uso de las reliquias en los altares. En concreto, afirma:

"237. El Misal Romano, renovado, confirma la validez del «uso de colocar bajo el altar, que se va a dedicar, las reliquias de los santos, aunque no sean mártires». Puestas bajo el altar, las reliquias indican que el sacrificio de los miembros tiene su origen y sentido en el sacrificio de la Cabeza y son una expresión simbólica de la comunión en el único sacrificio de Cristo de toda la Iglesia, llamada a dar



testimonio, incluso con su sangre, de la propia fidelidad a su esposo y Señor".

El mismo n. 237 del Directorio ofrece una serie de indicaciones concretas para una pastoral que ayude a los católicos a hacer un buen uso de las reliquias:

"A esta expresión cultual, eminentemente litúrgica, se unen otras muchas de índole popular. A los fieles les gustan las reliquias. Pero una pastoral correcta sobre la veneración que se les debe no descuidará:

-asegurar su autenticidad; en el caso que ésta sea dudosa, las reliquias, con la debida prudencia, se deberán retirar de la veneración de los fieles;

-impedir el excesivo fraccionamiento de las reliquias, que no se corresponde con el respeto debido al cuerpo; las normas litúrgicas advierten que las reliquias deben ser de «un tamaño tal que se puedan reconocer como partes del cuerpo humano»;

-advertir a los fieles para que no caigan en la manía de coleccionar reliquias; esto en el pasado ha tenido consecuencias lamentables;

-vigilar para que se evite todo fraude, forma de comercio y degeneración supersticiosa.

Las diversas formas de devoción popular a las reliquias de los santos, como el beso de las reliquias, adorno con luces y flores, bendición impartida con las mismas, sacarlas en procesión, sin excluir la costumbre de llevarlas a los enfermos para confortarles y dar más valor a sus súplicas para obtener la curación, se deben realizar con gran dignidad y por un auténtico impulso de fe. En cualquier caso, se evitará exponer las reliquias de los Santos sobre la mesa del altar: ésta se reserva al Cuerpo y Sangre del Rey de los mártires".

Estas indicaciones del Directorio ofrecen una buena síntesis de la doctrina católica sobre las reliquias, que, como hemos visto, han sido veneradas desde antiguo y han sido apreciadas positivamente por el Magisterio de la Iglesia a lo largo de los siglos.

Podemos decir, en resumen, que, sin dejar de avisar sobre peligros, deformaciones o usos indebidos de las reliquias, la doctrina católica considera las partes de los cuerpos de los santos u otros objetos relacionados directamente con ellos como una ayuda para entrar en contacto con Dios a través de hombres y mujeres que se dejaron transformar por la gracia y alcanzaron así el don de la salvación en Cristo. Esos hombres y mujeres son ahora intercesores, es decir se unen a la oración de Cristo al Padre en favor de sus hermanos.

Este es el sentido correcto del uso y veneración de las reliquias, que ayudan al corazón cristiano para renovar su fe, y que permiten así una mejor comprensión del Evangelio y una participación más consciente y madura en los sacramentos, en los que no sólo recordamos (como al hacer uso de las reliquias) la acción salvadora de Cristo, sino que la acogemos como fue acogida, a veces de modo heroico, por tantos miles y miles de santos de todos los tiempos.

http://tinyurl.com/5wswvpy este tema, ver: ("Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones")

http://www.corazones.org/diccionario/reliquia.htm http://www.newadvent.org/cathen/12734a.htm



Lenguaje en la predicación (2)



En el trabajo anterior vimos el lenguaje en la predicación en su forma interna. Ahora veremos la segunda parte, la forma externa.

II. FORMA EXTERNA

GRAFICISMO O ESTILO PLÁSTICO

Da vigor y expresividad a la forma. Y esto se logra con palabras llenas de expresión vigorosa, chispeante y llena de colorido.

Se logra sustituyendo una frase o palabra por otra más plástica y enérgica, a través de un verbo imagen, una metáfora, un juego de palabras, una antítesis, un contraste de palabras, con expresiones que llamen la atención, con un eslogan o una frase lapidaria, etc..., con las cuales salpico la sensibilidad y la imaginación de mis oyentes.

Ejemplo:

- Idea sin graficismo: su vida fue un continuo dolor y sufrimiento.
- Idea con graficismo: su vida fue un perpetuo Viernes Santo.
- Idea sin graficismo: pasó su vida sirviendo a los enfermos en los hospitales.
- Idea con graficismo: quemó su vida entre las vendas y el suero de un hospital.
- Idea sin graficismo: quiero sufrir mucho siempre.

- Idea con graficismo: quiero Getsemaní o Calvario.
- Idea sin graficismo: unos predican mucho de Dios, pero no hacen oración.
- Idea con graficismo: tengo mucho temor de los hombres que hablan mucho de Dios y no hablan con Dios.
- Idea sin graficismo: hay que tener caridad en casa y justicia con los demás.
- Idea con graficismo: la caridad empieza en nuestra casa y la justicia en la puerta inmediata.

RITMO ORATORIO

Recurso que afecta a lo más exterior del estilo, a la forma de expresar y decir algo, cambiando el orden





de las palabras y el movimiento de las frases. Y se logra con interrogaciones, admiraciones, frases cortas, contrastes de las frases, supresión de conjunciones y partículas innecesarias, diversos tonos (ironía, nostalgia, despreocupación, tristeza, ansiedad, alegría...). Se trata de un estilo coloquial o conversacional, pero lleno de fuerza y vigor.

Pongamos un ejemplo de una frase sin ritmo: Cristo murió por nosotros desinteresadamente y nosotros no se lo agradecemos; es más, a veces le ofendemos.

Veamos varias formas de poner esa misma frase con ritmo oratorio:

- Murió Cristo por nosotros ¡y desinteresadamente!
 Y nosotros, ¿se lo agradecemos? Encima le ofendemos.
- Murió Cristo por nosotros. ¿Y qué interés se le seguía? Y nosotros, ¡ni se lo agradecemos! ¡Agradecerle...! Le ofendemos encima.
- Por nosotros murió Cristo. ¡Y no se lo agradecemos! Desinteresadamente. ¡Y le ofendemos encima!
- ¿No murió Cristo por nosotros? ¿No murió desinteresadamente? Y nosotros, ¿se lo agradecemos? O más bien, ¿le ofendemos?

III. EL TONO DE LA VOZ

1. Evitar: articulación deficiente o exagerada; el



tono piadoso-sentimental; el ritmo muy rápido en las frases y pausas insuficientes; el mal uso del micrófono y un registro de la voz muy alto.

- 2. La dicción: consiste en la articulación y pronunciación. La articulación se refiere a la emisión clara y correcta de las consonantes y, en consecuencia, de las sílabas. La pronunciación se refiere a las vocales. Para ello hay que abrir bien la boca.
- 3. **El uso del micrófono:** el micrófono es el oído del oyente. Por tanto, hay que hablar siempre al micrófono. El tono de la voz ha de ser el mismo que emplearíamos si estuviésemos hablando cerca a cada persona de las que nos escuchan. Hay que regular el micrófono según la voz del predicador. La distancia recomendada es de 30 centímetros.

IV. A MODO DE RESUMEN

La expresión oratoria abarcaría estos aspectos:

1. Expresión oral:

- La construcción gramatical y sintáctica de las frases debe ser correcta.
- Hay que evitar anacolutos, es decir, frases sin terminar y expresiones incoherentes.
- Eliminar todo tipo de estribillos o muletillas: "¿no?, "Bueno", "pues", "¿verdad?".
- Construir con claridad, concisión y precisión cada una de las frases o períodos.
- Buscar la brevedad, evitando rodeos.

2. Sentimiento:

- Estar convencidos de lo que se predica para poder sentirlo y transmitirlo.
- Declamar con calor, identificado con los sentimientos que se expresan. Calor no significa gritar sin necesidad o teatralizar artificialmente.
- Estudiar el discurso y sus sentimientos antes de



DIMENSIÓN PASTORAL



pronunciarlo.

3. Voz:

- No lamentarse de la voz que se tiene o envidiar voces ajenas, sino más bien estudiar la propia para aprovecharla al máximo.
- Modularla para matizar lo mejor posible el discurso.
- No forzarla sino usarla como en una conversación. Cicerón diría: "porque algunos oradores ya ladran, no hablan" (Bruto 15, 58).
- Usar un tono de voz moderado: ni grave ni agudo; nunca monótono.
- El tono de voz debe ser acomodado a la idea. al sentimiento e incluso al local.
- No usar un tono meloso, dulzón o demasiado áspero.
- Conseguir variedad de tonos; para ellos hace falta variedad de sentimiento.
- Evitar tonillos regionales o personales.
- Evitar, además, tonos dictatoriales, solemnes, políticos, efectistas.
- A la voz y al gesto corporal, sobre todo cabeza y manos, debe ir unida la expresión del

semblante (Cicerón, De Orat III, 56, 213).

Criterio general: a cada discurso y a cada parte, el tono que le corresponda.

4. Ritmo:

- Ni demasiado lento ni demasiado precipitado; alternar.
- Lograr una dicción más bien pausada y vocalizar bien sobre todo las finales.
- Recalcar las palabras clave y matizar las ideas.

5. Volumen:

- Subir y bajar el volumen de voz conforme lo exija el discurso y el local.
- Acomodarse al local y al micrófono. Pero todos deben escuchar perfectamente.

6. Mirada y rostro:

- "Omnia in oculis sita sunt", es decir, "los ojos dicen todo" (Cicerón). Domesticar con la mirada a esa hidra de 100 cabezas que es el auditorio. Ver a todos como el faro.
- No rehuir la mirada del auditorio, mirando al techo o al suelo.
- Estar atentos a las reacciones positivas o negativas de los oyentes.
- No poner cara asustada ni solemne ni enojada ni ridícula ni tensa ni abrupta ni maquiavélica ni hamletiana ni mefistofélica. Que sea la cara de todos los días: cordial, familiar, con sonrisa. Mi cara debe ser pizarrón electrónico donde el auditorio lea al instante los sentimientos.

7. Gestos:

- Estar seguro de sí, sin nervios, a fin de dominar al auditorio.
- Ni mantenerse rígidos ni abusar de los gestos de manos o rostro.





- Buscar la naturalidad y elegancia: para ello gestos armoniosos y no excesivos.
- Evitar gestos demasiado rápidos o demasiado lentos.
- El gesto deberá matizar la idea, hacerla plástica.
- No mover demasiado o balancear el cuerpo al hablar. Nada de ademanes de nadador, braceando sin parar o como aspas de molino; ni ademanes de boxeador, bruscos, imprudentes, volcánicos golpes, dinamita pura. Ni adema nes de gimnasta, angulosos, geométricos. Ni de Charles Chaplin, nerviosos, rápidos y supersónicos.
- Evitar las muecas, visajes, tics, lengua salida, parpadeo, rascarse la cabeza, frotarse las manos, tronar los dedos, acomodarse las gafas, consultar el reloj de pulso, limpiarse el sudor.

8. Memoria:

- Memorizar el discurso perfectamente, si es posible. Quintiliano llamó a la memoria "tesoro de la oratoria" (Institutiones Oratoriae, XI, 2, 1).
- Ensayar varias veces en volumen alto antes de su pronunciación.
- Tratar de que el auditorio no note que llevamos el discurso de memoria, para no parecer rígidos.

- Cuando no se lleva de memoria, conviene al menos memorizar el esquema del discurso o de la homilía, para lograr la espontaneidad, pues la lectura servil enajena al auditorio.
- **9. Uso del micrófono:** la peor homilía es la que no se oye. Reglas en el uso del micrófono:
 - Antes de misa, pruébalo y gradúalo a tu voz.
 - Si funciona mal, prescinde de él.
 - Colócalo a la altura de la boca, así la gente te ve y la voz sale directa.
 - Habla fuerte y claro.
 - Tono más elevado que de costumbre, si tienes voz de barítono o baja.
 - No soplar sobre el micrófono, ni estornudar.



Concepción Cabrera de Armida: Las raíces de una mujer mística, unida a la cruz de Cristo, y siempre fiel al amor de Dios



INTRODUCCIÓN

Conchita nació el 8 de diciembre de 1862, en la ciudad de San Luis Potosí. Desde niña le gustaba la música y andar a caballo. Resalta de su vida espiritual que creció siempre unida a Jesús en la Sagrada Eucaristía, y ante el Santísimo Sacramento siempre expresó una profunda confianza. Además, como niña, acostumbraba acostarse en el suelo para contemplar la huella de Dios en el cielo.

Un hecho que marcó profundamente su itinerario espiritual fue la visión que tuvo de la cruz del apostolado, mientras oraba en el templo de la Compañía de Jesús en San Luis Potosí. Tuvo que enfrentarse a la incomprensión de algunos, ya que no todos comprendían cómo era posible que una mujer casada y con hijos fuera una mística, una escritora, una mujer de penitencia y además una ¡fundadora!; pero el amor de Cristo tal como se encendió en su corazón la impulsó permanentemente a cumplir su misión con gran entrega y generosidad.

Conchita Cabrera, ante el fallecimiento de su amado esposo Francisco (el 7 de septiembre de 1901), supo sacar adelante a sus 9 hijos. Aprendió a confiar cada vez más en Dios, dejándose hacer y deshacer por el Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de la Virgen María. Nunca se dejó vencer por el miedo o el desaliento.

Como habría de constatar años más tarde el Concilio Vaticano II, Conchita da un testimonio elocuente de que cada fiel laico tiene un lugar sumamente importante en la vida y la misión del pueblo de Dios. El lema que marcó su vida y su obra es: "Jesús salvador de los seres humanos, sálvanos".

I. La mística y la ascética en la vida de CONCHITA

Orar y practicar la ascesis

Partimos de la convicción de los grandes maestros de la vida espiritual: "La oración y el sacrificio son las alas de la espiritualidad". En efecto, siempre será válido que necesitamos orar y hacer penitencia para crecer espiritualmente; de otra manera nos estancamos, incluso corremos el riesgo de retroceder o desviarnos del seguimiento a Cristo. Todos necesitamos llenar nuestro corazón de esperanza y dejar que Dios nos purifique, nos sane y nos libere.

La vida y obra de Conchita son una demostración de que, por una parte, la oración es primordial y debe ser intensa, cotidiana, fervorosa, para alimentar la fe y la piedad en el crecimiento espiritual. La oración requiere de la fe y al mismo tiempo la alimenta. La oración sana y libera, reconforta el alma. La oración propicia el encuentro con Dios, el anhelo de estar con él permanentemente.

TESTIMONIO



Jesús, en el Huerto de los olivos, nos deja una gran lección de la fuerza de la oración: "Velen y oren para que no caigan en la tentación" (Mt 26,41). En efecto, vivir es estar sometidos a diversas pruebas; sin embargo la oración nos previene y fortalece para no caer, sino siempre avanzar.

Por otra parte, "la ascesis es un componente esencial de la vida cristiana"¹. La ascesis debe tener siempre una motivación profunda para ir avanzando en la unión con Cristo, la cual llena de alegría, de fuerza y de paz a cada discípulo. En efecto, la ascesis indica disciplina, orden y constancia; consiste en seguir un camino que conduce a las más altas metas de la santidad y el servicio al prójimo. Es la vivencia profunda de los valores del reino, fruto de la gracia de Dios y del esfuerzo cotidiano de quien la practica. En el origen etimológico de la ascesis se hace referencia a subir (ascéndere), seguir siempre adelante, no detenerse ni desanimarse jamás. La ascesis, inspirada por Dios, es un don, una virtud iluminadora y la guía de otras virtudes; es una orientación de la vida entera, basada en un seguimiento radical a Cristo. Como la expresión de aquel discípulo que de acuerdo al evangelio le dijo a Jesús: "Te seguiré, Señor, a donde quiera que vayas" (Lc 9,57), ya que no solamente expresó su generoso anhelo de seguir al Maestro y Señor a donde él lo enviara, que ya es algo maravilloso, sino "a donde él mismo fuese", incluso hasta al camino de la cruz, para morir y resucitar con él. Para tal respuesta se

necesita el impulso de la oración y la ascesis, que Dios inspira en los corazones rectos y valientes, como se dio en el corazón de Concepción Cabrera de Armida. Ante el misterio eucarístico, Conchita conoció profundamente a Cristo crucificado, abrazó la cruz y aceptó este camino único para resucitar con Cristo.

En la historia y personalidad de Conchita constatamos que la oración y la ascesis caminan juntas en la vida cristiana. No se puede orar si no se practica la ascesis, ni hay ascesis auténtica y duradera si no se persevera en la oración. La oración exige un ambiente de ascesis, como lo hacía Jesús, para madrugar, desvelarse, alejarse del ruido, subir a la montaña, dirigirse al desierto, con la firme intención de orar, de estar a solas con Dios, de ir al encuentro con el Señor. La ascesis invita a orar y la oración requiere de una actitud ascética.

II.La experiencia mística

La experiencia mística de Concepción Cabrera de Armida se distingue por el amor vivido interiormente, que la llevó, paso a paso, a una entrega total. Conchita recibió una gracia especial el 25 de marzo de 1906, cuanto tuvo lugar la 'encarnación mística', la cual fue el punto culminante, el eje de su vida interior y también la gracia fundamental que nos heredará a todos nosotros, su familia espiritual. Los deseos de la madre Conchita son una dinámica espiritual, suscitada por el Maestro interior (el Divino Espíritu), que desembocan en obras concretas, es decir en gracias palpables. Este el ejemplo de una mujer mística de la calidad de Conchita².

Hay un fenómeno que tuvo lugar en la experiencia mística de Conchita, y más notablemente durante su oración silenciosa. A través de la meditación amorosa y constante de los misterios divinos, llegó a una visión sintética de 'los asuntos divinos' y los movimientos amorosos interiores brotaron espontáneos en ella, lo cual abrió la puerta para que fuera 'tomada por Dios'. Por medio de las luces interiores y de una fuerza creciente, Dios hizo que Conchita realizara con facilidad 'espontánea' actos de virtud, a veces muy difíciles para los demás; otras veces, Dios le concederá, especialmente durante la oración, una inteligencia penetrante y peculiar

¹ Ermanno ANCILLI, Diccionario de espiritualidad I, 172.

² Carlos Francisco VERA SOTO, *Cristo vive en mí*, La encarnación mística de Concepción Cabrera de Armida, Publicaciones México, 2006, 10-30.

³ Ermanno ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad* II, 621.



del amor divino y de los misterios de la salvación³.

Conchita y la oración "comunicativa"

Conchita cultiva, con la gracia de Dios, un vivo deseo de santidad práctica; anhela practicar todas las virtudes y adquiere una repugnancia cada vez mayor a los vicios. Además le brota una profunda gratitud a Dios, ya que él ha puesto tales deseos en su corazón; a estos profundos anhelos ella les llama las 'nuevas perlas'.

A esta experiencia mística de Conchita la acompaña el don de la oración 'comunicativa'. La forma de esta oración es un diálogo en el cual Dios comunica lo que para él es cada virtud y cada vicio. La beata mística potosina, asombrada del don que había recibido, en su oración pregunta a Cristo confiadamente: "Ah, mi buen Jesús, ¿qué haré para que las almas se te entreguen y te amen, se sacrifiquen y te den gloria? Escribe -me respondió el Señor".

La oración 'comunicativa' consiste en ser afectado, es decir, invadido por el espíritu profético. Conchita ora así, ora escribiendo y escribe orando para comunicar a los demás algo de parte de Dios⁴. En las manos del Creador ella se deja hacer puente, canal o instrumento del amor de Dios a favor del prójimo.

El carisma profético concedido a la beata Concepción Cabrera se sitúa en el marco de la profecías no jerárquicas, que desempeñan un papel de iluminación en el misterio de Dios; ya que su misión -como recuerda santo Tomás de Aquino-no es aportar una nueva doctrina, sino iluminar la conducta de los seres humanos"5. Con este espíritu profético Conchita se comporta como una fiel maestra de la esperanza y promotora incansable de la gracia de Dios en lo más profundo del corazón de cada uno.

Conchita tuvo que ir aprendiendo en la práctica lo que significa la renuncia a las propias ideas, aunque fuesen brillantes; y renuncia a los planes personales – ella tenía muchos, ya que reconoce la voluntad de Dios, que

le indica que "lo suyo era para otros".

III. La espiritualidad de la cruz

La ascesis ha significado una fuerza interior que Dios concede a cada creatura humana, porque es una parte sumamente importante de la vida espiritual, tal como Cristo lo señaló. Ordinariamente relacionamos la ascesis como un ambiente de 'auto-castigo', o bien, más benévolamente, la consideramos como un orden o disciplina para crecer en el dominio de sí mismo, y, en efecto, tiene este sentido. Sin embargo, las experiencias vividas por hombres y mujeres santos, que han surgido en las diversas etapas de la historia de la Iglesia, nos ofrecen una gran lección de otros aspectos más profundos de la ascesis, la cual siempre significará una mayor unión con Dios y una mejor disponibilidad para servir al prójimo.

Las palabras del apóstol Pablo resumen la experiencia que le tocó vivir a Concepción Cabrera de Armida a principios del siglo XX como un regalo de Dios para ella y toda su familia espiritual: Estoy crucificado con Cristo, y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gál 2,19-20).



⁴ El beato Angélico (dominico) pintaba de rodillas los sublimes misterios de la redención. Sus obras, elaboradas siempre en oración, nos invitan permanentemente a crecer en la devoción auténtica y en el amor.

⁵ Carlos Francisco VERA SOTO, *Cristo vive en mí*, 34-35; Concepción CABRERA de ARMIDA, *Cuenta de conciencia* 13, 23 de mayo de 1900; Tomás de AQUINO, Suma teológica II-II, q 174, a 6, ad 3.

⁶ Carlos Francisco VERA SOTO, Cristo vive en mí, 34



Conchita, como discípula de Cristo, recorrió con la alegría y perseverancia el camino hacia la pascua; por lo cual, su vida también está severamente marcada por el signo de la cruz. Cada día tuvo la gran oportunidad de celebrar los misterios centrales de nuestra fe: la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Al mirar la cruz contemplaba la gloria. Cristo prometió que la cruz, para los discípulos, sería siempre una 'atracción', por ser la prueba máxima de su amor (cf Jn 3,14; 15,13). Así lo comprendió y aceptó Conchita, que abrazó la cruz sin cargársela jamás a otros, sino dando ejemplo para invitarnos a ser verdaderos discípulos de Cristo.

Con frecuencia lloramos y sufrimos, pero no buscamos el consuelo en Dios (cf Mt 5,5). Les exigimos a los demás, a veces demasiado, pero no siempre les ayudamos a llevar su cruz. Ante alguna necesidad, o bien si algo nos causa sufrimiento, en seguida nos sentimos alejados de Dios y de los demás. Sin embargo, Jesús nos enseña: Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados (Mt 5,5); ante todo, notemos que la tercera bienaventuranza es la única que propone dar marcha atrás, es decir, comenzar de nuevo; así nos conduce del llanto al consuelo, del dolor a la felicidad, de la angustia a la esperanza. El llanto purifica y libera, sobre todo cuando las lágrimas van acompañadas de la oración. Al respecto, el Papa Francisco subraya: "Es curioso, pero muchas veces tenemos miedo de ser consolados. Es más, nos sentimos más seguros en la tristeza y en la desolación. ¿Saben ustedes por qué? Porque en la tristeza nos sentimos casi protagonistas; en cambio, cuando somos consolados, el Espíritu Santo es el protagonista"7. Conchita tuvo el don de lágrimas, transformadas en esferitas de oración, unida a María al pie de la cruz. Conchita comprendió que al sufrir, e incluso al llegar hasta las lágrimas, hay que encontrar el consuelo en Dios, sólo en Dios, siempre en Dios.

Conclusiones

La vida mística y su amor a Cristo crucificado son algunas de las características más importantes de la espiritualidad de Conchita como discípula de Cristo.

El apóstol Pablo nos recuerda que el Espíritu Santo nos enseña a orar, porque como seres humanos no sabemos, ya que tenemos muchas limitaciones. "El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios" (Rm 8,26-27). Necesitamos tomar conciencia de la acción del Espíritu Santo que abre el corazón de cada uno a la experiencia mística y va despertando cada vez más una actitud verdaderamente mística, espiritual, profunda y digna de todo discípulo misionero de Cristo.

Estas reflexiones que aquí se presentan, con la gracia de Dios, "seguramente despertarán en ti al místico(a) que todos llevamos dentro"8. Todos los seguidores de Cristo somos místicos por el Místico por excelencia, que es Jesús. La Biblia, y particularmente la historia de la Iglesia, contienen ejemplos maravillosos de respuesta a Dios con una vida mística, llena de alegría y paz, de cruz y prueba, de logros y esperanzas, que son fruto del encuentro profundo y frecuente con Dios y de su gracia que todo lo puede, todo lo renueva y llena de su amor.

La cruz es el signo del amor más grande y de la confianza en Dios. En realidad, es imposible vivir como cristiano auténtico sin la renuncia a sí mismo para llevar la cruz cotidiana. El apóstol Pablo nos invita a tener en alta estima la renuncia a sí mismo (1Cor, 1,23) y la cruz cotidiana: "En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si



⁷ Papa FRANCISCO, Angelus, 7 diciembre 2014.

⁸ Carlos F. VERA SOTO, *Cristo vive en mí*, 11.



no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo" (Gál 6,14). Sin la cruz no hay vida cristiana, ya que desde el bautismo hemos sido marcados con este signo de salvación. Conchita nos demuestra que nunca es tarde para abrazar la cruz de Cristo, aceptada y llevada con dignidad, valentía y paciencia. Las comodidades que nos rodean, las costumbres, incluso nuestros pensamientos y convicciones, jamás deben anteponerse ante la cruz de cada día. Con la beata Concepción Cabrera de Armida proclamamos en la fe que la obra de salvación, realizada por Jesús, no termina en la cruz, sino que culmina en la resurrección. Cristo da su vida para darnos la vida.

"Encomendamos nuestro itinerario a la Virgen María, que engendró al Verbo de Dios en la fe y en la carne, para sumergirnos como ella en la muerte y resurrección de su Hijo Jesús, y obtener la vida eterna"9.

⁹ BENEDICTO XVI, *Mensaje de Cuaresma* 2011.



"Algunos criterios éticos para el uso de internet"



P. Fernando Pascual, L.C.

Doctor en Filosofía, Lic. en Teología Profesor ordinario de filosofía en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*

El uso correcto de los medios de comunicación social es posible desde un buen estudio de los mismos y desde el conocimiento y la aplicación de las normas de orden moral, como explicaba el Concilio Vaticano II en el Decreto "Inter mirifica" (n. 4).

Por lo mismo, a la hora de reflexionar sobre los caminos para lograr un buen uso de Internet (un poderoso medio de información y comunicación), no sería necesario establecer nuevos criterios éticos, pues bastaría con conocer los criterios éticos generales y aplicarlos a los nuevos ámbitos y circunstancias (cf. Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales, "Ética en las comunicaciones sociales", n. 28).

A través de estas líneas queremos recoger algunos criterios éticos ofrecidos por la Iglesia católica paraun uso éticamente adecuado de Internet, lo cual exige una atención particular a las características propias de este nuevo ámbito comunicativo, como, por ejemplo, su rapidez en la difusión, y su alcance potencialmente universal.

El criterio fundamental que guía las distintas aplicaciones está en el reconocimiento de la centralidad de la persona humana, que es el agente y el destinatario de todo lo que ocurre en el mundo de la comunicación: "Como sucede con otros medios de comunicación, la persona y la comunidad de personas son el centro de la valoración ética de Internet" (Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales, "Ética en Internet", n. 3).

Puesto que el ser humano está constitutivamente abierto hacia la verdad, existe un derecho a la información, que será correcta si es verdadera e íntegra



(cf. "Inter mirifica", n. 5). Este derecho exige, además, que la información sea asequible a todos, y que exista una diversidad de fuentes de información para que las personas tengan la posibilidad de valorarlas y de elegir las mejores (cf. Pontificia Comisión para las comunicaciones sociales, "Communio et progressio", nn. 33-43), lo cual resulta especialmente posible gracias a las muchas iniciativas informativas que se hacen presentes en Internet, y que compiten seriamente con los medios tradicionales (prensa, radio, televisión).

Por eso, junto al derecho a la información existe el deber de los "lectores" (de los internautas) de escoger aquello que sobresale en virtud, ciencia y arte, y de evitar "lo que pueda ser causa u ocasión de daño espiritual, lo que pueda poner en peligro a otros por su mal ejemplo, o lo que dificulte las informaciones buenas y promueva las malas". Hay que ser conscientes, además, de que los medios pueden desvirtuarse "cuando se colabora con empresarios que manejan estos medios con móviles exclusivamente económicos" ("Inter mirifica", n. 9).



Quienes producen y difunden material de diverso tipo en los medios y en Internet no pueden olvidar que mientras informan pueden dirigir, para bien o para mal, el modo de actuar de otras personas. Ello significa que un criterio básico a la hora de valorar las informaciones que se van a publicar consiste en preguntarnos si contribuyen o no a salvaguardar y fomentar el bien común (cf. "Inter mirifica", n. 11; "Communio et progressio", n. 16). Esto vale también en lo que se refiere al respeto y tutela de la buena fama de las personas y de sus derechos, así como la no publicación de secretos "si lo exigen las necesidades o circunstancias del cargo o el bien público" ("Communio et progressio", n. 42).

Aquí se hace necesario aludir a un tema complejo: ¿qué deberestienen las autoridades civiles hacia los medios de comunicación social y hacia Internet? En el decreto "Inter mirifica"se dan una serie de indicaciones importantes: las autoridades deben velar por una verdadera y justa libertad de información; "fomentar la religión, la cultura, las bellas artes"; defender a los destinatarios; ayudar a iniciativas, sobre todo las provechosas para los jóvenes; procurar con leyes "que el mal uso de estos medios no desencadene graves peligros para las costumbres públicas y elprogreso de la sociedad"("Inter mirifica", n. 12).

Elaborar leyes orientadas a estos fines nos lleva a reconocer la "dialéctica" que existe entre libertad de información y de expresión, por un lado, mientras que por otro existe el deber de evitar (a través de una censura bien entendida) que escritos o material de diverso tipo dañen la buena fama o la privacidad de

las personas, o pongan en peligro bienes fundamentales para la convivencia.

Por lo que se refiere al primer polo apenas mencionado, el de la libertad de expresión, se hace necesario reconocer que con ella es posible ofrecer las propias opiniones, pero siempre en el marco de los límites de la honestidad y del bien común (cf. "Communio et progressio", nn. 24, 44-47, 116-117; Pontificio Consejo para las comunicaciones sociales, "Iglesia e Internet", n. 12). Existen, sin embargo, situaciones en las que no existe ningún derechoa la libre información:"

Se dan casos obvios en los que no existe ningún derecho a comunicar, por ejemplo el de la difamación y la calumnia, el de los mensajes que pretenden fomentar el odio y el conflicto entre las personas y los grupos, la obscenidad yla pornografía, y las descripciones morbosas de la violencia. Es evidente también que la libre expresión debería atenerse siempre a principios como la verdad, la honradez y el respeto a la vida privada" ("Ética en las comunicaciones sociales", n. 23).

En este contexto hace falta reconocer la existencia de un deber de rectificar cuando se ha ofrecido una información errada, deber que también implica dejar abiertos espacios para que las personas puedan hacer oír su voz, responder, apoyar o rectificar las informaciones ofrecidas por otros (cf. "Communio et progressio", nn. 41, 81-83). Todo ello es posible desde la honestidad por parte de quienes presentan cualquier información o dato al público, y desde la actitud protagónica de quienes son receptores (y no sólo receptores) de lo que se expone en los medios tradicionales o en Internet: "Los receptores serán realmente parte activa, si interpretan rectamente las noticias presentadas, juzgándolas y ponderándolas según su fuente y contexto; si las escogen con prudencia y diligencia y un espíritu crítico exigente; si en los casos necesarios completan la información recibida con datos adquiridos de otras fuentes; si no dudan de manifestar con franqueza su asentimiento, sus reservas o su abierta desaprobación" ("Communio et progressio", n. 82).

Lo que acabamos de decir da algunas pistas para el segundo polo, el de la censura, que tan mala aceptación tiene pero que se hace necesaria por motivos de convivencia; muchos países prohíben, por ejemplo, la publicación y difusión de ideas racistas en los medios de comunicación. Si bien lo mejor es la autoreglamentación, es decir, esa actitud de honestidad por la cual uno mismo



decide no publicar material inconveniente, también hay que intervenir con leyes concretas que se "opongan a las palabras de odio, a la difamación, al fraude, a la pornografía infantil, a la pornografía en general, y a otras desviaciones" ("Ética en Internet", n. 16).

Un deber moral que afecta a todos, especialmente a los padres, consiste en ayudar y educar a los niños y jóvenes (también a los adultos) en el buen uso de los medios de comunicación (cf. "Inter mirifica", n. 10; "Communio et progressio", nn. 65-70). Como parte de esta tarea, los padres están llamados a vigilar "para que los espectáculos, las lecturas y cosas similares que sean contrarias a la fe o las costumbres no traspasen el umbral de su hogar ni vayan sus hijos a buscarlos en otra parte" ("Inter mirifica", n. 10). Resulta, igualmente, "muy útil que los padres y educadores sigan las emisiones, películas, publicaciones que más atraen a los jóvenes, y de las cuales, después, podrán discutir con ellos y despertar y educar su sentido crítico" ("Communio et progressio", n. 68).

Lo anterior se aplica de modo particular a Internet, donde los hijos pueden "perderse"a la hora de navegar. Junto al peligro de que los hijos empleen un tiempo excesivo en la Red, encontramos serias amenazas que surgen del hecho de que Internet permite unacceso casi ilimitado a contenidos inadecuados, al engaño, al bulismo (agresiones e insultos por parte de otros), o a peligros mayores. Por eso es recomendable que los padres establezcan un horario para el acceso a Internet, que tengan la computadora (o los distintos y novedosos dispositivos que permiten el acceso a la Red) en un lugar visible, que sepan usar un buen programa de filtro, entre otras medidas que pueden adoptarse

(cf. "Iglesia e Internet", n. 11). Al respecto, en "Ética en Internet"leemos losiguiente:

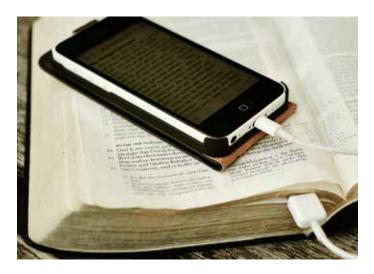
"En lo que a Internet se refiere, a menudo los niños y los jóvenes están más familiarizados con él que sus padres, pero éstos tienen la grave obligación de guiar y supervisar a sus hijos en su uso. Si esto implica aprender más sobre Internet de lo que han aprendido hasta ahora, será algo muy positivo. La supervisión de los padres debería incluir el uso de un filtro tecnológico en los ordenadores accesibles a los niños, cuando sea económica y técnicamente factible, para protegerlos lo más posible de la pornografía, de los depredadores sexuales y de otras amenazas. No debería permitírseles la exposición sin supervisión a Internet. Los padres y los hijos deberían discutir juntos lo que se ve y experimenta en el ciberespacio. También es útil compartir con otras familias que tienen los mismos valores y preocupaciones. Aquí, el deber fundamental de los padres consiste en ayudar a sus hijos a llegar a ser usuarios juiciosos y responsables de Internet, y no adictos a ella, que se alejan del contacto consus coetáneos y con la naturaleza" ("Ética en Internet", n. 16; cf. también Benedicto XVI, "Mensaje para la Jornada mundial de las comunicaciones sociales"2007).

Entre otras consideraciones éticas que se pueden hacer, quedan dos puntos relativos a los portales católicos de Internet y a las intervenciones concretas de los bautizados en los muchos espacios de participación disponibles gracias a Internet (blogs, redes sociales, páginas que acogen comentarios de los internautas).

Sobre el primer punto, la Iglesia nota que existe una inflación de sitios (páginas) de Internet que se autodenominan "católicas" y que ofrecen ideas de todo tipo, además de modos de actuación que no siempre corresponden a las reglas básicas de convivencia y de caridad cristiana (cf. "Iglesia e Internet", n. 8). Ante esta situación, podemos tener presentes estas indicaciones:

"Como hemos visto, un aspecto especial de Internet concierne a la proliferación, a veces confusa, de sitios web no oficiales que se definen 'católicos'. Con respecto al material de índole catequética o específicamente doctrinal, podría ser útil un sistema de certificación voluntaria a nivel local y nacional bajo la supervisión de representantes del Magisterio. No se trata de censura, sino de ofrecer a los usuarios de Internet una guía segura sobre lo que expresa la posición auténtica de la





Iglesia" ("Iglesia e Internet", n. 11).

Respecto al segundo punto (las publicaciones y participaciones de los bautizados en Internet) es oportuno señalar que los especialistas y quienes tienen la tarea de enseñar la fe a los fieles han de prestar atención para que no se divulguen investigaciones o propuestas "de frontera" elaboradas por los estudiosos como si fuesen doctrina católica, cuando hay ocasiones en las que conviene esperar el juicio de los pastores sobre las ideas afrontadas en tales investigaciones. Por lo mismo, se hace necesario educar en un sano espíritu crítico a los receptores, para que no den por "católica" cualquier idea que encuentran en Internet, aunque sea presentada por personas conocidas por su nivel intelectual (cf. "Communio et progressio", n. 118).

Salvando las distancias que hay que salvar, lo anterior se aplica para cualquier otro tipo de participación de los bautizados en los millones de páginas de Internet: muchos intervendrán desde la verdadera fe católica, pero muchos otros lo harán desde ideas personales que no corresponden, por desgracia, a la verdadera doctrina de la Iglesia.

Podemos concluir estas alusiones sobre la ética en Internet con una hermosa síntesis en la que se aplican las virtudes cardinales a los inmensos horizontes del mundo digital. Tal síntesis está tomado de un documento ya citado varias veces, "Iglesia e Internet". Los textos reproducidos entre comillas corresponden al n. 12 del mismo.

En primer lugar, para un buen uso de Internet hace

falta prudencia, "para ver claramente las implicaciones -el potencial para el bien y para el mal-de este nuevo medio y responder creativamente a sus desafíos y oportunidades".

En segundo lugar, hay que recurrir a la justicia, "especialmente justicia en el trabajo de cerrar la brecha digital, la separación entre ricos y pobres en información en el mundo actual", a través de una auténtica "globalización de la solidaridad". Podemos añadir aquí, respecto de la solidaridad, lo que también se dice en "Ética en Internet"(nn. 3-5, 11, 13-15, 17).

En tercer lugar, es necesaria la fortaleza, con la que resulta posible "defender la verdad frente al relativismo religioso y moral, el altruismo y la generosidad frente al consumismo individualista, y la decencia frente a la sensualidad y el pecado".

Por último, hace falta "templanza, autodisciplina ante este formidable instrumento tecnológico que es Internet, para usarlo con sabiduría y exclusivamente para el bien".

Las cuatro virtudes, por lo tanto, valen también para Internet. Con ellas será posible un uso adecuado de este nuevo instrumento, con el que no sólo trabajaremos en la construcción de un mundo más justo, sino que estimularemos y fomentaremos aquellas disposiciones y conocimientos que preparan a los seres humanos al encuentro, definitivo, con Dios.